

N O S O T R O S

ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

I

DICE bien D. Antonio Rubió y Lluch al advertir que el contenido de su nuevo libro, aunque pueda parecer ahora de asunto trillado, fué un día flamante y, hasta si se quiere, inactual, por lo prematuro. En la década del 80 al 90 del siglo pasado, y aun años después, el vocablo "ibero-americanismo" no gozaba ni de ambiente popular ni de simpatía entre los intelectuales. Contrariamente, el desconocimiento de América era mayúsculo en la mayoría de los peninsulares, y en los oídos expertos sonaba a imitación de rastacuero o a hinchazón tropical la escasa literatura que ostentaba el opulento marchamo de las tierras de Indias. Otras disciplinas espirituales no traspasaban el Océano si es que ya se habían iniciado. El joven Rubió y Lluch atrevióse desafiando lo ridículo, y lanzó los primeros ímpetus de su curiosidad espiritual a los volúmenes raros de literatura que llegaban de la lejanísima América. Bien es verdad que el novel adalid de las letras hispano-americanas contaba para su esfuerzo con entusiasmos heredados de toda clase de estudios de poca cultivada erudición. Nacida en la casa solariega de un escritor ilustre, el poeta Rubió y Ors, efectivo propulsor de la renaciente lírica catalana, y educado entre escudriñadores pacientes de venerables códices del clasicismo patrio, sintióse inclinado, terminadas las disciplinas universitarias — alumno de Milá y Fontanals y condiscípulo de Menéndez y Pelayo — a continuar la inquisición documentada en la silenciosa biblioteca y la reconstrucción de la historia olvidada de la patria, agobiada por el infortunio de varios siglos. De ahí también su afición manifiesta por los estu-

dios históricos y literarios de Grecia, en cuyos dominios sonó la lengua de Ramón Lull y Ausias March por la presencia heroica de los terribles almogávares. De ahí también — intervención elegante de Anacreonte — la naciente amistad, luego firme y duradera, con el escritor Miguel A. Caro, quien había de loar finamente un ensayo primerizo del estudiante catalán, desde el *Repertorio Colombiano*, en la época en que Bogotá obtenía el título de la Atenas sudamericana. No había de tardar el paciente historiador de la Cataluña vieja en simultanear su tarea con las primeras informaciones sobre la novísima literatura colombiana y, luego, de todo el continente transatlántico, apenas conocido en la península, tan poco conocido como menospreciado. De entonces acá, han corrido más de cuarenta años. De aquellos tiempos distantes principalmente, datan los *Estudios hispano-americanos* — algunos otros fechados recientemente — que hoy nos ofrece en abundante volumen D. Antoniò Rubió y Lluch.

Con todo, el libro, a pesar de su contenido añejo, sabe en buena parte a viva actualidad, ya que todavía se discuten muchos de sus temas y son modernas las opiniones que el autor mantuvo en controversia con ardientes americanos, que peleaban por la proclamación de un arte autóctono. El más audaz, fué, sin duda, Juan León Mera, que ya en 1858 estaba empeñado en moldear una literatura americana, más que americana, indígena, con substancia incásica y, en lo posible, con expresión quichua. Naturalmente, ese avanzado programa, incluido en la quintanesca silva *A Celvino*, no pasó de insinuación y hasta creo sinceramente que nunca traspuso la imagen retórica, con la que se traducía un legítimo anhelo de producir cierto arte fundamentalmente nativo, diferenciado del peninsular, propio de la tierra, independiente, único. El mismo lo aclaró en seguida: "No decimos que la literatura sudamericana debe dejar de ser española por la forma y la lengua; muy al contrario, nos place que se observen las leyes del buen gusto castellano, y somos entusiastas defensores del habla que trajeron nuestros mayores... La originalidad debe estar en los afectos, en las ideas, en las imágenes, en la parte espiritual de las pinturas, y todo en América abre el campo a esta originalidad. La unidad de la lengua y de la forma, la homogeneidad, diremos así, del elemento de que nos servimos para ex-

ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

presar lo que deseamos dar a conocer, nada tiene que ver con la variedad de carácter que podemos imprimir a las obras que escribimos". Es exactamente lo mismo que le advertía el censor catalán, quien, a diferencia de D. Juan Valera, irritado a veces, por algo que notaba, no ya en la letra, sino "en la sangre misma" de los americanos, aconsejaba la creación de una literatura propia, característica, nacional, sin abandonar la lengua de su nacimiento, modificada por el espíritu y el ambiente de la nueva España, ni el alma y la civilización, que la conquista aportó a la nueva vida de América. A partir del descubrimiento, toda la evolución imaginable, cuanto más personal, más legítima. "No llegaré nunca a afirmar con Valera —escribía Rubió— que es cosa o empeño absurdo buscar un sello especial y exclusivo que distinga una obra poética escrita en América. Hacen ustedes muy bien en no vaciar sus inspiraciones en moldes gastados, cuando tienen ahí una naturaleza casi virgen y más rica que la explotada flora del Parnaso helénico; cuando está llena su historia de hazañas famosas y de heroísmos no cantados todavía..."

Veintiséis años después, el autor de los *Estudios hispano-americanos* acentuaba esta orientación con motivo del folleto *Posibilidad de una literatura nacional*, del peruano D. José Gálvez. Y digo que acentuaba su convicción porque así como al escritor colombiano que tuvo veleidades de retroceso quichua, aconsejábale el americanismo literario sólo para el género descriptivo y narrativo, acéptale ya al peruano el legítimo derecho que asiste a los escritores del Nuevo Continente, de acudir al indigenismo, para toda producción: narración, descripción, novela, como también lírica, drama, leyenda, etc. Y no podía ser de otro modo en quien palpita el espíritu de un pueblo a su vez largo tiempo sometido por varias razones al imperialismo castellano. Nadie, y menos un escritor catalán, escapa a los motivos esenciales de una literatura americana, diferenciada de la española. Si es cierto que la ley suprema del arte es la ley de la vida, cuanto más personal sea la obra artística, más vigorosa y perdurable habrá de ser. De esa natural sinceridad deriva el concepto de la independencia literaria, del nacionalismo literario, en cuantas sean las formas históricas en que se presente el alma colectiva. "Sed vosotros mismos!", dijeron los apóstoles del resurgimiento de la

patria catalana, aunque todavía lo predicaban en castellano, y sus discípulos corrieron a buscar, ansiosos, su verdadero hogar espiritual, el verbo mágico en que se encarnó su alma nacional. Esa aspiración a la independencia literaria no ha sido pues hija de una tendencia de diferenciación espiritual, "filibustera", caprichosa, sino de un imperativo categórico, emanado de las leyes ineludibles que rigen la vida moral, en una palabra, de la ley de la raza. Tan legítimo es, por tanto, el americanismo como el catalanismo literario, porque los dos emanan de las mismas fuentes, es decir, de la naturaleza, de la viva realidad. "Hacen ustedes muy bien — añade Rubió— los escritores hispano-americanos en buscar el oro puro de la sinceridad y, por ende, de la originalidad nacional, en los ricos filones de su tierra. Es necesaria, de todo punto, la liberación mental y estética de esos pueblos, si quieren crear algo que interese a la humanidad entera. La independencia política había de tener su corolario lógico en la independencia literaria... Es, pues, por lo tanto, un empeño noble y hasta de buen gusto estético el buscar un sello especial que distinga las producciones de la América española de las de Europa, y hasta que distinga entre sí, si a ello alcanzan — y como usted intenta respecto de su patria —, las producciones de todas las regiones del Nuevo Continente, que tengan una fisonomía histórica y étnica bien marcada... Tiene usted razón; es un dolor que en esas vírgenes tierras de tan espléndida vegetación, de ríos anchurosos como mares y montes que tocan con las estrellas, haya aún artistas que pinten paisajes de otoño con labradores bretones y poetas que se pasean por los jardines de Versalles".

A estos aciertos Rubió y Lluich agrega otros de aguda percepción. Al referirse a la legitimidad del americanismo literario observa muy discretamente que en cuanto a la forma de emplear ese elemento de inspiración, los interesados son los únicos árbitros; los europeos no pueden terciar en tal pleito, en cuya resolución han de ser oídos el sentimiento y el buen gusto. Y cuando se han traspasado los lindes de ese prudente criterio, el fracaso ha seguido a la aventura. Todavía se guarda memoria del descalabro sufrido por un famoso literato que intentó examinar desde Europa la producción argentina. Fué todo un desastre. El ridículo apabulló aquella actitud de absurdo desconocimiento.

No entendió nada. Empezó por ignorar el vocabulario; no penetró el espíritu ni el ambiente de los autores ni de los libros. La intransigencia castellana —aunque se trataba de un ex-portorriqueño— se extremecía y vociferaba ante la “montonera” literaria de la Pampa argentina. Los años han transcurrido, se han acortado las distancias y más estrechas relaciones por la lectura y el dominio personal han disipado las más torpes ignorancias. Con todo, en muchos casos nótase todavía en las actuales críticas impresiones desconcertantes, reveladoras de incomprensión, que nunca se confiesa ni disculpa. Mirlo blanco resultó ser el eminente publicista Brandés, al decir, hace poco, refiriéndose a una novela de Gálvez, vertida al alemán, que él no se hallaba en plenas condiciones de juzgar una obra artística por no conocer el idioma ni tener idea exacta del país: posición absolutamente inversa a la de esos españoles y aun franceses que, por dárselas ya de bien enterados, sueltan afirmaciones terminantes que luego aquí arrancan la sorpresa y hasta la carcajada. Recientemente, en un gran diario madrileño, su crítico acaba de descubrir, a propósito de *El inglés de los güesos*, la íntima dependencia literaria entre Benito Lynch y Martínez Zuviría, de quien hace proceder a aquél en línea recta.

Da gusto, por tanto, leer un libro, como el de D. Antonio Rubió y Lluch, en cuyas abundantes páginas ha corrido la pluma de un escritor inteligente, comprensivo, desde el primer momento, de las nobles aspiraciones y vida legítima de una literatura que, por trazarse en lengua heredada, de enorgullecedor abolengo y de firme y definitiva estructura, por mucho tiempo se ha creído obligada a permanecer fiel a la tradición y hasta a la vieja autoridad central, y conocedor, rápidamente, de libros y autores, que, por propia intuición, ambicionan personalidad independiente, característica, aunque la pedían y trazaban en el mismo acento y estilo idiomáticos, de cuyo imperialismo pretendían librarse. Era el escritor peninsular quien les advertía la contradicción de exponer en el más académico lenguaje un programa de literatura indigenista. Cuando el vate Mera consagraba ditirámica silva a la civilización precolombiana y declamaba “alcemos nueva voz en nuevo canto”, se reducía a imitar el sonoro endecasílabo de Quintana y, aparte los nombres patronímicos, a entre-

sacar de los libros clásicos los vocablos y giros que mejor retratan el viejo idioma de Castilla. Y con reflexiones pertinentes, a veces hasta la elocuencia, Rubió recomendábales una mayor adhesión al dialecto de América, que va forjando el pueblo y estilizan los poetas, sin temor ninguno al futuro romance nacional, que llegará o no, según dispongan los tiempos, más fuertes que los gramáticos, como han demostrado esos mismos cuarenta años que abarcan los *Estudios hispano-americanos*.

II

Uno de los capítulos más interesantes de los *Estudios hispano-americanos*, de D. Antonio Rubió y Lluch, es, sin duda para ilustración de filólogos y críticos, el dedicado a recordar los gratos días de residencia en Madrid con motivo de las brillantes solemnidades del IV Centenario del descubrimiento de América. Entre las impresiones más hondas cita la que le produjo la personal amistad contraída con ilustres literatos del Nuevo Mundo y el entusiasmo que algunos de estos escritores consagraban al cultivo de las letras y a la defensa de *sus neologismos*. En tal ardiente actitud sobresalió D. Ricardo Palma, el autor de las populares *Tradiciones peruanas*, quien acudió a la celebración de la famosa efemérides con su firme propósito de hacer legalizar un puñado de voces revolucionariamente usadas por los escritores americanos. Y su empeño y exaltación eran tales que de su victoria hacía depender las buenas relaciones entre los intelectuales de ambos mundos y aun la definitiva separación literaria o sea la *independencia* de la Academia peruana; terrible amenaza que movió a risa a Menéndez y Pelayo, pero que encolerizó a otros académicos, dispuestos a sucumbir por el prestigio y los fueros de la docta Corporación.

He aquí el audaz programa americanista del escritor peruano: era imperioso que el Diccionario general de la Lengua se enriqueciese con los neologismos *esculpar*, *plebiscitario*, *cúmplase* (en el sentido de poner en vigor las leyes), *dictaminar*, *clausurar*, *presupuestar* y *panegirizar*. "Hoy — advierte Rubió — la mayor parte de estas palabras son ya de uso corriente, y después de trein-

ta años, nos parecen las discusiones y apasionamientos que despertaron, una cuestión bizantina y una inocente curiosidad". Porque los hubo, enconadísimos. "Hasta ahora — agrega el comentarista — han hablado largamente en el asunto Núñez de Arce, Tamayo, Valera, Catalina y Barbieri. En contra de los neologismos presentados por Palma, se han pronunciado también el conde de Chester, Campoamor, Balaguer y, sobre todo, Menéndez Pelayo, que me ha hablado con suma vehemencia de esta cuestión, y que es el que me ha informado más detalladamente de ella. Al lado del escritor peruano se han puesto Castro y Serrano, Fabié y Castelar. El verbo *presupuestar* es el que ha encontrado más formidable resistencia. "Entre los mismos americanos que acudían a los salones literarios de Doña Emilia Pardo Bazán y de Doña Soledad Acosta de Samper, redoblaban las discusiones y muchos de ellos manteníanse en discreta posición. Recordaban palabras del colombiano Antonio Gómez Restrepo: "¿Y qué objeto tan grande se proponen los que quieren romper los lazos que nos unen a la literatura española? En realidad de verdad, el único que tienen en mira, es disculpar los defectos gramaticales y prosódicos en que incurrían no pocos poetas hispano-americanos. Porque es de tener en cuenta que las voces indígenas de color local, no las rechazan los españoles, antes bien gustan de ellas; pruébalo el alto aprecio que han hecho de Bello, y aun de otros poetas más regionales. La academia ha incluido muchos americanismos en su Diccionario y, por ende, ha declarado que el que hace uso de provincialismos, con buen tino, no deja de ser escritor castellano." Y se aducían las consideraciones del argentino Don Rafael Obligado, quien, al referirse a la necesidad de crear un tribunal del lenguaje, para oponerse a la invasión de vocablos nuevos, escribía: "Esto no quiere decir que no aceptemos palabras de noble abolengo indígena, aunque tenga otras de igual significación el castellano, no; aceptaremos, por ejemplo, el sustantivo *ombú*, en lugar de *encina* para designar el majestuoso árbol de nuestras pampas; tomaremos algunos galicismos necesarios para expresar nuevas ideas; los anglicismos nos servirán a veces para designar hechos o cosas o ideas relativas a la industria. Pero será necesario que antes de dar carta de naturalización a un vocablo en la culta República de las letras, examinemos sus ori-

genes y la utilidad y ventaja que su nacionalización nos ha de traer para darle su cédula de ciudadanía. Veremos si en vez de *atorrante*, podemos decir vagabundo; en vez de *farra*, jarana; en vez de *tongo*, *trompifai* o *matufia*, fraude; y desecharemos esa invasión y pondremos dique a ese torrente que amenaza destruir la literatura naciente del país y arrastrar en esa devastadora carrera árboles y flores, sembrados y cultivados con particular esmero por nuestros mayores.”

Estas opiniones que envuelven inocentes propósitos de gobernar un idioma, leídas treinta o cuarenta años después de ser expuestas, cuando la realidad ya decidió su suerte, denuncian el escaso provecho que el hombre saca de la experiencia, encastillado sin duda en la altura de su orgullo, de la seguridad de su saber que juzga definitivo e incontrovertible. Ignorancia no puede ser en muchos de los profesionales, conocedores como son de los libros donde se han cometido idénticas altaneras equivocaciones. Ninguno de ellos ha de ignorar la arrogancia de un Juan de Valdés, por ejemplo, cuando en su *Diálogo de la lengua* se decidía por el uso de palabras, que el tiempo pocas veces ha confirmado. “El deseo irrefrenable de selección, sentido por Valdés, —dice un comentarista— le condujo al absurdo de formar una larga lista de voces que debían ser condenadas por el buen gusto; cosa que el tiempo manifestó de ilegítima y sin sentido, pues algunas, muchas de ellas, fueron luego las preferidas de los escritores clásicos y la gente refinada.” Puede asegurarse que las más de las voces recomendadas por el autor del *Diálogo de la lengua*, juzgadas plebeyas, son las desaparecidas del acervo lingüístico, prevaleciendo las arraigadas en el pueblo y enaltecidas luego en las obras del buen decir. ¿Es que no habla elocuentemente el aumento constante del *Diccionario* de la Academia, obligada a admitir vocablos y acepciones durante años resistidos? Los mismos filólogos y gramáticos nos dan frecuentes muestras de la vanidad de ciertas furibundas intransigencias, puesto que ellos mismos acaban por justificar significados nuevos y neologismos repelentes que antes habían sido por otras razones condenados.

Pero dónde se nota más la diferencia de lenguaje entre españoles y americanos es evidentemente en el estilo. Se ha formado

en la Argentina un doble juicio sobre la materia. Quién piensa que hoy se escribe mejor el castellano que ayer; quién asegura que hoy sufre aquí el idioma enormes agravios de corrupción. Refiriéndome exclusivamente a los literatos de más alta representación, creo razonable afirmar que en la Argentina se escribe mejor el idioma hablado, en sus condiciones estructurales de coordinación, acento, tonalidad, ritmo, línea y escorzo. Eso es todo y lo fundamental para que exista una diferenciación que desconcierta e inquieta a los clasicistas del castellano. Ha dicho bien Rubió cuando ha escrito: "El desideratum de todo idioma fuera, como es natural, lograr la mayor armonía entre la lengua hablada y la escrita; huir de la abstracción en el lenguaje y, por lo tanto, de su empobrecimiento; acercarlo tanto como sea posible a la realidad y a su fuente viva que es el pueblo". Nadie puede controvertir el hecho de que los países de América van formándose su genio peculiar por causas étnicas, psíquicas, culturales, sociales y hasta de reacción. Es el lenguaje, en primer término, la forma expresiva de la nacionalidad; consecuentemente, la literatura, —como las demás artes y aun las demás disciplinas intelectuales,— tomará la fisonomía que corresponda al organismo específico. Para unos, fieles a un modo literario castellano, la peculiaridad americana sonará a germanía intolerable; para otros, más observadores y comprensivos, la literatura rioplatense ha tomado mayor consistencia en sus elementos indígenas que, si en los escritores mediocres repugnan, se afinan y embellecen en las creaciones de alta estética. Y así empiezan a verlo críticos eminentes de España, que colaboran con su reconocida autoridad en la tarea de estimular la producción literaria de América en su forma genuina, leal a la sensibilidad de cada pueblo. Hoy suenan a ridiculez las palabras sensatas del poeta ecuatoriano que suplicaba benevolencia y discreción. "El *americanismo*, por una parte, —escribía Juan León Mera—, y el *iberismo*, por otra, se presentan con natural aferramiento y no quieren ceder un punto. Está bien, y aun es necesario que así sea; pero también es necesario que no choquen, y para esto conviene encerrarlos dentro de límites racionales y prudentes, así cuando se relacionan con la política y los intereses materiales del Nuevo Mundo y de la Península, como cuando se mezclan en las lecturas

y las artes. Si el *americanismo* se sale de esos límites, lastima cuando menos el sentimiento y el orgullo de los españoles; si el *iberismo* se extralimita, se ofenden los americanos; y por ambas partes vienen tropiezos que se oponen a la unión de los grandes grupos ibéricos de aquende y allende el Océano, por lo cual se trabaja con noble empeño actualmente, y de la cual hay que esperar inmenso provecho recíproco."

Estas reflexiones encierran doble enseñanza. La mutua consideración no vino por el acercamiento y el estudio, sino más bien por una especie de ruptura y desconocimiento de años. Durante ese lapso, las pasiones se aquietaron y, en cuanto a la Argentina, sus pensadores y poetas se desligaron definitivamente de la autoridad metropolitana. Desaparecida ésta, ha surgido inmediatamente la consideración, la amistad, la admiración, el afecto. La literatura argentina, en particular, ha tomado su senda, y sin olvidar de dónde viene, va en busca de su meta con autonomía total. Ya ha dado motivos de que resuene el aplauso europeo. Dicen también las transcripciones hechas de Rubió, Mera, Rafael Obligado y José Gálvez, que son viejas en el Continente las preocupaciones sobre Arte y Letras americanistas, hecho que ignoran o suelen callar tratadistas argentinos, según se deduce del silencio que guardan con respecto a las obras escritas anteriormente en América. A este respecto adviértese todavía en los escritores continentales excesiva inclinación por los autores europeos, incluidos los de tercero y cuarto orden. El libro de Rubió y Lluch nos recuerda que a mediados del siglo pasado se había generalizado en todo el continente el anhelo de agregar a la independencia política la personalidad diferenciada en literatura. Muchas de las consideraciones y argumentos que en el Río de la Plata apuntan ahora con apariencias de originalidad diversos escritores, tuvieron sus adelantos en otros países de América. Y ya es hora de que los actuales críticos y ensayistas rioplatenses rindan el tributo de un fraternal o filial recuerdo a los literatos que aquende o allende el Atlántico se les anticiparon en ansias nacionalistas, en orientaciones retóricas o estéticas.

Claro que en este punto surge una duda. ¿Conocen algunos de los más ilustrados la producción literaria nacida más allá del Uruguay? Fuera de los más leídos, que son muy escasos, puede

afirmarse que la generalidad de los literatos argentinos desconoce a sus colegas de la América española, aun los mejores. Bien es verdad que constituye un caso extraordinario encontrar en las librerías de Buenos Aires una obra de autor americano. De España, de Francia, de Italia, cuántas quieran y sin encargarnos previamente. Con decir que la mayor parte de la información literaria de este continente, la hemos de obtener por las revistas europeas, queda advertida la separación casi absoluta que existe entre los pueblos continentales y entre sus escritores. Todavía Madrid, Barcelona y hasta París, son ciudades que ponen en comunicación intelectual a las repúblicas de América. Se equivoca, por tanto, la modestia de D. Antonio Rubió y Lluch al creer que sus *Estudios hispano-americanos*, por ser algunos de ellos antiguos y por estar escritos en España, no han de interesar ni enseñar nada a nadie. Por el contrario, en diversos sentidos es éste un libro útil a los amantes de las letras americanas. Su lectura evoca tiempos transcurridos y escritores notables ignorados, cuyo memoria contribuye a ampliar conocimientos indispensables, sobre todo para que los jóvenes de hoy no den el traspies de la repetición en pleno orgullo de creerse originales, y a adquirir cierta perspectiva de la cultura americana, parecida, por lo menos, a las que muchos se vanaglorian de poseer respecto a la de Europa. El maestro Rubió y Lluch, historiador insigne de la Cataluña heroica, con su último libro ha conquistado el derecho a que los críticos y tratadistas del Nuevo Continente le tengan en cuenta y le citen en las fuentes bibliográficas de sus obras.

J. TORRENDELL.

POLITICA NEGATIVA QUE RECLAMAN NUESTROS PAISES: HUMANISMO Y LETRAS (1)

HE aquí, ahora, otras manifestaciones de esa faz negativa de la política que a mi juicio debe seguirse en nuestros países, y que me parece oportuno contemplar aparte. Se trata de orientaciones culturales que estimo exageradas, y en tal sentido inadecuadas a nuestra situación: el humanismo, las letras y la historia.

Comienzo por lo primero, que en rigor contiene a todo lo expuesto, y digo que no puedo comprender — y esto lo sostengo desde hace mucho — el culto de que es objeto entre nosotros. Los antiguos y los clásicos son hombres de su tiempo, y la consiguiente cultura es mera expresión de un ambiente que la reclamaba, la creaba y la imponía. A mi ver, los hombres de nuestros días son y tienen que ser otros hombres, bien distintos de aquéllos, simplemente porque los respectivos medios poco o nada tienen que ver con los de Grecia y Roma. Estos eran primitivos, bastante aislados, sin mayores asideros científicos, con fenómenos económicos apenas rudimentarios y de carácter más o menos bélico. Los nuestros tienen su relativo desarrollo histórico y cultural, se hallan vinculados en toda forma a lo necesariamente solidario del universal concierto, como se encuentran ante una actividad científica que es fuente primordial de propulsión y están sujetos a problemas económicos de producción y todo el resto que les son llanamente vitales.

Cuando, pues, nuestros regímenes educacionales — primarios, secundarios y universitarios — se resuelven en cosas preponderantemente humanistas y clásicas, según ocurre, es porque en

(1) De un libro, *Política cultural en los países latinoamericanos*, de próxima publicación.

ellos se mira bien equivocadamente lo que es el humanismo y el clasicismo y lo que requieren nuestros educandos y nuestros países. Bien concibo que en los países sajones y germánicos el clasicismo tenga lugar preferente: las virtudes latinas que él entraña son necesarias para integrar personalidades individuales y sociales que no las poseen por raza ni por herencia. Pero no se tiene en cuenta estas dos cosas: que tal cultura es meramente complementaria, pues la faz técnica y práctica de la educación está como infiltrada en la sangre de sus poblaciones, y dice, por ejemplo, de las expansiones mercantiles y coloniales de Inglaterra, Holanda, Estados Unidos, etc., como de la formidable técnica y producción industrial de Alemania; y, de otro lado, que nosotros no tenemos por qué beber en los clásicos un espíritu y unas virtudes de latinismo que llevamos en nuestras venas. Por lo demás, invertimos llanamente los valores: en la cultura general lo clásico tiene su importancia, cosa que nadie discute, pero ésta debe ser subordinada a la mayor importancia que para nosotros entraña, por hoy y por mucho tiempo todavía, lo técnico de las disciplinas de acción — profesionales, industriales, mercantiles, etc. — que pongan en obra y valor positivo los recursos con que contamos, permitan organizar nuestra independiente vida económica y financiera, y nos den así un conjunto de medios y una situación resultante que sea prenda de consolidación y auge en lo social, lo moral y lo cultural.

Sí, pues. Saber hablar, conocer historia, estar versados en letras y filosofía y poder saborear a Sófocles u Horacio, es bueno, es delicadamente bueno. Pero “*prius vivere, deinde philosophari*”, porque la obligación está antes que la devoción. Hay en ello una cultura de refinamiento, de espíritu selecto, que sólo cuadra para iniciados o con vocación. En la educación general apenas si debe contar como indicadora e integrante de una educación que no puede ser clásica. No ha de ser con latines ni con criticismos kantianos con lo que será dable elevar las masas y conquistar vida propia en caminos, industrias y todo el resto de lo que es previo.

Es que nos dejamos seducir con exceso por dos cosas: por la imitación de países formados y ya cultos, en los cuales el humanismo tiene cabal función y explicación; y por la sugestión de lo bello, de que entre nosotros se ha querido hacer un culto prima-

rio (por ejemplo, en el *Ariel*, de Rodó), en un error de puntería — de “coeli scrutantur plagas” — que es llanamente típico. Y además, incidimos en una característica de nuestra psicología: queremos lo mejor antes que lo posible; solemos empezar por lo último, con olvido de lo que indispensablemente le precede; como pretendemos generalizar soluciones que son rigurosamente limitadas.

En consecuencia, y no quiero insistir en cosas para mí evidentes, los sistemas educacionales de nuestros institutos primarios, secundarios y universitarios, los dos primeros sobre todo, como órganos que son de cultura general y formadora de hombres, deben ser despojados de todo cuanto en ellos entraña exceso de humanismo, para reemplazárselo con disciplinas de orden práctico y técnico, según indiqué en el capítulo III, mediante las cuales se consulte exigencias de nuestra educación y consolidación.

Y no se tema. La cultura y el espíritu no han de sufrir por ello. En la proteica evolución de todo país novel, las disciplinas de acción están naturalmente indicadas. De ahí una conforme adecuación de los temperamentos y orientaciones mentales a exigencias imperantes. Y el alma social, lo propio que la individual, no es sólo belleza: su poliédrica conformación será tanto más respetada y elevada cuanto más se la integre en cada una de sus fases, cuanta mayor armonía se establezca entre sus distintas partes o formas, y así cuanto mayor organismo, de mutua y fecunda correlación, se imprima a lo que es indivisible y no separado, único y nunca parcial o fragmentario. El hombre o país espíritu puro está en las nubes y no en este mundo; y en fuerza de volar alto los Euforiones corren la suerte de Icaro. Y el hombre o país materia exclusiva se halla en los subsuelos; por donde no puede, como un gusano, quejarse de que le aplasten.

Tan cierto parece todo ello, que los países más prácticos del universo coordinan esa orientación con actividades de espíritu bien preclaro: no sé que en parte alguna se cultive las virtudes benéficas y de altruista solidarismo más intensamente que entre los sajones y germánicos; y tengo que saber todavía de expresiones filosóficas superiores a las de Alemania. En cambio, en países tan predominantemente clásicos y espirituales como Francia, la intensificación profesional y técnica de la educación en ins-

titutos especiales — que labró la gloria de Millerand, entonces ministro — y aun en el seno de las universidades, es toda una realidad.

Bien falso es que lo útil y lo hermoso sean antagónicos. Las cosas bellas de Grecia empezaron por ser de pristina utilización. Y Schiller y Guyau, como muchos otros, han podido demostrar, repitiendo lo del “*utile dulci*” horaciano, que son perfectamente conjugables. Y deben serlo, porque pertenecen a un espíritu, el del hombre y los pueblos, que es único y siempre el mismo. “*Ad augusta per angusta*”, porque lo estrecho y limitado es lo primario para lo amplio o superior de cualquier campaña o ascensión. De otra suerte, y sin los necesarios medios y gradaciones, llegaremos a vulgarizar y hacer degenerar ese humanismo que pontificamos sin conocerlo y esa belleza de que pretendemos envanecernos sin motivo ni fundamento. Y lo degenerado o pobre, aun lo mediocre, es insoportable en arte o en letras, como ha enseñado Labruyère desde hace largo rato.

El fenómeno de las letras y la poesía entre nosotros sería a mi juicio prueba acabada de ello.

Contamos con una producción cuantitativamente abundosa en tales respectos, y tanto que no guarda armonía alguna con la producción que pudiera llamarse científica, aun incluyendo entre ésta la relativa a disciplinas sociales como la jurídica. De la mayoría de nuestros países nada se conoce fuera de letras y poesía. Y en todos ellos, ciñéndome a la manifestación escrita, por cada revista o libro de ciencia se cuenta casi una decena de literatura. Los centros, asociaciones, bibliotecas, etc., se encuentran en la misma situación de fondo. En mi país hay premios anuales, instituidos por ley, para la actividad científica y la literaria; y las obras que al efecto se presenta a los respectivos jurados son en gran mayoría del segundo carácter. Poseo una colección de poetas argentinos contemporáneos que suma unos quinientos volúmenes; y eso que en la Argentina la manifestación científica tiene expresiones nada despreciables en cantidad ni calidad, La gramática, la historia, la novela, la comedia, las “*crónicas*”, los cuentos, la especulación predominantemente mental y de gabinete, no conocen otro contrapeso que el de los versos: se diría que somos pueblos esencialmente poetas.

Y mucho me temo que no lo seamos. Ser poeta es sentir, es vibrar y hacer vibrar de emoción. El poeta de diccionario, de palabras y de imágenes hará versos pero no será poeta. El poeta se identificará con su ambiente, y, juntamente con lo delicado o intenso de su rica subjetividad, nos cantará sus auroras y montañas, su sol y sus pájaros, su tierra y sus paisajes, sus leyendas e historias, sus afanes y preocupaciones, sus esfuerzos y esperanzas, en vez de consagrarse a imitar poetas extranjeros y de otros ambientes. El poeta será un ser privilegiado y excepcional, nunca esa legión de versificadores que hacen de la poesía una cosa corriente y hasta vulgar. El poeta ha de ser una expresión y exponente de su medio, so pena de resultar, como ocurre, venusina creación más o menos artificiosa y aun mentida.

Por lo demás, la cantidad desdice, naturalmente, de la calidad. El poeta es, lo propio en el fondo que un escultor, un músico o un filósofo, una culminación espiritual y una concomitante fuente de cultura. Así, no puede ser poeta cabal quien no entañe un espíritu orgánico y superiormente culto: no puede emocionarse ante las grandes ideas quien no sea capaz de comprenderlas; no verá poesía en el pasado quien no domine la historia, que es psicología, sociología y todo el resto, como no la verá en el presente, con el conjunto de problemas y actividades que han despertado las modernas corrientes sociales, quien no esté en condiciones de pulsar el juego encontrado y complejo de esa enorme suma de fuerzas, aspiraciones de reforma, anhelos de lo nuevo y ansias de lo mejor; y jamás podrá ser poeta quien no hermane la emoción allá en lo alto con una orientación filosófica que da sentido a las cosas, al mundo y a la vida entera.

Eso digo: la poesía es fenómeno de cultura, como expresión y a la vez creación de ella. En medios incultos, tales los nuestros, donde la ciencia es rudimentaria, las artes dormitan y la filosofía no pasa de ser un nombre, la poesía no puede resultar, como fenómeno social que es, lo mismo que cualquier arte, ciencia o religión, sino muy pequeña o falsa. Sólo es concebible en espíritus efectivamente superiores y cultos; y entonces viene a ser mucho más individual que social, ya que tales espíritus se hallan si no fuera por lo menos arriba de su medio.

Y no tendría yo por qué recurrir a una demostración que sobra: la de los hechos. Estos demuestran, con el ejemplo de Goethe o Hugo, de Musset o Leopardi, de Byron o Carducci, de Dario o Lugones, para no ir a Dante o a los antiguos, que tanto más poeta es un individuo cuanto más culto es su espíritu, y que no se da un solo caso de buena poesía, aun en astros menores como Richepin o Campoamor, que no se conjugue con una filosofía subyacente que la fecunde inspirándola y aun determinándola.

Ante ello, el contraste que ofrece nuestra poesía es saltante. Lo pequeño y minúsculo, la simple sensación, lo externo de lo visto, intimidades de lirismos amorios cuando no eróticos y hasta lujuriosos del amor de alcoba, el juglarismo de las palabras y los ritmos... , todo lo fragmentario y deleznable, sin pensamiento vivificador, sin orientación ni organismo, sin filosofía y sin cultura... ; todo eso, y no otra cosa, es lo que constituye su fondo predominante. Precisa gritarlo: eso no es poesía, ni arte ni cosa que valga la pena. Es que la artificiosidad no puede conducir a otra parte: se toma la poesía como cosa fácil y sencilla, equivocándose — y es ello harto frecuente en nuestra psicología — los términos, en cuya virtud se estima en la base lo que está en la cúspide y se juzga como comienzo lo que debe hallarse en un final más o menos penoso y a que no siempre se llega. Repitamos, pues, con Labruyère: si el mérito de algunos hombres está en escribir, el de otros estaría en no escribir nada. Y agreguemos esto de Spengler, que vale perfectamente para nuestras artes, nuestro humanismo y nuestras letras: “Por las formas suntuosamente claras e intelectuales de un transatlántico o un alto horno o una máquina de precisión, por la sutileza y elegancia de ciertos procedimientos químicos, doy con gusto toda la guardarropía estilizada del arte actual, incluso la pintura y la arquitectura”. ¡Evidentemente! Más arte, mucho más arte hay en una trilladora, en la maravilla del linotipo o en la vital creación de un toro de exposición, que en la gran mayoría de los artificios de nuestra música imitada, de nuestra pintura angladesca o de nuestros versos modernistas y franceses, que nada o bien poco tienen que ver con su ambiente y que menos dicen ni educan y forman gusto.

Pero debo detenerme. Estoy repitiendo aquí, lo propio que en la mayoría de los capítulos de esta Prelusión, lo que ya tengo expuesto con más detenimiento y estudio en otra obra mía, *América latina*, y bien puedo referirme a lo que allí digo.

Sólo agregaré que si es verdad que no sólo de pan vive el hombre, no es menos cierto que empieza por vivir de pan. En todo caso, no viviría gran cosa con el alimento espiritual de nuestras letras, que he simbolizado en la poesía como su expresión más alta, porque éstas no contienen en principio alimento alguno y se resuelven, generalmente, en aquella "science de gueule" que Montaigne fulminara ya en su propio tiempo. Lo probaría esta circunstancia: no obstante el favor de que goza la producción literaria en nuestros periódicos y centros superiores, a pesar de todas las "antologías", "liras", "parnasos" y el resto de colecciones poéticas de cada país y de la general América, bien raro es el caso de un poeta que trascienda y se imponga, pues los Nervos, Chocanos, Daríos y Lugones pueden ser contados con los dedos de las manos.

Hay en ello un mal positivo, un doble mal: se lleva a lo malo y se desacredita una manifestación cultural que debiera inspirar y merecer las más particulares consideraciones; y se esteriliza la actividad de no pocos espíritus, que cometen al respecto un error de vocación, pues resultarían de acción más proficua si se consultaran y auscultaran, para orientarse en el sentido que les indicasen su temperamento y su gusto naturales y no desvirtuados por la sugestión imitativa que les ha descarriado.

Y aquí, como en casi todo, la prédica hará bien poco. En principio a nadie se convence con razones, mucho menos a los obcecados. Se clamará con el alto valor de las letras, con nuestra herencia y tradición, con las exigencias del espíritu y con toda la serie de lugares comunes y desubicados con que se pretende razonar cuando no se tiene razones. Lo que hará algo para erradicar la preconcepción será la obra educacional a que antes me he referido: cuando la educación general y técnica sea una relativa realidad, cuando la acción y el trabajo tengan su culto, cuando la masa haga sentir su conciencia y su alma, y cuando los valores primarios de la vida industrial y económica cuenten dentro del ambiente, entonces y sólo entonces la ciaboga se producirá como

por sí misma y se podrá vivir vida más sincera, y entonces las letras y la poesía serán lo que deben ser, esto es, manifestaciones surgidas espontáneamente de su medio y patrimonio natural de los espíritus selectos o privilegiados que reflejen allá arriba esa expresión tan elevada de la cultura.

ALFREDO COLMO.

EL CONCEPTO VULGAR DE ESPACIO EN LA FORMACION DE LA MENTALIDAD AMERICANA

I

UN día fuí detenido en la esquina de Bolívar y Alsina por una mujer que, con visible cortedad, me preguntó la hora. Por toda respuesta me concreté a indicarle el reloj del antiguo Cabildo que presta aún servicios en la torre de San Ignacio; pero la mujer, con gesto de avergonzada, me contestó: no conozco el reloj, señor.

Esa confesión no dejó de causarme sorpresa. ¿Era posible que en pleno siglo XX, en el mismo riñón de una ciudad como Buenos Aires, donde desde hace casi medio siglo existe una ley de enseñanza obligatoria, transitase un ser, relativamente joven, cuyo cerebro no estaba capacitado para interpretar aquel simplísimo conjunto de signos?

El hecho era, sin embargo exacto, y ante su evidencia, ocurre preguntar: ¿Qué diferencia puede existir entre la estructura mental de esa mujer y la de otra que, en el siglo de Homero, de Augusto o de Luis XIV, se hubiese detenido frente a los instrumentos entonces en uso, para preguntar la hora al primer transeunte que viniese a mano?

Se contestará, en primer lugar, que aun siendo cierta la existencia de dos hechos idénticos en épocas tan distantes, no autorizaría a inferir que esas dos épocas se equivalen desde que, lo que entonces podía ser el índice de un estado casi general, hoy puede considerarse como un caso excepcionalísimo. Negar "el torrente de cultura" que nos envuelve, porque una mujer del pueblo no conozca el reloj, es tanto como negar el progreso operado en los me-

dios de transporte por el hecho de que en algunas chacras criollas todavía se emplean "zorras" de confección casera.

Pero aun admitiendo que numéricamente no existiese una diferencia apreciable de analfabetos entre ambas épocas ¿bastaría esa coincidencia para admitir la semejanza de su estructura mental? Y, viceversa: la adquisición del alfabeto ¿bastará por sí sola para establecer una línea divisoria apreciable entre unos y otros?

Supongamos al efecto, que los analfabetos pudieran aislarse y después de infundirles los conocimientos que se adquieren mediante la enseñanza primaria, volviesen nuevamente al agregado de que formaban parte. ¿Qué transformación habría sufrido su estructura mental? Dejarían por esta causa, de tener el mismo concepto que tenían anteriormente de las cosas y de los fenómenos que a diario caen bajo sus sentidos? La mentalidad de la mujer que me preguntó la hora, en el supuesto de que fuese cocinera ¿habría cambiado de un modo sustancial, por el hecho de que plantada frente al fogón, ya no tuviese que preguntar si había llegado la hora de arrimar la olla al fuego?

La experiencia cotidiana nos demuestra que no.

Las nociones adquiridas no cambiarían su manera de sentir y de obrar, como madre, como hija, como ciudadana. Es que el valor del alfabeto resulta meramente utilitario y si en nuestra época reviste la gran importancia que se le asigna, se debe a que entra como herramienta indispensable en todos los oficios, por no decir en la mayor parte de los actos de nuestra vida. El changador que lleva bultos desempeñará mejor su humilde tarea si no debe recurrir a los transeúntes para saber la calle y el número de la casa que busca. El proveedor que sepa anotar y sumar los créditos que concede, empleará un medio más seguro utilizando una libreta de apuntes que confiándolos a su memoria.

Pero esos mismos sujetos que ya saben leer, escribir y las cuatro operaciones aritméticas, frente a otros fenómenos continúan pensando como si fuesen analfabetos. Salvo contadas excepciones, confirmatorias de la regla, jamás en sus juicios aplican el principio de causalidad, piedra de toque del verdadero conocimiento. Contemplan los fenómenos en que interviene la inteligencia, del mismo modo que los naturales que a diario se suceden.

A los millares y millares de individuos que viajan en tranvía eléctrico, lo que les llama la atención es el desplazamiento y no la causa que lo origina. La repentina aparición de la luz en el foco de la calle, al caer la tarde, concluye por asimilarse a la salida del sol por la mañana y son bien pocos los que intentan saber porque nace y se pone el sol. La verdadera causa del fenómeno no les interesa, como lo comprueba la supervivencia de las más absurdas y estrafalarias supersticiones.

De aquí puede inferirse que la llamada instrucción elemental y — más de lo que comúnmente se cree — aun la superior, no modifica de manera apreciable el bagaje de conceptos, falsos o verdaderos, escritos o no, que constituyen los verdaderos resortes de la conducta, individual y colectiva. Estas nociones elementales y comunes, difieren en virtud de la raza y del medio y aun pueden modificarse a través del tiempo por grandes cataclismos o acontecimientos históricos de cierta magnitud; pero es a dichas nociones y no al índice de alfabetos o analfabetos y otros elementos de carácter "intelectivo" que es necesario acudir para determinar la actual modalidad de un agregado y la posible estructura que adquirirá durante su desarrollo.

II

Una de estas nociones comunes a todos los seres es la del espacio vulgar o visual como lo denomina H. Poincaré. Esta noción, cuya verdadera naturaleza es superfluo discutir aquí, se presenta como algo que, estando fuera de nosotros, nos acompaña siempre. Su extensión se determina por el horizonte de cada uno y sus características, por los accidentes superficiales.

Los que viven y mueren sin haber salido del lugar donde nacieron, sólo conservan viva la imagen del espacio contenido en su horizonte. Esa porción de mundo, al cual están estrechamente vinculados, es el factor complementario de la formación de su personalidad.

Del resto poseen una vaga idea y sólo en contados casos interviene como causa determinante de su conducta. ,

Ahora bien, semejante noción ¿es idéntica a lo que fué en

la época de Homero, de Augusto, Luis XIV, etc.? Y, aun hoy ¿es igual para el europeo y el americano, para el sabio y para el ignorante?

Desde luego no hay duda que los sujetos de la antigüedad, sólo tuvieron durante su vida la imagen de la estrecha porción de espacio inmediato que los rodeaba. El resto, el que excedía al horizonte, carecía de amplitud y precisión. Basta al efecto, recordar la geografía de Homero. Cuando se lee por primera vez el Catálogo, por ejemplo, cualquiera supone que abarca una gran extensión de tierra, y no es poca la sorpresa que se experimenta al comprobar, con el mapa por delante, que tantos nombres de lugares están situados en la cuenca del Mar Egeo. El mundo exterior a dicha geografía está plagado de leyendas fabulosas. El poeta al relatar las aventuras de Ulises y sus compañeros que

De infinitas gentes
Las ciudades y costumbres conocieron,

habla de lestrigonios, islas foltantes, cimerios que jamás ven la luz del sol, lotófagos, etc., etc., sin haber salido del Mediterráneo. Los mismos pueblos cercanos ignoran hasta las instituciones que imperan en los vecinos. En *Los Persas*, de Esquilo, por ejemplo, la reina Atossa se asombra al oír que en la ciudad de Atenas no existen reyes y los hombres se reúnen en asamblea para deliberar y resolver.

Más tarde ese límite se ensanchó por las conquistas de Alejandro y más aun durante el Imperio romano, pero el espacio fuera del horizonte siempre se presentaba como algo vago y lleno de cosas extraordinarias.

Las invasiones germánicas trajeron como consecuencia el aislamiento de las diversas partes que antes, en cierto modo, estaban vinculadas por el Imperio.

Los pueblos costaneros de la cuenca del Mediterráneo, tenían una noción más amplia que los del interior, pero asimismo su perímetro no pasaba del mundo conocido por los romanos, y quizás más circunscripto aun, en virtud de la barrera turca que impedía la comunicación con el Oriente. Recuérdense los delirios geográficos de los libros de Caballería, que tan admirablemente satiriza Cervantes.

De ahí el asombro que causaban relatos como el de Marco Polo y de las leyendas que se formaron a su respecto. El error de Colón, en cuanto a las dimensiones de la tierra, era común entonces y sólo se disipó después del viaje de Magallanes. Pero esa misma disipación sólo alcanzó a los sabios y viajeros. El resto de los habitantes de la Europa civilizada siguió teniendo de las tierras conocidas más tarde con el nombre de América, una vaga noción asociada a leyendas extravagantes y fabulosas.

III

Dicho concepto, idea, noción o como quiera llamársele, subsiste todavía. Para el europeo culto, América — la del Sur especialmente — aparece como una vasta región desierta, o poblada de indígenas más o menos salvajes, dominados o no por núcleos de europeos o sus descendientes que forman “colonias” representativas como círculos cerrados que luchan por imponer su respectivo predominio. De ahí que se hable con toda seriedad del aumento o disminución de la influencia de determinados núcleos. No admiten que se pueda tener de los hechos y de las cosas ideas distintas de las que en Europa se tienen; ni admiten la existencia de sentimientos comunes entre gente que proviene de países secularmente antagónicos. A esto se debe la perplejidad de ciertos viajeros frente a determinados fenómenos que se observan en América y especialmente en la Argentina. Muchas de sus preguntas se parecen a las de la reina Atossa al mensajero que llegaba de Grecia.

El libro, el grabado, el mapa, las estadísticas, permiten la vaga apreciación de un cambio material, pero no la existencia de una modalidad espiritual.

En cuanto al europeo “tipo muchedumbre”, la palabra América sólo le sugiere una imagen confusa de tierra lejanísima donde se traslada gente de Europa en busca de mejoramiento económico. Es infantil suponer que obran corrientes preatlántidas y otras fantasías semejantes.

El europeo inculto, es un ser empotrado en su medio, alrededor del cual gira el sistema planetario. Supone que sus tradicio-

nes, sus costumbres, sus conceptos de las cosas, son imperecederos y superiores a los del resto de la humanidad. Incrustado como minúsculo guijarro en el edificio de que forma parte, sólo admite la posibilidad del desplazamiento en virtud de un cataclismo, y al simple amago de ese cataclismo, se adhiere con más fuerza al bloque. En tales circunstancias, es absurdo hablar de cambio de mentalidad de cincuenta o sesenta millones de almas, de la noche a la mañana, por cambios de la mera forma de gobierno. Lejos de ser así, las cualidades básicas derivadas de la raza y cimentadas por el tiempo, de dominantes se transforman en dominadoras y se exteriorizan en reacciones violentas contra las cuales nada pueden las prédicas ni la misma convicción individual sobre sus prejuicios. El hogar, la escuela, el arte, los intereses materiales y hasta la ciencia ahondan el cauce tradicional. El campesino ruso, alemán, francés, italiano, etc., en los momentos que pelagra esa armazón, piensa y obra como pensaron y obraron sus antepasados. Las transformaciones son meramente aparentes. Santa Juana de Arco, sustituye a Santa Genoveva; el mariscal X, al rey X o al emperador Z.

El cañón de tiro rápido reemplaza a las culebrinas, el máuser a la tizona, pero estos elementos son medios perfeccionados para llegar siempre al mismo fin.

Hagamos girar el mapa mundi y aceptemos que la parte civilizada de la vasta extensión denominada América, esté habitada por individuos originarios del viejo mundo y sus descendientes.

Ahora bien: ¿experimenta algún cambio fundamental la mentalidad de los primeros en virtud del largo viaje?

Desde luego es evidente que, por ignorante que sea, el viajero adquiere experimentalmente una idea de la magnitud de la tierra mediante el órgano que permite la fijación de su imagen, imagen que tiende a substituir, o por lo menos a modificar la que poseía desde la infancia. Se da cuenta que el mundo no gira alrededor de su campanario o de su país. La visión del horizonte actual, se une a otra que actúa de manera permanente sobre sus ideas, sus sentimientos y su conducta. El "no yo" espacial, ha perdido su estrechez y aparente inmutabilidad, infundiéndole la

seguridad de algo grande y cambiante, dentro del cual su "yo" puede moverse con holgura.

Este cambio substancial, se fortifica con otras nociones complementarias. Comprueba que un sinnúmero de creencias, supersticiones y prejuicios acerca de otros hombres y otras cosas, eran absurdos o no revisten la importancia que antes le atribuía. Puede coexistir, comerciar, intimar y hasta emparentar con sujetos que en la aldea originaria le hubiera parecido imposible o descabellado.

Su espíritu, aun cuando no intervenga para nada el alfabeto y siga como antes desconociendo los signos que marcan el rodar del tiempo, ha adquirido amplitud y flexibilidad de las cuales, el más sorprendido es quien las experimenta. Quién no oye a diario exclamar: ¡En mi tierra, en mi pueblo, jamás hubiera creído, jamás hubiera imaginado!...

Si del "inmigrado" se pasa al nativo — su descendiente inmediato o no — la situación es idéntica. El horizonte americano se extiende hasta el europeo y aun va "más allá". Mucho de lo que ve y oye, le sugieren ese mundo que no conoce; pero de cuya realidad tiene una noción más o menos precisa. Los acontecimientos que allí suceden le interesan casi tanto como a los individuos a quienes afectan directamente.

Es sobre esta base, sobre este concepto fundamental y común que se desarrolla la mentalidad americana y en ella radica su manifiesta superioridad.

LUIS PASCARELLA.

**BALADA DE LA CARCEL DE READING
DE OSCAR WILDE**

IN MEMORIAM

CARLOS T. WOOLDRIDGE, ANTIGUO SOLDADO DE LA GUARDIA REAL DE
CABALLERÍA, EJECUTADO EN LA CÁRCEL DE READING (BERKSHIRE)
EL DÍA 7 DE JULIO DE 1896.

TRADUCCION DE
MARIANO DE VEDIA Y MITRE Y LUIS MARIA DIAZ

I

YA no vestía su casaca roja,
Pues de rojo sus manos se tiñeron
Con la sangre y el vino: y tal le hallaron
Cuando fué sorprendido junto al cuerpo
De la pobre mujer a quien amaba
Y asesinó en su lecho.

Con su traje de un gris descolorido,
Cubierta con un gorro la cabeza,
De los penados caminaba, en medio,
Alegre al parecer su paso era;
Más nunca a un hombre ví que al sol mirara
En forma tan intensa.

No ví jamás a un hombre que mirara
Con mirada tan honda, el breve espacio
De azul que cual un toldo nos cobija
Y al que le llaman cielo los penados,
Y las nubes que bogan y que pasan
Con velamen plateado.

De otras almas en pena en compañía,
Yo caminaba por distinto patio,
Y al mirarle a lo lejos preguntábame
Si grande o no su crimen era acaso,
Cuando alguien tras de mí dijo muy quedo:
Ese hombre será ahorcado.

*¡Oh Dios! En tal instante de la cárcel
Se estremecieron las murallas mismas,
Y sobre mi cabeza sentí el cielo
Como plancha de acero enrojecida;
Y aunque era yo también un alma en pena,
Mi pena no sentía.*

*Tan sólo comprendí qué idea fija
Sus agitados pasos excitaba,
Y porqué aquella luz clara y monótona
Miraba con tan vivida mirada:
Morir debía el hombre desgraciado,
Pues mató lo que amaba.*

*Y que no haya ninguno que lo ignore:
Todos los hombres matan lo que aman;
Con mirada de odio matan unos,
Otros con frases engañosas matan,
El cobarde lo hace con un beso,
El bravo con la espada.*

*Matan unos su amor, cuando son jóvenes;
Otros matan su amor, cuando son viejos,
Con las manos del Oro, unos lo ahogan,
Algunos, con las manos del Deseo;
Usa el hierro el mejor, porque la víctima
Se enfríe más ligero.*

*Breve tiempo aman unos, otros largo,
Unos compran su amor, otros lo venden,
Algunos asesinan entre lágrimas,
Otros sin un suspiro; pero siempre
Se mata lo que se ama, aunque no todos
Morir por ello deben.*

*En un día de sombras y de duelo,
No mueren todos de una muerte infame,
No tienen una cuerda en su garganta,
Ni cubre el triste paño su semblante,
Ni sus pies bambolean sobre el suelo
Suspensos en el aire.*

*No se hallan entre hombres silenciosos
Que de noche y de día, cuando intentan
Balbucir una tímida plegaria
O romper en sollozos, les acechan
De miedo que a la cárcel por sí mismos
Arrebatan su presa.*

*Cuando al llegar el día abren sus ojos,
No ven a su alrededor semblantes lívidos,
Ni al Capellán que tiembla en su alba veste,
Ni al Alcaide severo y compungido,
Ni al Director, de negro, con su cara
De horrible y triste sino.*

*No se levantan con amarga prisa
Para vestir su traje de reclusos,
Mientras observa el médico y anota
De cada nueva contracción el signo,
Con su reloj, cuyo tic tac resuena
Cual golpe de martillo.*

*No saben de esa sed devoradora
Que como fuego la garganta seca,
Antes de que el verdugo se deslice
Con sus guantes de cuero por la puerta,
Y la sed les apague para siempre
Con tres vueltas de cuerda.*

*No se prosternan para oír los salmos
Que el Capellán por los difuntos reza,
Y en tanto de su alma los terrores
Les dicen que no han muerto, no tropiezan
Con su propio ataúd, que se encamina
Hacia su horrible huesa.*

*A través de pequeña claraboya
No fijan en el cielo su mirada,
Ni imploran porque cese su tormento
Con labios abrasados, y no ultraja
El beso de Caifás su alba mejilla
Ya temblorosa y pálida.*

II

*Paseó por el patio seis semanas,
Con un gorro cubierta su cabeza,
Y su traje de un gris descolorido;
Alegre al parecer su paso era,
Más nunca a un hombre ví que al sol mirara
En forma tan intensa.*

*No ví jamás a un hombre que mirara
Con mirada tan honda, el breve espacio
De azul que cual un toldo nos cobija,
Y al que le llaman cielo los penados,
Y las nubes errantes que arrastraban
Vellón enmarañado.*

*No torcía sus manos como aquellos
Insensatos que intentan afanosos
A la esquiva Esperanza darle vida
Del dolor en el seno amargo y lóbrego;
Sólo miraba al sol, y el aire puro
Absorbía anheloso.*

*No torcía sus manos ni lloraba,
Ni la angustia en su alma hacía presa,
Mas el aire aspiraba cual si alguna
Anodina virtud en él hubiera,
Y el claro sol cual generoso vino
Bebía a boca llena.*

*Y todas las demás almas en pena
Que por otro sendero caminábamos,
Si era grande o pequeña nuestra culpa
En tan crueles momentos olvidamos,
Al que iban a ahorcar con extrañeza
Sombria contemplando.*

*Y era extraño mirarle en su paseo
Con tan ligero paso y tan alegre,
Y era extraño observar cómo miraba
El día tan intensa y hondamente,
Y era extraño pensar que una tal deuda
Con el mundo tuviese.*

*Al llegar Primavera, roble y olmo
Se engalanan con vívido follaje,
Mas es horrible el árbol del patíbulo
Con su raíz mordida por los áspides,
Que verde o seco, cuando da su fruto,
En él morir debe alguien.*

*Es el lugar de gracia la alta esfera
Hacia la cual se mueven nuestras almas,
Mas ¿Quién estar querría en el cadalso
Con corbata de esparto en la garganta,
Y preso en tal collar enviar al cielo
Su última mirada?*

*Dulce es bailar al son de los violines,
Cuando Vida y Amor nos son propicios,
Delicado es danzar y dulce y raro
De las arpas al son y de los pifanos,
Mas agradable no es con pie ligero
Danzar en el vacío.*

*Día por día con el alma mustia
Curiosos le observábamos, pensando
Si nuestro fin al suyo igual sería;
Pues ¿quién pudiera predecir acaso
Hacia qué rojo infierno el ciego espíritu
Puede ser arrastrado?*

*Al fin cesó aquel hombre en sus paseos
Entre sus compañeros de desdicha,
Y supe estaba ya sobre la negra
Caja que a los culpables se destina,
Y que ya en este mundo de ventura
Su faz nunca vería.*

*Cual dos naves en medio la borrasca
Se cruzan en el mar, en nuestra senda
Tal nos cruzamos, sin cambiar un signo
Entre nosotros, pues preciso no era,
Que no fué nuestro encuentro en santa noche
Sinó en día de afrenta.*

*De la prisión el muro nos cercaba,
Eramos sólo dos desheredados:
Nos había arrojado de su seno
El mundo cruel y Dios de su cuidado,
Y el férreo cepo que al Pecado espera
Nos atrapó en su lazo.*

III

*De los penados en el patio, el muro
Era muy alto; el piso era de piedra;
Allí el aire bebía bajo el cielo
Plomizo, y un guardián a su derecha,
Y otro a su izquierda iban de continuo
Por temor que muriera.*

*O se sentaba a veces con aquellos
Que su angustia acechaban noche y día;
Cuando llorar deseaba o cuando un rezo
Sus labios temblorosos balbucían,
Y espíábanle de miedo que él robara
Al cadalso su víctima.*

*El Director sabía de memoria
Del reglamento interno los artículos;
El médico decía que la muerte
Es tan solo un fenómeno científico;
Y el capellán, dos veces cada día
Dábale un santo libro.*

*Fumábase dos pipas cada día,
Y bebía sus jarros de cerveza,
Serena y ya resuelta estaba su alma;
Temor ninguno se anidaba en ella;
Y decía alegrarle que el verdugo
Se hallara ya tan cerca.*

*Mas no osó preguntarle guarda alguno
Porqué decía cosa tan extraña;
Pues a quien le ha tocado tal oficio
Poner debe a su labio una mordaza,
Y ha de trocar su rostro para siempre
En impasible máscara.*

*Pues sino llegaría a conmoverse
E intentaría confortar, acaso;
Y la piedad humana en una cárcel
¿Qué tendría que hacer? Y en aquel antro,
¿Qué palabra de gracia consolara
El alma de un hermano?*

*Con paso vacilante ejecutábamos
La grotesca Parada de los locos,
En derredor del patio, ¿Qué importaba?
Eramos la Brigada del Demonio
Y cabezas al rape y pies con hierros
¡Qué carnaval gracioso!*

*Deshilachar las cuerdas embreadas,
Con desgastadas uñas y sangrientas,
Y bruñir los barrotes relucientes,
Frotar los pisos y fregar las puertas
Y enjabonar por grupos las tarimas
Golpeando las cubetas,*

*Machacar piedras y coser los sacos,
Chocar las escudillas, gritar himnos,
Hacer girar el torno polvoriento,
En la rueda sudar... todo esto hacíamos...
Pero en tanto el terror en nuestro pecho
Se escondía tranquilo.*

*Tan tranquilo que el día se mostraba
Cual ola llena de algas, y olvidamos
El destino que aguarda al inocente
Como al culpable en este mundo aciago,
Hasta un día en que vimos una fosa
Al tornar del trabajo.*

*El hoyo amarillento bostezaba
Por algo vivo, con su boca de hambre,
Aun reclamaba sangre el mismo barro
A aquel sediento patio de la cárcel;
Y supimos que al alba un prisionero
Danzaría en el aire.*

*Con el alma tornamos concentrada
En la Muerte, el Destino y el Espanto;
Pasa el verdugo con su saco horrible
Sus pies en las tinieblas arrastrando,
Y en tumbas numerados los deudores
Deslízanse aterrados.*

*Fantasmas las desiertas galerías
En tal noche llenaron por doquiera;
Se oyeron en la torre leves pasos
Y con curiosidad rostros de cera
Parecían mirar tras los barrotes
Que ocultan las estrellas.*

*El reo reposaba cual un hombre
Que sobre dulce prado duerme y sueña,
Mirábanle los guardas cuál dormía,
Sin comprender cómo dormir se pueda
Con sueño sosegado, cuando de uno
Está el verdugo cerca.*

*Mas para aquellos que jamás lloraron
Y llorar necesitan, no hay reposo,
Y velamos, culpables o inocentes,
En esa noche aciaga para todos,
Y el dolor deslizóse en nuestro pecho,
De la pena de otro.*

*¡Es horrible sentir la ajena culpa!
Y la espada del mal, en nuestro pecho,
Penetró hasta su puño envenenado
Y como plomo derretido fueron,
Las que vertimos, lágrimas amargas,
Por un crimen ajeno.*

*Con paso sigiloso los guardianes,
Tras las puertas cerradas con candado,
Formas grises veían sobre el suelo
Con ojos temerosos y asombrados,
Y les maravillaba ver de hinojos
A quienes nunca oraron.*

*Toda la noche oramos de rodillas,
Como dementes en cortejo lúgubre;
Eran las plumas de esa noche trágica
Como penachos de carroza fúnebre,
Y el sabor de la culpa, cual vinagre
Que de una esponja fluye.*

*Su canto entona el gallo gris y el rojo,
Mas en el cielo aún no brilla el alba,
Y se agazapan del terror las formas
A nuestro lado, y las visiones malas
Que en las sombras se agitan, nos parece
Que ante nosotros danzan.*

*Cual pasa el caminante entre la bruma,
Celeroso, así ellas se deslizan,
Remedando a la luna en una danza
De contorsiones y figuras rítmicas,
Y con pesados pasos los fantasmas
Concurren a la cita.*

*Cogidos de la mano, en una ronda,
 Los vimos desfilar gesticulando;
 Entre las sombras una sarabanda
 En un tropel diabólico bailaron
 Y arabescos formaban como el viento
 En un arenal cálido.*

*Con grotescas piruetas de fantoches
 Agilmente danzaban de puntillas,
 Mas conduciendo sus horribles máscaras
 Con las flautas del Miedo ensordecían,
 Y lanzaban un canto interminable
 Por despertar la víctima.*

*¡Oh! gritaban. Muy vasto es este mundo,
 Mas tropezando van los pies trabados;
 Y echar los dados es en ocasiones
 Gentil juego; mas quien con el Pecado
 Juega en la obscura Casa de Vergüenza
 Jamás sale ganando.*

*No eran formas aéreas estos seres
 Grotescos, que bailaban de alegría;
 Para aquellos que estaban en cadenas
 Y cuyos piés moverse no podían
 ¡Por las llagas de Cristo! estaban vivos
 Y era horrible su vista.*

*En corro contoneándose valsaban
 Algunos en parejas zalameras,
 Mientras otros subían por la escala
 Con un paso sutil de mujerzuelas,
 Y acompañaban con mirar sarcástico
 Las oraciones nuestras.*

*Sopla la brisa matinal: la noche
Aún no toca a su fin, y las tinieblas
Van deslizándose el velo interminable
Hasta quedar tejida cada hebra,
Y ante el Fallo del Sol mientras reíamos,
Del miedo somos presa.*

*Enredor de los muros de la cárcel
El viento gemebundo se agitaba;
Y cual rueda de acero, percibimos
Los minutos clavarse en nuestras almas
¡Qué hicimos di, oh viento gemebundo,
Para vigilia tanta!*

*La sombra vi por fin de los barrotes
Como reja de plomo, proyectada
Sobre el muro encalado, que frontero
A mi lecho se hallaba; y supo mi alma
Que era roja de Dios, en algún sitio
Del universo, el alba.*

*Cada cual a las seis barrió su celda,
Y a las siete quedó todo en sosiego;
Más llenar pareció la cárcel toda
El ímpetu tenaz de enorme vuelo;
Que entró para matar el Dios de Muerte
Con su gélido aliento.*

*No iba en corcel de una lunar blancura,
Ni sustitosa púrpura vestía:
La horca ha menester sólo tres yardas
De cuerda y una tabla corrediza,
Y así llegó el Heraldo a hacer su obra
Con cuerda de ignominia.*

*Andábamos cuál hombres que en pantano
De inmunda obscuridad, muévense a tientas,
No osábamos rezar una plegaria
Ni dar salida a la congoja nuestra,
En nosotros había muerto algo:
Y la Esperanza era.*

*Porque del hombre la feroz justicia
Sin desviarse jamás sigue su ruta;
Hiere al débil y al fuerte también hiere,
Implacable es la norma que la rige;
Con planta férrea aplasta al poderoso
La parricida horrible.*

*Esperamos el toque de las ocho;
Por la sed nuestra lengua estaba seca;
Pues tal toque es el toque del Destino
Que a un hombre a infame maldición condena;
Y usa para el mejor y el peor el Hado
Una lazada estrecha.*

*La señal esperar sólo debíamos;
Mudos por ello e inmóviles estábamos
Cual las piedras que yacen en desierto
Y obscuro valle; empero acelerados
Nuestros pechos batían como bate
Sobre el parche un insano.*

*De pronto el aire se estremece al toque
Del reloj de la cárcel; y un gemido
De impotencia y de cruel desesperanza
En la prisión se escucha como el grito
Que un pantano recoge, de un leproso
En su inmundo retiro.*

*Y cual horribles cosas, de un ensueño
Se ven en el cristal, así espantados
La triste cuerda vimos suspendida
Del negruzco madero y escuchamos
La oración que transforma en hondo grito,
Del verdugo el cruel lazo.*

*Y aquel dolor que estremeció su alma
Hasta hacerle lanzar grito estridente,
Su atroz remordimiento y sus sudores,
Tan sólo para mí fueron patentes:
Pues debe quien vivió más de una vida
Morir más de una muerte.*

IV

*El día en que se ahorca a un condenado,
Oficio en la prisión no se celebra:
O tiene el Capellán su faz muy lívida,
O está su alma demasiado enferma,
O lo que verse no debiera, escrito
En sus pupilas lleva.*

*Por eso hasta las doce clausurados
Estuvimos; entonces la campana
Sonó y los guardas cada celda abrieron
Con llaves tintineantes, y la escala
Bajamos lentamente, de su infierno
Libre ya cada alma.*

*Respirando de Dios el aire suave
Camínamos, más no cual de costumbre,
Pues gris de miedo el rostro, estaba de unos,
Pálido el de otros, y jamás yo supe
Cómo mirar tan hondamente pueden
Los tristes la alta lumbre.*

*No ví jamás un hombre que mirara
Con mirada tan honda el breve espacio
De azul que cual un toldo nos cobija,
Y al que le llaman cielo los penados,
Y las nubes que libres y felices
El cielo van cruzando.*

*Con la frente inclinada, entre nosotros
Iban algunos, pues muy bien sabían
Que si todos su deuda al fin pagaran
Tendrían ya la muerte merecida,
Porque una cosa muerta ellos mataron
Y él una cosa viva.*

*Pues despierta al dolor un alma muerta
El triste que reincide en el pecado,
Y hace sangrar esa alma nuevamente
Al arrancarle el tético sudario,
Y la hace sangrar gotas de sangre,
Y sangrar siempre en vano.*

*Cual payasos o micos con cruel pompa,
Con dibujos de flechas estrelladas,
En derredor del asfaltado patio
Caminábamos mudos en comparsa;
En silencio pasábamos, y nadie
Decía una palabra.*

*Enredor silenciosos caminábamos,
Y cual terrible viento el cruel recuerdo
De las cosas horribles penetraba,
De cada uno en el cerebro hueco,
Y hallábase el Horror frente a nosotros
E iba el Terror siguiéndonos.*

*Aquí y allá en el patio los guardianes
Su rebaño de bestias vigilando
Se pavoneaban con vestidos nuevos,
Mas nosotros supimos qué trabajo
Habían realizado, pues cal viva
Manchaba sus zapatos.*

*Pues allí donde abrieron ancha fosa
No había fosa alguna, mas de arena
Un poco solamente se veía
Junto a los muros que a la cárcel cercan,
Y un montón de cal viva a fin que el hombre
Un sudario tuviera.*

*Porque un sudario tiene el desgraciado
Cual pueden desear pocos mortales;
Bajo un patio de cárcel y en su fondo
Para afrenta mayor, desnudo yace,
Con grillos en los pies, y el cuerpo envuelto
En sábana llameante.*

*Sus huesos y su carne la cal viva
Devora sin cesar en todo tiempo,
En el día la carne tierna roe,
De noche roe los endebles huesos,
Alterna en carne y huesos, más roe siempre
Del corazón el seno.*

*Por tres años muy largos, en tal sitio
No sembrarán ni plantarán; tres años
Muy largos en que el sitio ignominioso
Estéril seguirá, desnudo y árido,
Y lanzará miradas sin reproche
Hacia el cielo asombrado.*

*Piensan que el corazón de un asesino
Roería la semilla que sembraran;
No es verdad: del Señor la buena tierra
Mejor es de lo que ellos sospechaban:
La rosa roja nacerá más roja,
Y más blanca la blanca.*

*Sobre sus labios una rosa roja,
Sobre su corazón una muy blanca,
Pues ¿quién puede saber de qué manera
Expresa Dios, su voluntad arcana
Desde que el seco bordón del peregrino
Floreció ante el gran Papa?*

*Mas ni la rosa blanca cual la leche
Ni la roja florecen en la cárcel,
Lo que a los presos dan es sólomente
Cascos, sílice y piedras, porque saben
Que las flores, a un hombre simple pueden
Su angustia apaciguarle.*

*Así jamás caerán pétalo a pétalo
Ni la roja cual vino ni la blanca
Sobre el montón de tierra junto al muro,
Para decir a los que allí se hallan
Que el Hijo del Creador murió por todos
En un día de infamia.*

*A pesar de que el muro repugnante
De la prisión, le encierre todavía,
Y aunque vagar no pueda entre las sombras
Su alma encadenada, y llore y gima
Un solo corazón por el que yace
En tierra tan impía,*

*En paz reposa al fin el miserable
O en paz pronto estará: pues ya no hay nada
Que enloquecerlo pueda, y no discurre
El cruel Terror del día a la luz clara,
Porque ni sol ni luna hay en la tierra
Sin luz, en que descansa.*

*Cual se ahorca una bestia, tal le ahorcaron,
Ni siquiera rezáronle el responso
Que pudiera a su alma horrorizada
Algún consuelo dar, mas presurosos
Le llevaron y luego le escondieron
En el fúnebre hoyo.*

*De sus ropas allí fué despojado
Y abandonado a las inmundas moscas:
De sus ojos inmóviles burláronse
Y de aquella garganta hinchada y roja,
Y riendo, amontonaron el sudario
En que el hombre reposa.*

*El Capellán no se pondrá de hinojos
Al borde de esa tumba de vergüenza,
Ni allí se plantará la cruz bendita
Que dió Cristo a los hombres, pues él era
Uno de aquellos que a salvar bajara
El Señor a la tierra.*

*Pero todo está bien, pues de la vida
El franqueó la linde no ignorada,
De la piedad la urna ha tiempo rota
Se llenará por él de ajenas lágrimas,
Pues parias han de ser sus plañideras
Y llora siempre el paria.*

V

*Ignoro si en las leyes hay justicia
 O si condenan por error a veces:
 Todo lo que sabemos los penados
 Es que en la cárcel la muralla es fuerte
 Y que el día es como año, cuyos días
 Interminables fuesen.*

*Mas sé que desde el día en que a su hermano
 El cruel Caín arrebató la vida,
 Y el mundo del dolor hubo nacido,
 Las leyes de los hombres son cual criba
 Que los gramos del trigo dispersara
 Gaurdando las aristas.*

*Y aun sé, — y conviene que lo sepan todos —
 Que con piedras de infamia los presidios
 Que construyen los hombres, se levantan,
 Y con rejas se cierran, porque Cristo
 No vea cómo el hombre a sus hermanos
 Inflige atroz castigo.*

*Con espeso enrejado desfiguran
 La luna grácil y al buen sol le ciegan,
 Y no hacen mal en ocultar su infierno,
 Pues tales cosas pasan tras las rejas
 Que ni el Hijo de Dios, ni aun el del Hombre
 Jamás verlas debicran.*

*Nacen en el ambiente de la cárcel
 Cual mala yerba las acciones malas;
 Sólo lo bueno que en el hombre existe
 Aniquílase allí: La Angustia pálida
 Vela a la puerta y el guardián es de ella
 La cruel Desesperanza.*

*Pues matan de hambre al aterrado niño
Hasta que noche y día el llanto vierte;
Al débil le flagelan y al idiota;
Se burlan de los viejos; y enloquecen
Algunos, pero todos empeoran
Y hablar ninguno puede.*

*Cada pequeña celda en que habitamos
Es una infecta y tétrica pocilga,
En la cual de la Muerte viva, ahoga
El sucio aliento cada ventanilla,
Y toda Humanidad, salvo el Deseo
En polvo es convertida.*

*Con cieno nauseabundo se desliza
El líquido salobre que bebemos,
Y el duro pan, pesado con cautela
Contiene yeso y cal; jamás el Sueño
Se acuesta allí, mas con feroces ojos
Vaga implorando al Tiempo.*

*Mas aunque el Hambre flaca y la Sed pálida
Combatan cual el áspid y la víbora,
La carne de la cárcel poco importa;
Lo que en la noche roe nuestra vida
Es que en el corazón la piedra cae
Que alzamos en el día.*

*Movíamos la rueda y deshilábamos
La sogá, con la noche en nuestro pecho,
Y en la celda el crepúsculo; en distinto
Infierno cada uno; era el silencio
Aun más temible que de las campanas
De bronce, el són funéreo.*

*Y para dar palabras de consuelo
No se escucha jamás la voz humana,
Y los ojos que observan por las rejas
Miradas duras e inflexibles lanzan,
Y olvidados por todos, nos pudrimos,
Gastados cuerpo y alma.*

*Y envilecidos sin cesar limamos
Así de la existencia la cadena;
Y unos maldicen y sollozan otros;
De algunos no se escucha ni una queja;
Mas perdona la Ley de Dios, y rompe
Un corazón de piedra.*

*Y cada corazón que de la cárcel
Se rompe en una celda o en un patio,
Es cual el cofre roto que dió a Cristo
Su tesoro, dejando embalsamado
Del leproso el refugio, con perfume
Del más precioso nardo.*

*¡Ah! Dichosos aquellos cuyo pecho
Se rompe por la pena, pues descansan
En la paz del perdón! ¿Pues cómo el hombre
Del pecado podrá salvar su alma?
¿Dónde sinó en un corazón partido
Tendrá el Señor entrada?*

*Y aquel hombre del cuello hinchado y rojo
Y de ojos inmóviles y fijos,
Las santas manos que al ladrón llevaron
Al paraíso, espera, porque Cristo
Jamás un corazón ha despreciado,
Roto y arrepentido.*

*Por el hombre vestido de encarnado
Que lee la sentencia, concedidas
Tres semanas, brevísimas le fueron
Para curar su alma enloquecida
Y la sangre lavar de aquella mano
Que empuñó la cuchilla.*

*Y él lavó con sus lágrimas de sangre
Aquella mano que esgrimió el acero,
Pues la sangre se lava con la sangre
Y curar, sólo puede el llanto acerbo;
Y de Caín la mancha roja, truécase
De Cristo en níveo sello.*

VI

*En la ciudad de Reading, y en su cárcel,
De infamia y de vergüenza hay una tumba,
En ella yace un hombre miserable
A quien dientes de llama le trituran;
Ardiente es su mortaja, y en su fosa
No hay inscripción alguna.*

*En silencio repose el desgraciado
Envuelto en su flamígera mortaja
Hasta que Cristo a los difuntos llame,
Y que ni lloros ni suspiros haya;
Pues debía morir el miserable
Que mató lo que amaba.*

*Y que no haya ninguno que lo ignore:
Todos los hombres matan lo que aman:
Con mirada de odio matan unos,
Otros con frases engañosas matan,
El cobarde lo hace con un beso,
El bravo con la espada!*

1.100 KILOMETROS EN TREN

Río Negro

ALGUIEN ha volcado un crisol de hierro fundido en la altiplanicie. El líquido pesado y reluciente se precipita, unido como una placa, por una larga úlcera de la tierra.

El viento

Sopla infatigablemente hace mil años. Soplará durante mil años más. La selva nace y vive arqueada bajo su látigo.

Lagunas

Un espejo se ha roto en el cielo y sus fragmentos quedaron dispersos por el campo.

La pareja de avutardas

Macho: un *souteneur* de fina silueta ceñida en su ropaje dorado. Hembra: adelanta con descaro los anchos pechos blancos de una vieja buscona.

Bandada de loros

Van cortando con sus tijeras verdes la tela plumiza del cielo. Trabajan entre una algarabía de costureras irritadas.

Luna de madrugada

¡Qué ocurrencia la de poner tan arriba esa tajada de melón!

Liebres

Si no tuvieran orejas duplicarían su velocidad. Habrá que patentar un tipo de liebres desorejadas.

Río Colorado

El agua se ha dormido en su bañera de hierro oxidado.

Médanos

Como en la ballena de Simbad, la vegetación ha cubierto las jibas de esta tropa de dromedarios echados en la llanura.

La pampa

¿Dónde está el carambolista que juega en esta ilimitada mesa de billar?

El guardatrén

Lleva en el rostro el tedio secular de un péndulo. Este sempiterno ir hacia ese sempiterno volver...

Estaciones

En alguna parte debe estar una incubadora que produce estas estaciones gemelas, con estos comisarios mellizos, estos gendarmes uniformes y este grupo de gentes que miran la llegada y la salida del convoy con ojos de máquina fotográfica, sin alma dentro. Y alguien las toma y las va colocando ordenadamente al lado de su arbolito.

Coche-“restaurant”

El polvo pinta de gris las mesas y cruje entre las muelas. La conversación es una perezosa rueca que hila lentamente el tema meteorológico. Rumor de platos y olor de frituras. El bicarbonato olvidado en la valija. ¡Truco! El campo jira como un disco verde alrededor de la ventanilla.

El ruido del tren

El tren lleva cautiva una tormenta bajo el piso de los coches. Y los truenos se van evadiendo torpemente a lo largo del camino.

El gallo de la estación

Llega el tren y el gallo goza a su favorita. Parte el tren y el gallo se deleita con otra odalisca de su peripatético serrallo. Es una concepción de la vida.

La sierra

Se estira en el horizonte como una mujer desnuda que dormitara boca arriba. Pero tiene una teta más grande que la otra.

La sorpresa del diario

En el diario hay un aviso que aún no habíamos descubierto. ¡La inefable dicha de leer algo nuevo!

El reloj

Tras la esfera de un reloj ha de haberse escondido un duende que retrasa la marcha de las agujas. En cinco horas han marcado una sola.

Molinos de viento

Esta gente construye aeroplanos pequeños con hélices enormes, para clavarlos en la punta de un trípode.

Pueblo grande

Frente a la estación está el Hotel de España y el Club Social en la acera opuesta a la Plaza de Mayo. Hay un periódico que habla de la potencialidad económica de la ciudad y elogia el "savoir faire" de los dueños del "home" en donde se dió cita la "crème" de nuestra "high life".

Los puentes de Barracas

¡Esos brazos de hierro que no se cansan de alzar al cielo sus pesados lingotes!

Buenos Aires

La civilización se acerca. El guarda cierra cuidadosamente las ventanillas para evitar las sustracciones.

VÍCTOR JUAN GUILLOT.

JOHAN BOJER Y NUESTRO EXAMEN DE CONCIENCIA

ESCRITOR de nombradía europea a los cincuenta y tres años y envidiable popularidad en países de habla francesa e inglesa, especialmente en Norte América, el novelista noruego Johan Bojer vivifica el realismo de sus ficciones verdaderas por medio de esa facultad introspectiva tan desarrollada en la mente protestante.

Posee el autor de *Maternidad*, *Bajo el cielo vacío*, *Las noches claras*, *El último Viking* y otras obras no menos difundidas, el don de animar sus relatos con el ritmo, el latido, la pulsación de la vida. Pero el lado dialéctico de sus personajes adquiere muy pronto, en su pintura, una importancia tan grande, que, a menudo, nos olvidamos de su existencia física, absorbidos como estamos por sus ideas. Y, a medida que nos vamos adueñando de su personalidad, asistimos directamente a la creación de sus estados de espíritu. Son retratos morales, dotados de movimiento, que desnudan su conciencia, bajo nuestros ojos. Al referirse al *Poder de la opinión*, que es como se intitula, en el original, la novela generalmente llamada *El Poder de la mentira* (1903), dice el crítico Carl Naerup, que los personajes de Bojer nos tienden un espejo tan fiel, que obsesionan con una impresión terrífica. Lo que ha penetrado, agrega, es la comedia que representamos ante nosotros mismos, la forma en que nos ilusionamos voluntariamente, cual si hubiera en nosotros un espectador más sincero y más desinteresado, que concluimos por engañar, a él también. En esa obra, efectivamente, Bojer, cuya infancia transcurrió entre paisanos, se propuso pintarlos sin falso sentimentalismo. Conoce como pocos sus pasiones, la envidia, la avaricia, y sabe que sus virtudes, lejos de tener origen en la bondad natural, son

hábitos sociales, son virtudes de transigencia, que degeneran fácilmente en respeto humano, en cobardía para afrontar el qué dirán. La única que no transige ni admite atenuantes es la propia conciencia del que ha transgredido la ley moral. Así el rico hacendado rural Norbyen, astuto, digno y considerado, es incapaz de oponerse o de desmentir a su mujer, a sus criados, a todo el pueblo, que han forjado una calumnia, acusando a Wangen, un comerciante fallido, a quien Norbyen, cediendo a un impulso generoso, otorgó su fianza, de haberle falsificado la firma. La conciencia de Norbyen le grita que se hace cómplice de un crimen. Mas, acallando su voz, llega hasta a creerse el campeón de la honradez. Su hijo Einar sabe la verdad y no se resuelve sin embargo a causar la ruina de seres queridos. Otro testigo ocular de la fianza dada por Norbyen no se atreve a declarar en descargo del inocente, por temor al amo. Es el viejo puestero Lars Kleven. Próximo a morir, se confiesa al ministro de Dios. “¿Cree el pastor que me será perdonado, gime el moribundo, aunque no fuí a testimoniar la verdad, cuando Nuestro Señor me lo pedía? El sacerdote sabe que Cristo murió por los pecados de Lars Kleven y sabe también que, aunque ese pecador entre en el reino de los cielos, Wangen, el inocente, ha de sufrir en la tierra todas las consecuencias de su pecado.” Y sin embargo da la absolución. “Porque, una cosa era pensar en todo ello y otra cosa era levantar la mirada y encontrarse con los ojos del moribundo, implorando, fijos por el terror...” El personaje simpático de la novela, la víctima de la injusticia, es objeto por parte del novelista de un análisis no menos cruel. Wangen se había interesado desde joven por la discusión de las ideas. Pero las había considerado siempre como algo atañadero a la conducta y la felicidad de los demás. Cuando le llega la hora de tener que sobrellevar una responsabilidad muy grande, en razón de las personas cuya hacienda, vida y bienestar ha comprometido en sus negocios desgraciados, empezando por su suegro al que arruina y su propia mujer, se encuentra desorientado, sin valor, agobiado bajo un peso superior a sus fuerzas y quiere naturalmente hacer de cuanto le ocurre una cuestión social. Tocamos aquí a un punto substancial de las ideas de Bojer. La sociedad es una de las más recientes máscaras inventadas por el hombre para eludir su deber.

“La sociedad es un concepto brumoso, dijo, en cierta ocasión, Bojer a un periodista que recogió sus palabras. Es una escapatoria y un pretexto para ahorrarnos el trabajo de pensar. No sentimos remordimiento por una mala acción ni nos hacemos reproches a nosotros mismos. Le mandamos la cuenta a la sociedad, que nos ha enseñado a tener derechos sin contraer obligaciones. ¿Qué es la sociedad, me pregunto yo? No es nada. No es el Estado, no es la colectividad, no son los hombres...”

Bojer da, como se ve, un alcance original y nuevo, hasta cierto punto, a la crítica de esa noción tan vaga y socorrida de sociedad. Temperamento positivo, en el que la abstracción y la observación se equilibran, tiene Bojer el sentido de la realidad de los problemas y de los valores constructivos de la vida. Se ha planteado el problema del valor de la religión frente a la conciencia moderna. ¿De qué se alimenta la creencia, en medio a la falta de sinceridad de los hombres, a su habilidad atávica para abusarse a sí mismos? *La gran hambre* indaga en nuestro espíritu el fundamento y la lógica del idealismo y de la religiosidad. Sin apartarse de su posición objetiva, describe Bojer en la vida de Per Strom muchos aspectos de su autobiografía. Hijo natural, el protagonista de la novela tiene de padres adoptivos a humildes pescadores. Más tarde, comparte sus privaciones una hermana joven y desamparada a quien no conocía. La recoge a su lado y provee a su subsistencia con los exiguos recursos de un aprendizaje. Luisa, la adolescente, perfuma su juventud, como flor que se marchita pronto. Pasa por la tierra sin mancharse y recuerda a las figuras de los pintores prerrafaelistas ingleses, con sus ojos azules, su semblante pálido y sus manos un poco grandes de hija del pueblo. Al morir, deja el alma de Per amargada y herida para siempre. Per, autodidacta, estudia con tesón, nutre su inteligencia de cultura, conquista una posición y asegura su bienestar. Vuelve a su país, después de haber dirigido grandes obras de ingeniería en Egipto. Para los demás, ha triunfado. En realidad, anhela un descanso, un alto en medio de esa carrera vertiginosa, que es la existencia actual. Este hombre práctico, este ingeniero, este técnico persigue en la naturaleza que arrulla, en el amor que transporta y que embriaga, la centella de eternidad, que ha visto brillar una vez en su alma. La civilización del

fuego y del acero matan en nosotros el sentido de lo divino, la música del salmo que todos llevamos, alguna hora, en nuestro corazón y en nuestra mente. La voluntad del mundo, materializada en la concepción del progreso mecánico, nos obliga a sacrificarle la vida interior. Y sin embargo, no seremos más que un poco de carbón con que alimentar su hoguera. “No quiero consumirme en la llama del mundo, exclama Per, en su soliloquio, aunque fuera ella el único dios del universo! Quiero liberarme, ser algo en mí mismo, quiero tener un alma inmortal”. Entretanto la vida, enemiga del ensueño, coge a Per en su engranaje. La fortuna ya no le favorece. Un signo adverso hace fracasar todas sus empresas. El hierro y el fuego se vengán. Conoce la humillación de la lucha cotidiana sin desquite, el sufrimiento moral, la escasez después de la abundancia. Faltaba el dolor. No tardaría en llegar para él y para su esposa abnegada. El dolor golpea a su puerta, trayéndoles el cadáver de su hijita, destrozada por el mastín furioso de un vecino de bajos sentimientos, que los detesta y desprecia por pobres y venidos a menos. La razón de Per está a punto de naufragar, anonadada por el infortunio. Pero, en el preciso instante en que todo se ha derrumbado para él, descubre que todavía palpita en su espíritu algo desconocido, que quiere vivir. Dijérase que la catástrofe, colmando la medida de lo que un ser humano puede endurar, ha dado muerte en él al hombre viejo. Experimenta la sensación de quien despierta y se siente nacer, en el primer día de su existencia. Una voluntad, cada vez más fuerte, le infunde, en ese punto, indecible simpatía por todos los hombres que pueblan la tierra y le invade un sentimiento de orgullo a la idea de ser él uno de ellos.

Per ha visto que el prójimo malvado, responsable de la muerte de su criatura, no ha podido sembrar en su campo, por falta de semilla, mientras a él le ha sobrado avena. Per se levanta una madrugada, sin que nadie le vea y siembra en el campo de su enemigo. A ese gesto de sembrador, forma sublime del desprendimiento, sólo se llega al cabo de un mundo de luchas y de congojas. Ha comprendido Per Stroms “que, por más que el destino ciego nos persiga con su saña y nos defraude en todo, conservamos siempre en nosotros algo que nada en el cielo o en la tierra puede alcanzar o destruir. Nuestro cuerpo está conde-

nado a perecer y nuestra inteligencia a apagarse; y sin embargo, llevamos dentro de nosotros mismos la chispa de la eternidad, de la armonía y de la luz. Honor a ti, espíritu humano! ¡El inmortal, el invencible eres tú! En medio de tu miseria y de tu esclavitud has hecho florecer la belleza en la tierra. En medio de tus tormentos, hay bastantes reservas en tí, para lanzar rayos al espacio frío y calentarlo con la presencia de un dios...”

Sed metafísica es el residuo que queda en el fondo del alma moderna, después de haber explorado todos los confines de la verdad. ¿De qué lado del horizonte vendrá una lluvia nueva para el suelo enjuto?

HÉCTOR DÍAZ LEGUIZAMÓN.

LA CRISIS DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

LA transformación del régimen universitario iniciada en Córdoba en 1918, no se halla completamente consolidada, a pesar de los años que lleva en ejercicio, siendo bastante significativo el movimiento opositor que trata de retornar al antiguo sistema.

Nunca he visto definidamente formulado el plan de aspiraciones que dicha reforma se propuso o se propone alcanzar. Hubo en ella, a mi ver, mucho de instintivo y vago anhelo hacia fines que no se concebían con nitidez — y mal podían así expresarse — supliéndose los huecos con palabras simpáticas y generales, como renovación, acción social, democracia, nueva sensibilidad, liberación, etc., etc.

Sin un concepto preciso sobre lo que son, lo que se quiere que sean y lo que *es posible* que sean las universidades oficiales, sin una finalidad bien determinada y un método para alcanzarla, la acción reformadora ha debido necesariamente adolecer de la consecuente inseguridad. Quizá algunos han esperado nebulosamente mayores posibilidades de las que el asunto podía dar de sí, y quizá no se han computado suficientemente sus méritos ya realizados o todavía latentes.

La reforma, en sustancia, ha consistido en una reacción contra el gobierno de las universidades por círculos demasiado cerrados y oligárquicos, que se perpetuaban en ellas a favor de la marcada autonomía que las caracteriza; y el empuje reformador se condensó únicamente en modificaciones estatutarias que dieron intervención a los alumnos en el nombramiento de los consejos directivos.

Ha sido, en suma, una reforma electoral; y no puede ser otra cosa, bajo el supuesto, no discutido por adictos ni adversarios, de que las universidades sigan como establecimientos de

propiedad pública, esto es, organismos del Estado. Por el momento, y salvo fundamentales reformas económico-sociales que caen fuera del problema universitario (el cual sólo es un pequeño problema en relación con ellas) me parece también a mí que debemos permanecer en el supuesto; pero dado el mismo, nada más podía ni puede ser ni debe ser en concreto la reforma que un sistema electoral.

Sin duda en la mente de algunos de sus juveniles propulsores bulleron pavorosos fantasmas de patéticas revoluciones, presentimientos de raras compenetraciones de las masas obreras y la universidad, barruntos de sovietismos promisoros, espejismos mesiánicos y otros románticos balbuces; pero, como es lógico, nada de eso ha podido instrumentarse. Sólo ha llegado a obra práctica lo que entre todo eso tenía un sentido factible: la reforma electoral.

Tal vez ello no parezca suficiente y, sin embargo, es un resultado susceptible de grandes consecuencias, por ser una reforma política de mucha importancia, aunque hay partidarios de la Reforma que parecen avergonzarse de que sólo resalte en ella su carácter electoral.

Hay quienes consideran pequeñas las cuestiones electorales, execrable la política, y anhelan excluir la política de la Universidad, olvidando que toda institución colectiva requiere indispensablemente una forma y un criterio para gobernarla, es decir, *una política*.

Si la Universidad o cualquiera de sus facultades fuera propiedad particular de una persona, bastaría su sola voluntad para gobernarla; pero como es de muchos, como es de todo el pueblo, alguna forma y criterio político son necesarios para su gobierno.

Cualesquiera que sean las particularidades de la política universitaria, no podrá apartarse en sus líneas básicas de los únicos sistemas o modos de política que se conocen: *autocrático, oligárquico o democrático*.

Los que no quieren que se haga política en las universidades quizá no analizan bien sus deseos y sinceramente se equivocan; pues, si los analizaran, verían que lo que realmente rechazan es la política *democrática* y, por exclusión de esa y, obviamente, de la autocrática, descubrirían que lo que anhelan es la

política *oligárquica*, política más buena o más mala, pero, en fin, una *política* también.

Descarnado así el problema, puesta en descubierto su osatura, yo no creo que muchos se animaran a abogar abiertamente por el gobierno oligárquico de las universidades, pues carecerían de argumentos para fundar su posición. En suma, siendo la Universidad una institución pública, de propiedad popular, debe ser gobernada, por procedimientos democráticos. La única manera posible de gobernarla es mediante el sistema representativo, como siempre lo tuvo. Pero tal sistema fué el del voto estrictamente calificado, es decir, el de los profesores o consejos: un sufragio de clase.

En abstracta teoría, y siendo una entidad autónoma, debiera votar todo el pueblo para elegir las autoridades universitarias; pero como eso no sería prácticamente conveniente, por razones que omito para ser breve, conviene que, por lo menos, el "pueblo estudiantil" tenga una participación — que además significa una oposición y un control — en la formación del poder. Podrían también votar los egresados, puede eliminarse a los alumnos demasiado jóvenes, pueden establecerse comicios separados de estudiantes y profesores, o conjuntos, dando doble o triple valor al voto de un profesor que al de un alumno, pudiendo así votar directamente todos éstos, o bien mantener el sufragio estudiantil por delegaciones, en segundo grado; pero, en fin, esos son simples detalles y matices del sistema.

La legitimidad de la ingerencia estudiantil se justifica además por el hecho de que los alumnos tienen peculiares intereses en la marcha de las facultades y, desde su punto de vista, un especial y en cierto modo más completo conocimiento de los profesores —presuntos consejeros o decanos— que el que puedan tener los profesores mismos respecto a sus colegas. Los alumnos, por tener contacto prolongado con varios o con todos los profesores, cuyas capacidades y carácter pueden apreciar muy bien y detenidamente en el aula, pueden llegar muchas veces a juicios más exactos sobre sus condiciones que los profesores mismos, que a veces ni de vista o nombre nos conocemos. Esta es la verdad.

Se trata, como se ve, de cuestiones de técnica política.

En los partidos de la política nacional, provincial o municipal (en los que de ellos están democráticamente organizados) los hombres representativos tiene una actuación pública bien ostensible para cada afiliado, y aún a través de la prensa y la tribuna, sus aptitudes son visibles para cada ciudadano llamado a votar por ellos. En las facultades esa actuación es menos difundida entre el cuerpo electoral, pero es localizadamente más inmediata. Como quiera que sea, no es a los alumnos a quienes menos capacidad electoral puede atribuírseles, y así lo reconocen los estatutos vigentes al hacerles partícipes del sufragio.

Organizado sobre esas bases el instrumento político (cuya técnica, como todas las técnicas, aun las fundadas en los principios más severamente científicos, se irá perfeccionando por sucesivas aproximaciones. (siempre que los principios sean verdaderos), debe llegar a los mejores resultados humanamente posibles; la administración será correcta y eficaz; las posibilidades de perfeccionamiento didáctico han de ser amplias y la designación de docentes será una selección de los más aptos, culminando, como es necesario efecto de la genuina democracia, en la formación de una verdadera y siempre renovada aristocracia, formada por los mejores de su tiempo y lugar.

La organización democrática no es ni puede ser en sí misma más que un instrumento, sea en la nación, el municipio o la universidad. Si el instrumento está bien construido debe *tocar* bien, pero no puede tocar sólo. Es el pueblo y sus representantes, con el ejercicio, los que deben aprender a poner la *ejecución*.

Hasta ahora la reforma universitaria no llena a plena satisfacción su cometido. Se han renovado algunas personas dirigentes; la mayor concurrencia de intereses ha sido sin duda estimulante para varios profesores que, a partir de ella, dedican a sus clases más atención, aunque nada ha debido influir en los que ya dedicaban toda la posible. La reforma electoral ha influido también bastante en la orientación administrativa. Pero se notan varios importantes lunares — que son los más señalados por los enemigos de la reforma — y ellos son, principalmente, la “politiquería” electoralista y la concomitante lucha de corrillos.

A mi ver, esos defectos son paralelos a los que deslucían nuestras instituciones públicas antes de la reforma electoral de

Sáenz Peña. La Constitución, los comicios y toda la vida política del país estaban viciados, no por culpa intrínseca de ellos mismos ni del electorado, sino por falta de autenticidad e independencia en el sufragio. Remediado este punto, todo el organismo comenzó a evolucionar espontáneamente y cada día evoluciona más en el sentido de su mayor perfección. La más hermosa obra positiva será indefectiblemente consecuencia directa e indirecta del correcto mecanismo; cada día se asciende un escalón en el progreso y depuración del manejo de la cosa pública, y sólo es cuestión de tiempo alcanzar una elevación considerable. Hay quienes no lo ven, pero es así, y es palpable en muchos órdenes de cosas, algunos muy distantes de la función electoral, pero dependientes indirectamente de ella. Tengamos buen mecanismo electoral y todo lo demás, sin excepción, nos será dado por añadidura. ¡Qué han de ser baladíes los asuntos electorales!

El mecanismo electoral universitario que, como tal, es esencialmente análogo, está a la zaga del de la política general del país. La virtud principal de éste consiste en la situación de independencia efectiva en que coloca al votante, mediante la seguridad del secreto del sufragio. En cambio los estatutos universitarios vigentes no se han cuidado cuanto debieran de ese detalle fundamental. El Estatuto de la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, obliga a firmar los votos, y eso me parece ser la clave de las imperfecciones que se observan, y que se achacan a la Reforma en general.

Un votante cuya voluntad va a ser conocida, pierde con ello gran parte de su independencia. El mercado de votos que en los comicios populares se realizaba crudamente por dinero, queda abierto en las facultades para realizarse por amistades, compromisos y conveniencias personales. Se harán o no se harán, pero lo cierto es que pueden hacerse — y es humano — gran cantidad de transgresiones al interés general. Caben concesiones demagógicas de profesores a la negligencia estudiantil; manipuleos de camarillas y compinches y numerosas inmoralidades que relegan a último término el bien general de las instituciones docentes, de la cultura pública y del pueblo que paga el gasto.

El sufragio secreto es el aséptico probado contra esos graves males.

Sé que algunos, de buena fe, piensan que el sufragio secreto es una cobardía; que hay que tener el valor de votar "con la frente alta" por quien se juzgue más digno y que, en todo caso, ese sistema del secreto puede estar indicado para la mediocre multitud pero no para universitarios en quienes, por su cultura, debe suponerse una elevación de carácter superior a la de la gente común.

Quienes así opinan piensan con frases retóricas, a mi parecer, y no de acuerdo a la realidad de las cosas y la naturaleza humana. Lo que exigen de un universitario es algo más que una correcta probidad, pues les exigen un grado acentuado de heroísmo o abnegación, al pretender que pospongan severamente sus intereses personales a los de la institución a que pertenecen.

Pero el heroísmo y abnegación son cosas muy escasas en el mundo, a no ser entre gentes sugestionadas por fanatismos (y poco honraría intelectualmente el fanatismo a un universitario) y, desde luego, no más abundantes entre universitarios que entre militares, comerciantes, sacerdotes, artesanos o madres de familia. Y es que el desprendimiento, abnegación, heroísmo, cobardía o mezquindad no son tanto cuestiones de profesión o de cultura como de temperamento y otros factores.

Las instituciones y las leyes no deben ser hechas para héroes o santos sino para hombres, y de acuerdo con las cualidades que realmente tienen; y no es sensato esperar que el romántico renunciamiento del legislado supla la lírica ignorancia del legislador. No es prudente poner sin necesidad a las gentes en conflictos de conciencia. El sufragio público, cuando se trata de designaciones de personas, es fuente inagotable de camarillas, politiquerías, demagogías, y de votos contra conciencia.

En las naciones u otras sociedades donde la democracia no ha conquistado aún el sufragio secreto, esto es, independiente, — porque nadie lo puede retribuir ni vengar — no se puede decir con verdad que la democracia está implantada. Será una ficción de democracia. Y por eso no se podrá decir con razón que ha fracasado la reforma universitaria mientras no se la experimente en aquella su forma genuina.

Yo creo que, sin tocar por ahora en lo demás a los estatutos vigentes, debe hacerse en todos ellos la modificación que indico,

estableciendo obligatoriamente el secreto en todos los actos electorales preparatorios y efectivos. Ese es el eje fundamental que ha hecho el éxito de la gran reforma de Sáenz Peña, y no hay razón para que en la vida universitaria sean distintos sus resultados. La Constitución fué letra muerta hasta que el sufragio independiente la vitalizó y la puso en movimiento.

La reforma universitaria no ha sido *vivida* todavía, como no lo había sido realmente la Constitución. Sería, pues, prematuro e imprudente matarla, cuando todavía está en germen y ya tiene méritos experimentados en su haber. Déjesela vivir plenamente y no dudemos que dará flores y frutos.

Ante la propuesta aparentemente fundada, de abolirla, en la Universidad de Buenos Aires, el Consejo de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, a la que pertenezco, ha tomado la cuerda iniciativa de pronunciarse unánimemente por el mantenimiento de la reforma, prosiguiendo su experimentación. Es una acertada resolución, conservadora de las libertades ya alcanzadas, mientras se estudien y concierten ideas para perfeccionarlas.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

Buenos Aires, Agosto de 1925.

LETRAS ARGENTINAS

“Ocre” (I)

No es, ciertamente, la que canta en este libro, *Ocre* — ocre como un paisaje otoñal — aquella jovencita que hace años, componiendo y descomponiendo el tocado para las horas trémulas de la cita, se veía volver del encuentro desesperada y melancólica.

La mujer que ahora nos dice en sonetos sencillos, y un tanto graves como palabras de confesión íntima, sus tristezas y sus ansiedades nacidas más allá del desengaño, ha vivido mucho, tanto que por momentos no sólo nos emociona su ternura maternal, sino esa dulce comprensión sabia en la que palpita el perdón más sincero.

Aquí, en este gran corazón, terriblemente combatido por todo el dolor de la vida, se siente ese misterio profundo que constituye el alma por veces indescifrable de la mujer. Amante hasta el sacrificio, amada hasta la posesión, incomprendida, casi despreciada, olvidada apesar de todo, cuando se la creería muerta, así que nos detenemos junto a ella, bajo aquellos ojos tristes, donde ya ni soñamos escuchar la menor palabra suave, pues los labios parecerían rebelarse para no pronunciarla, oímos, no sólo el elogio más acendrado de la vida, sino que es algo como un río de melodía lo que brota, exaltando el amor que todo lo puede y que todo lo es.

Y ya no cree en los hombres enamorados, ya sabe que fuera del encuentro ocasional de un instante, nada puede pretender, aunque en ocasiones, olvidada de su experiencia, haga esfuerzos por arrancar de los pechos helados el hálito que la arrebate en la más extremosa batalla de amor.

(I) ALFONSINA STORNI: *Ocre*. — Buenos Aires, 1925

Pero yo, femenina, Baudelaire, ¿qué me hago
de este hombre calmo y prieto como un gélido lago,
oscuro de ambiciones y ébrio de vanidad,
en cuyo enjuto pecho salino no han podido
ni mi cálido aliento, ni mi pecho rendido,
hacer brotar un poco de generosidad?

Es que apesar de su escepticismo, apesar de su conocimiento
profundo de todas las cosas del corazón, apesar del espantoso
desengaño, del que parece sentirse prisionera, algo triunfa en ella,
sobre ella misma. Son caprichos. Llámale caprichos de la natura-
leza.

¿Con quién me has confundido oh precoz primavera,
de mi año treinta y uno? ¿Con un tronco rosado?
¿Porque has visto mi cuerpo en el campo parado,
creíste que era un árbol o alguna enredadera?

¿Confundiste mis ojos con dos flores de cardo?
¿Mis cabellos con una dorada pellusilla?
¿Con un fruto ligero mi apagada mejilla,
y mi Còty con una emanación de nardo?

Pues como si raíces me fueran los talones,
tu savia de setiembre me sube a borbotones
y me inunda las venas de lenguajes diversos.

Y planta humana al cabo, por el abierto poro
de la piel sonrosada, en guirnaldas de oro,
se escapan y me cubren los alocados versos.

Entonces, en tales momentos, hay algo que conmueve su espí-
ritu. Ah, desconocido, tú no lo sabrás, pero a tu recuerdo alguien
lanza estas conmovedoras palabras:

En esta tarde de oro, dulce, porque supongo
que la vida es eterna, mientras desde los pinos
¿Quién te acuñó os rasgos en moldes aquilinos
siento, desconocido, que en tu ser me prolongo.

Los encantados ojos en tu recuerdo pongo:
¿Quién te acuñó los rasgos en moldes aquilinos
y un sol caliente y muerto te puso en los divinos
cabellos, que se ciñen al recio casco oblongo?

¿Quién eres tú, el que tienes en los ojos lejanos
el brillo verdinegro de los muertos pantanos,
en la boca un gran arco de cansancio altanero,

y a mi pesar arrastras, colgante de tu espalda,
como un manto purpúreo o una roja guirnalda,
por la ciudad del Plata mi corazón de acero?

Pero es sensible que quien canta así, con un fervor y una unción amorosa a que pocas veces se llega, se sienta como divorciada de la vida, de la que se despide, cuando aun su alma palpita hecha un jardín de luz. Su alma ha sido tomada por la cruel realidad de la que parece que no ha de librarse nunca. Ya no podrá tejer la trama de sus sueños; la imaginación ya no se lanza por los caminos ideales que nos permiten hacernos un mundo donde vivir aunque más no sea con nuestras creaciones; hay algo que nos reduce a los limitados planos del común vivir transformado así en un agotador lugar de agonía. Existimos es cierto, mas como ella nos dice:

Sobre tu mármol grave, oh vida, oh vida mala,
y divina, y terrible y dulce, mi escalpelo
no grabará ya nunca la palabra que es vuelo
y que dijimos sólo cuando el alma era un ala.

Me aguarda el sueño áspero de aquel que no imagina
y ve claro y preciso, y ya ni cree ni espera.
Muero en mí para siempre y es esta la postrera
estrofa en que recuerdo que pude ser divina.

Existo, sin embargo. Recto el cuerpo se tiene.
Mastico. Huelo. Bebo. Mi testa se sostiene
allá, sobre mi cuello, donde se bambolea

como si siendo hueca le pesara una idea.
Y hasta mis ojos suelen pedirme, perezosos,
los parques amarillos, los mármoles mohosos.

Es una elegía por demás dolorosa con que una mujer despide a su juventud, a la juventud de su carne amante, pese a la primavera inmortal que es toda la vida de su espíritu.

Pero en un momento dado, como comprobando su condición de poeta, por excelencia emocional, hay algo que no se entrega, algo que no quiere morir, tanto que, de pronto, determinado espectáculo de belleza la torna en posesión de sí misma y lo que es más en posesión de su alma de mujer capaz de sentirse la enamorada por excelencia, como para ser la pareja perfecta del bello semidiós. Por eso ante un héroe de Mestrovich, dice:

Tallado en mármol, la cintura fina,
los muslos estallantes, la cabeza
reflejadora de gigante empresa,
la maravilla del cincel camina.

¿A dónde va? La fiebre lo devora
de vencer o morir, de tal manera,
que en el esfuerzo de avanzar pudiera
hundir el cuerpo en la lejana aurora.

Mármol del siglo XX desvaído,
a quien un hombre púsole el latido
antiguo y fuerte de las grandes pruebas:

¿Por qué, por un milagro, no te vuelves
humana forma, y al pasar me envuelves
entre los brazos y al azar me llevas?

Ella se sabe por sobre todas las cosas nacida para amar — “yo nací para el amor” — y aunque quisiera guardarse para esa imposible pasión ideal en la que desea arder hasta el cabo, no puede defenderse y, humana al fin, cae una y cien veces porque es fatal que así sea, aunque traicionando su intimidad amorosa para quedarse luego llorando y mostrando con nobleza la llaga oscura del pecado. ¿De su pecado? ¿No será mejor decir de su fatalidad, que no le permite ser la dueña de sí puesto que es siempre la naturaleza la que manda e impera hasta tornarla insaciable? “Una mentira más, la de su hartura”.

Se sabe expresión de ese panteísmo que promueve en su ser arrebatos de la más fina y enloquecedora lujuria, como también las más puras exaltaciones, cual si obraran en ella fuerzas desconocidas. Así se muestra como una lira eólica vibrando con una música ya turbadora, ya dulcísima al paso de los vientos de la pasión.

Por eso es que este libro, profundamente humano, no es más que la expresión sencilla de las pasiones a través de un alma sensibilísima de mujer, que con toda verdad, con verdad sin velos, nos dice el sentir pasional del siglo. Eso que solemos llamar la fiebre sensual de la hora, hállase aquí sintetizado en forma cristalina, a favor de las formas artísticas de este poeta admirable.

Ella quiere dar en ocasiones con el secreto de su naturaleza. Por eso le pregunta a la madre:

No las grandes verdades yo te pregunto, que,
no las contestarás; solamente investigo
si, cuando me gestaste, fué la luna testigo,
por los oscuros patios en flor, paseándose.

Y si, cuando, en tu seno de fervores latinos,
yo escuchando dormía, un ronco mar sonoro,
te adormeció las noches, y miraste, en el oro
del crepúsculo hundirse los pájaros marinos.

Porque mi alma es toda fantástica, viajera,
y la envuelve una nube de locura ligera
cuando la luna nueva sube al cielo azulino.

Y gusta, si el mar abre sus fuertes pebeteros,
arrullada en un claro cantar de marineros
mirar las grandes aves que pasan sin destino.

Siente que es el juguete de inexplicables correspondencias que la tornan al mismo tiempo irresponsable y le permiten ser a ratos inocente y purísima como una doncella y eso la hace pensar que puede que ella no sea "ella", es decir, ese cuerpo inquieto e inquietante de quien es la cautiva. Como Safo, adivina que su nacimiento fué presidido por Selene, la pálida, que da el don de la melodía y conturba a sus predilectos cuando aparece sobre los bosques y los collados, irritando con melancolías lujuriosas las almas de los señalados con su signo. La luna y el mar; el mar que siente también el influjo lunático y acrecienta el fervor sensual de los seres.

Son también esas misteriosas correspondencias, que tantos aceptan como un determinismo espiritual, las que Alfonsina advierte en *La cara copiada*, la cara copiada de quien está en su vida como un gran acto de amor.

Es la cara de un niño transparente, azulosa,
como si entre los músculos y la piel de la cara
una napa de leche lentamente rodara.
En ella solamente la boca es una rosa.

Y detrás de ese cutis de lavada azucena
otra cara se esconde, fuertemente esculpida;
es aquella del hombre que le ha dado la vida
y se mueve en sus rasgos y los gestos le ordena.

Mira con inocencia, y es dura su mirada.
Su sonrisa es tranquila, y en el fondo es taimada:
hay huellas en la fresca ternura de su pulpa.

Ya en la boca se pinta la blandura redonda
que dan los besos largos y en su nariz la honda
codicia de la especie. ¡Y carece de culpa!

¿A qué pretender descifrar lo velado? Es inútil. Parecería que todo está dispuesto. Así nos habla de "una": la predestinada. Es un retrato perfecto.

Escuchemos:

Es alta y es perfecta, de radiadas pupilas
azules, donde acecha, perezosa, una Eva.
Su piel es piel de fruta. Su blanca carne nieva
y sus trenzas se tuercen como gruesas anguilas.

Un bosque de oro crece en sus blancas axilas.
De los árboles rompe la yema fina y nueva.
Su boca es de la muerte la tenebrosa cueva.
Su risa daña el pecho de las aves tranquilas.

Pasó ayer a mi lado, las caderas redondas,
los duros muslos tensos soliviando las blondas,
los labios purpurados, y miedo tuve al verla,

pues de tal modo es ella, ya, la predestinada
que, se comprende al verla, camina, abandonada,
hacia el hombre primero que debe poseerla.

Alguien nos dice que estas canciones pueden parecer atrevidas. Y que hay quienes las han denunciado. Tanto peor para ellos. Son actitudes comprensibles. Algún día pudimos nosotros parecer asqueados de una obra literaria semejante a este arte actual de Alfonsina. Pero aquel era un producto falso, pornográfico. No existía hondura humana en tales arranques exteriores de colegialas perturbadas. Aquí, es la vida la que vibra en este *Ocre*. Es un realismo un poco crudo, pero son tantas y tantas, son tantos y tantos los que se sentirán expresados en este amor, en esta pasión, en este dolor, en esta angustia de la eterna ansiedad!

No hay porque asustarse, éste es un corazón al desnudo, por él sabemos cuán tristes y túrpidos son los días de la existencia de muchos, pero por eso no ha terminado la belleza pura y la virtud del mundo. Es posible que ésta haya sido la verdad siempre y que tal vez sea la eterna; sin embargo, cuando escucháis el coro de las criaturas de la vida os embriagáis de música celeste. Pero esto también lo sabe Alfonsina y lo expresa en manera admirable.

Escuchemos *Los coros*:

Miré en el escenario a los doscientos seres
de abigarrado aspecto que formaban el coro,
extraños y ridículos, relumbrantes de oro,
altos, bajos, enjutos, hombres, niños, mujeres...

¿Quiénes eran? Acaso en el seno de alguna
fué muerto el ser pequeño en su tercera luna.
Acaso allí anidaban el traidor, la hechicera,
la mano que subtrae, la astuta, la ramera.

Cantaron. ¡Oh, pureza! ¡Oh, sinfonía clara!
Era como si el aire, en suspenso, llevara,
diluidos en notas, corazones divinos.

Entonces, comprendiendo, a mí misma me dije:
—Para cumplir algunos de sus nobles destinos
el arte, al fin, ignora la materia que elige.

Bastaría ese poema para decirnos cuánta es la verdadera belleza de estas páginas. Si el arte tiene algún fin, puede que no sea otro que traducir en símbolos accesibles esas emociones inexpressables que son sin embargo la verdad del alma. Y la poesía es por excelencia la voz de ese arte. Por fortuna la forma artística corresponde a la nobleza de la intención. De ahí que el verso de *Ocre*, sea el viejo verso noble, que habla con dignidad y se mueve con música justa y simple como quien sabe a dónde va y lo que quiere. No es ciertamente esa especie de incoherencia beoda y tartamuda, que incapaz de definirse pretende hacernos creer que desea sugerirnos profundidades, que en verdad son vacíos. Cuando mucho, tentativas loables, en una oscuridad donde puede que haya una salida.

También se han observado algunas imperfecciones de este libro. Es comprensible que las tenga. No hay nada más difícil que expresar justamente lo que se siente, máxime cuando lo que deseamos expresar no coincide con expresiones usuales que pueden ayudarnos de modo más o menos inconsciente a traducir nuestras emociones o ideas sobre todo esa fugacidad de la emoción que deseamos reproducir en los demás.

Con todo ¿qué puede un verso mal logrado o pedestre en una composición que como conjunto es admirable?

Pocas obras, muy pocas, han producido nuestros poetas comparables a este libro de Alfonsina, libro de gran trascendencia,

en cuanto es el resumen de una emoción que nos atrevemos a llamar social, aunque la hipocresía ambiente lo niegue y todos querramos aparecer como seres apolíneos libres de la tortura de la carne.

Estamos cansados de literatura, por más artística y admirable que ella sea; todos queremos ya un poco de poesía, de esa poesía donde escuchamos la repercusión de nuestro espíritu, puesto que el arte —el arte cierto— siempre se nos presenta como un cómplice de nuestra vida, de la Vida, ansioso por expresarla, como deseando revelar el grande y definitivo secreto.

Debemos agradecer la valentía de esta graciosa amiga que así nos brinda la verdad de sus horas, toda la experiencia, toda la historia de su corazón y que nos habla por momentos, deseosa de consolarnos, consolándose. Nosotros nos imaginamos con qué ternura agradecida han de inclinarse ante ella muchas mujeres que como las tres amigas de *La Rueda*, languidecen en medio de una existencia mediocre, mientras advierten, allá arriba, un ideal femenino cuya clave ignoran.

Pero es menester que los hombres lean este libro. Es saludable. Muchas páginas de la comedia del amor pueden aquí encontrarse; sobre todo en *Ocre* suena una voz de honda femineidad, que ama y desprecia al "Rey devorante" con verdad y belleza merecidas.

*

* *

¿Ha querido plantear Alfonsina conflictos morales? ¿Combatir principios de tal o cual orden ético? ¿Es *Ocre* una obra con orientación moral determinada? Nada de eso, señores: es un espectáculo simple, sincero; con la desnuda verdad de una confesión íntima. El que quiera y pueda, debe establecer el contenido de ley general, formular luego principios, entronizar dogmas, hablar de paganismo, epicureísmo y demás verdades relativas. Alfonsina sólo ha querido decirnos que és y quien es. Que los filisteos vuelvan la cara, y que se la cubran, para no mostrarse adivinados.

RAFAEL DE DIEGO.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

Una novela de Francisco Contreras (1)

FRANCISCO Contreras, a quien conocíamos como crítico sagaz y comprensivo, se nos revela hoy, con *La ville merveilleuse*, novelista de fina observación y seguros medios expresivos, diestro compositor y narrador avisado.

En un idioma que no es el suyo, pero que maneja con soltura, ha comenzado una serie de novelas destinadas a fijar "la vie de l'Amérique Espagnole, et en particulier du Chili".

El empeño es digno y su importancia evidente. La realización está preñada de escabrosas dificultades. Casi todas han sido sorteadas, pero la más grande, la del idioma, queda en pie. No nos referimos a ella por estrecho espíritu de patrioterismo, sino por entender que en castellano sería realizado con mayor eficacia el propósito artístico que anuncia el prólogo de *La ville merveilleuse*.

(1) *La ville merveilleuse*, roman. — La Renaissance du livre, París. A muchos extrañará que incluyamos en esta Sección un libro escrito en francés, aunque su autor sea hispano americano.

Debemos explicarnos.

Cuando nos hemos ocupado de los libros del excelente escritor Alfonso Hernández Catá los hemos incluido en la Sección Letras Españolas y a su tiempo dimos la razón.

No sólo es el idioma lo que principalmente vincula el escritor a una literatura, con todo ser un lazo de unión tan impercedero. Ni el nacimiento. Es el espíritu de su obra. Heredia o Moréas nunca podrán ser considerados como escritores hispanoamericano o griego. Su ciudadanía francesa no tiene tacha. En cambio Contreras, aun cuando su francés sea perfecto y su vinculación a las letras francesas de larga data, en *La ville merveilleuse*, es chileno hasta lo más profundo de su alma y el espíritu de su obra igualmente chileno por los cuatro costados. Nosotros hemos leído su obra en francés, pero la hemos sentido en nuestra lengua.

Creemos habernos explicado.

En él se habla de captar las diversas manifestaciones del espíritu de la América Española, para darlas en síntesis líricas e integrales. Siendo el castellano el idioma nativo del escritor y también el del pueblo cuya alma se quiere descubrir y fijar, ningún otro podría substituir con éxito a aquél en que esa alma exterioriza las reconditeces de sus más íntimos pliegues.

Ya hemos dicho que Contreras domina el francés y debemos añadir que ni un solo reparo ofrece la ejecución técnica, idiomáticamente, de *La ville merveilleuse*. Leyéndola con atención observamos, sin embargo, que los modismos criollos casi siempre son traducidos poco menos que literalmente y muchos términos quedan en castellano, sin duda para que el lector francés reciba así la impresión de exotismo que tanto busca en los momentos actuales.

¿Qué efectos no lograría Contreras con el uso de nuestro idioma? En sus hábiles manos daría nuevos blasones a la novela chilena, que Barrios y Pedro Prado han levantado tan alto, en nuestros días.

Pero siendo un hecho consumado la elección de idioma, pasemos sobre ella y entremos a fijar las impresiones que produce una lectura de *La ville merveilleuse*.

Siete episodios "qui se rattachent les uns aux autres d'une manière plus ou moins étroite" y que según el autor (opinión que no compartimos) tienen una unidad perfecta, forman otros tantos capítulos de esta novela "d'une contrée et d'une époque".

El autor se funda para declarar la unidad perfecta de su obra en que ésta, aunque episódica, se desarrolla alrededor de un grupo de personas que es el verdadero protagonista y todo se pasa en un lugar determinado durante corto espacio de tiempo. A poco de profundizar adviértese que ni la unidad de lugar, ni la de tiempo, aun siendo el protagonista el mismo grupo de personas, pueden dar la unidad de conjunto necesaria. Hagamos la prueba de los contrarios: cualquiera de los episodios de *La ville merveilleuse* tiene autonomía propia y forma por sí solo un cuento desarrollado dentro de las prescripciones más estrictas de la más vigorosa preceptiva. La ligazón entre sí, no habiendo continuidad de acción, lógica de acontecimientos, no existe, a pesar de que los mismos personajes figuren en los diversos episodios

y ellos ocurran en el mismo pueblo y casi a las mismas horas. Esto, a lo sumo, puede dar, como efectivamente lo da, un *estado de alma colectiva* y entonces sí concuerda *La ville merveilleuse* con la definición de su autor: la novela de una región y de una época.

Hace ya tiempo, y en distintas ocasiones, hemos convenido en que los géneros literarios han pasado a la categoría de reliquias; pero cuando el autor define sus obras, si éstas no entran en los límites de la definición, estimamos indispensable establecer los puntos en que se apartan de la fé de bautismo.

El ambiente — y nos referimos al ambiente espiritual y al material — es el personaje de mayor volumen en la obra del señor Contreras y él es el hecho con más cariño y logrado con mayor perfección. Quienes han pasado alguna vez por una ciudad provinciana, o han vivido en ella, por una de esas ciudades que no son exclusivas de ningún país pero que en cada uno de ellos tienen un *color* especial, encontrarán en las páginas de *La ville merveilleuse*, la perfecta evocación del recuerdo dormido y lejano o fresco y viviente según fué de antaño o es de hoy, el viaje o la estada.

Los paisajes tienen ciertas semejanzas entre sí, en todas las ciudades provincianas; lo único que distingue a éstas es su fisonomía espiritual, como a los hombres. Esa ciudad innostrada que es *La ville merveilleuse*, trázala Contreras al agua fuerte, dándole verdadero realce espiritual que flota por encima de sus siete episodios, todos consagrados a señalar la influencia, en las humildes personas que en ella se mueven, de lo sobrenatural, de las supersticiones y la tradición, “qui est la symbolisation subconciente, et pour celà la plus profonde, de l'esprit d'un peuple”.

Son abundantes los personajes en *La ville merveilleuse*; su autor se envanece de tal frondosidad, por lo cual se torna doblemente difícil la tarea de crearlos y moverlos. Esta dificultad, puesta en el camino por él, para vencerla, es, para el lector, origen de confusiones. Creemos que la intención de Contreras debe haber sido — en parte así lo declara en el prólogo — explicar cada *tema* de la compleja pintura en que se ha empeñado por un personaje. Y siendo su obra una vasta sinfonía, ha tenido necesidad de recurrir a más de setenta figuras.

El arte del creador, del animador de personajes, está en definirlos con un rasgo característico, capaz de quedar fijado inconfundiblemente en la memoria del lector más ligero. Baroja, uno de los novelistas del mundo que más personajes introduce en sus novelas, tenemoslo, en nuestra opinión, por quien con más felices trazos los anima para llevarlos a través de las páginas de sus obras. Contreras ha logrado en *La ville merveilleuse* algo semejante. A sus personajes "se les ve"; un detalle, el sugeridor, ha sido puesto de realce, y con él basta, sin necesidad de largas descripciones que a nada conducen y, sobre ello, distraen.

Hemos hablado de una vasta sinfonía. Así como en la música moderna la melodía pura ha sido completamente desterrada, dando paso a la compleja revelación de los sonidos combinados y en la poesía ya se conocen intentos de presentar los estados de ánimo, por ejemplo, en una forma tridimensional, por sobre la cual se cierna una cuarta dimensión hecha de todas y de ninguna de las anteriores, en la novela generalizase el intento de suprimir la intriga detallista, la unidad melódica que pudiéramos decir, para darle la poderosa contextura sinfónica. Así como el claro-oscuro es la base del arte pictórico, favoreciendo con las masas en sombra el relieve y la visualidad de las masas iluminadas, la novela de ahora tiende a ese juego de luces: destacar sobre la sombra de lo que se calla, el volumen de lo que se dice. *La ville merveilleuse* entra en esta categoría de obras. El autor toma un motivo, lo sitúa, lo desarrolla, lo fija. Los personajes que sirven la anécdota se sumergen en la sombra y otro nuevo motivo se inicia, y sobre los caminos y las calles va esbozando su línea. Al final, y como si intentáramos la lectura simultánea de los siete capítulos, tendremos la sensación de conjunto que el autor ha querido dar. Guardamos memoria de los personajes, del suceso, del elemento panorámico que sirvió al cuadro de fondo y, sin embargo, por sobre todo eso vemos una *ciudad maravillosa* que nosotros hemos creado, y se alberga en nuestra sensibilidad por fuerza de la sugestión del libro.

Pedro Prado, con *Un Juez Rural*, ha hecho, respecto a un hombre, algo semejante. Creemos sea esta la nueva modalidad, ya perfectamente caracterizada dentro de nuestra literatura por obras de alto mérito e importancia, como la que acabamos de ci-

tar y la que nos ocupa, llamada a desempeñar significativa influencia en la forma del porvenir.

Contreras ha logrado con ella, sorteando dificultad tras dificultad, el propósito fundamental que lo guió: descubrir y fijar los elementos del alma de la raza que le dan carácter, fisonomía. Evidentemente no ha contribuido solo la forma; pero sí diremos es la más apropiada. A su lado la certera observación madre de los personajes y el ambiente enriquecidos por el poder pictórico, colorista, y la imaginación despierta, han puesto lo restante.

E. SUÁREZ CALIMANO.

CRONICA MUSICAL

La temporada del Colón

EN este mes se ha clausurado la temporada oficial del Colón, y como quiera que muchas de las obras que la formaron no fueron a su tiempo comentadas en estas páginas, y que nadie se ha preocupado de hacer un balance de este año, a pesar de su excepcional importancia estimativa, por ser la primera vez que se ensaya una administración directa del teatro, trataremos de hacerlo nosotros, aunque sea en breves líneas.

Y antes del ligero resumen, en que cuidaremos que la brevedad no dañe a la justicia y la exactitud, debemos dar nuestro juicio sintético sobre los resultados de la temporada. Hay que aplaudir, ante todo, la conquista de algo que debiera ser fundamental, si no fuera que ya vemos al intendente Noel caer otra vez en el antiguo mal: y es la prescindencia del "impresario" y la prioridad absoluta de las consideraciones artísticas sobre cualesquiera otras; son igualmente loables, el celo, la dedicación y el sacrificio con que los miembros de la comisión, y particularmente algunos de ellos, han trabajado por el éxito de los espectáculos; el cumplimiento fiel a las promesas y los anuncios del "cartellone" era algo a que no nos tenían acostumbrados los contratistas y que debemos agradecer; y subrayar que el viejo ideal de que el Colón tenga orquesta, coros y cuerpo de baile propios se ha acercado más que nunca a su realización. Y para que el juicio sea imparcial y completo, es necesario censurar la inexperiencia puesta a la luz con la "réclame" detonante hecha a divos que no la precisaban, por cierto, como Gigli y la Muzio, mientras que se dejaron pasar casi inadvertidos espectáculos como el de *Le coq d'or* que cuestan un esfuerzo ingente y honran a

cualquier teatro, o cantantes como Ezio Pinza, que se reveló como un gran bajo y que siguiendo la tradición del teatro debió haber salido de Buenos Aires "impuesto"; critiquemos también la poca atención que se prestó a la administración financiera, y concluyamos, sintetizando que el balance es favorable a la comisión, y que ésta, si bien más depurada y con menos poderes económicos, debe subsistir, aun cuando se resolviera volver al sistema de los empresarios, si se quiere que el Colón signifique algo para el arte de este país.

Los estrenos de la temporada fueron cuatro, de los que pasamos a ocuparnos por separado:

Le coq d'or (7 representaciones), fué el éxito artístico del año. Con los cortes que para la original forma de ópera-ballet que "veían" en ella, le dieron *Diaghileff* y *Bolm*, la obra de *Rimsky-Korsakow* no tiene una nota de desperdicio. Particularmente señalamos: el prelujo, en el primer acto la llegada del ejército y la "berceuse" del rey Dodon; en el segundo el canto de la reina de Shamakhan y la danza de ésta y del rey, y en el tercero, el cortejo nupcial, el coro de la llegada, la canción del astrólogo y todo el final. La interpretación y puesta en escena, admirables. Ello se debe casi todo a *Adolfo Bolm*, el inteligente artista, que la dirigió hasta en sus menores detalles y logró infundir al cuerpo de baile una disciplina y una espontaneidad de que carecía; además, compuso un rey Dodon perfecto. *Ruth Page*, deliciosa; *Bonfiglio*, impecable; *Vignon*, *Pryor Dodge* y el resto, bien. En los roles cantados, *Didur* como siempre gran cantante, *Ninón Vallin* justísima, y *Laura Pasini*, que después la substituyó, muy agradable; *Nessi*, regular; a *Barromeo*, no se lo oía. Los coros, bien; los decorados, atrayentes. Del maestro *Serafin*, no caben sino elogios.

Tabaré, tiene unidad, homogeneidad, desarrollo temático regular y sostenido, trama armónica dignamente llevada a través de cada acto. Es una ópera, lo que no se podía decir casi de las argentinas hasta ahora oídas en el Colón. El sinfonismo de ciertos pasajes, la línea melódica y la vena lírica de otros, surgen de modo espontáneo y demuestran que hay en ella, además de los valores técnicos antes señalados, momentos de ins-

piración, de verdadera creación. Decir que está compuesta algo "a la italiana" equivale a encontrar influencia de Bach en una fuga o antecedentes chopinianos en un nocturno. No sabemos cómo en una ópera, que es el género más convencional, se podría prescindir de las formas convencionales — y consubstanciales — de la ópera. Gustó, pues, la labor del maestro *Schiuma*. Y particularizando: el segundo acto, el mejor y casi perfecto, y dentro de él, la danza india; en el primero, algunas frases de la peroración del padre Juan, el amplio momento sinfónico que precede al dúo de Tabaré y Blanca, el "yaravi" del mestizo y el enjoyado "intermezzo" del anochecer; el tercer acto es flojo y no nos satisfizo. El libretista *Servetti Reeves* ha hecho meritoria labor, respetando todo lo posible el poema de *Zorrilla de San Martín* y teatralizándolo con habilidad, de modo a salvar el inconveniente que las voces llanas y los prosaísmos del idioma español presentan a la ópera. *Isidoro Fagoaga* sintió al héroe y lo cantó a conciencia; las señoritas *Corucci* y *Bertana*, muy, pero muy bien; los barítonos *Urizar* y *Paci* y el bajo *Barromeo* correctos, debiendo aplaudirse el esfuerzo que hicieron los dos últimos para aprender sus partes en español. Los decorados de *Rodolfo Franco* buenos, menos el alero del templo, contrario a la perspectiva, y la poco natural curva de la arboleda. Las danzas y el cuerpo de baile, bien. Los coros, buenos. El maestro *Serafin* no sintió la ópera, pero la dirigió impecablemente.

I cavalieri di Ekebú, parece una ópera hecha por *Zandonai* para ganar unos miles de liras y que no se olvide su nombre, pero carente del nervio de toda obra de arte, o será quizá que el libreto, sacado por *Rossoni* de una novela larguísima de Selma Lagerloff, resulta falso y ridículo en extremo. Queda dicho que la música no vale gran cosa. Apartemos, empero, el coro "Vecchia terra de Ekebú!", el aria pucciniana del tenor "Vivevo lá, sperduto", la de la soprano "Vivevo umile e sola" — ella también! —, el final del duo de ese acto, el "Natale", solo de violín con acompañamiento de coro "a capella", y el final, de mucho brío, gracias en parte al ruidoso yunque puesto en escena. Muy bien *Merli* y *Flora Perini*, regular *Mme. Vallin*; deslucidos, a causa de sus desconcertantes papeles, sin duda, *Didur* y *De Luca*, co-

rrecto *Badá* y bien las señoras *Castagna*, *Adalgisa* y *Nicolini* y el resto. El coro se portó extrañamente bien. Los decorados, los mismos del estreno en Roma, buenos. La autoridad de *Tullio Serafin* no salvó la ópera, que no es mala del todo, sin embargo.

La cena delle beffe, la más inferior de las cuatro novedades del año, impuesta sin duda como la anterior, por la casa proveedora de partituras. Como en “*Andrea Chenier*” muestra *Gior-dano* su preferencia por los libretos dramáticos, teatrales, pero inadecuados a la ópera; el de *Sem Benelli* resulta truncado y disminuido... ¿para qué? Para una música que no deja la menor huella en el espíritu, ni siquiera en el oído. El acto menos malo es el tercero, y asimismo su comienzo recuerda demasiado a ciertos pasajes bufos de otras obras, y sus concertantes a los de “*Falstaff*”; sólo el final cautiva realmente, pero es por su interés escénico. Fragmentariamente, anotemos la romanza del primer acto, del tenor, “*La mente delle donne é un roseo nuvolo*”, algo del duo del segundo y la “*Canzone di Maggio*” del último. *Gigli* bien como voz, y nada más. *Frances Alda* fué la única, de los primeros papeles, que pareció comprender el suyo, y su *Ginevra* fué sensual y enervante como debió ser.

Formichi muy bien en el tercer acto. *Bada*, *Nessi*, *Barromeo*, *Muzio*, *Rakowsky*, *Simoni* y las señoras *Morelli*, *Castagna*, *Adalgisa* y *Nicolini* cumplieron holgadamente sus roles episódicos.

Anotemos, en segundo término, cinco reprises y exhumaciones o poco menos. *Fedra*, la gran obra de *Pizzetti* y *D'Annunzio*, una de las más perfectas realizaciones del acuerdo entre música y verso de la lírica italiana actual, se representó para “lujo” de la temporada y deleite de unos pocos; *Falstaff*, la ópera más admirable de *Verdi*, que reapareció con un conjunto muy homogéneo y resultó uno de los mejores espectáculos del año y fué, sobre todo, un legítimo triunfo de la dirección artística, esto es, de *Serafin*; *Amore dei Tre Re*: Coincidiendo con muchas de las situaciones del libreto — del horripilante *Sem Benelli* — la música de *Montemezzi*, parece una evocación wagneriana. Pero tiene de Wagner casi todos los defectos y casi ninguna de las virtudes. Particularmente, carece de la principal de éstas, esa melodía íntima que es la médula de las obras

de aquél y que fluye como un río límpido y secreto por entre las breñas y los recodos tortuosos de su orquestación. En suma, no tiene alma, ni la puramente espiritual, ni la meramente anímica, esto es, vital, material y técnica; *Gianni Schicchi* que debería ofrecerse todos los años, pues para ella no se precisan cantantes excepcionales, ya que, como su propio carácter indica, quiere ser o sugerir una de las comedias bufas que, mitad recitando, mitad improvisando, interpretaban esos conjuntos cómicos que ambulaban de uno a otro pueblo en la Italia setecentista. Honra de la no siempre acertada labor de *Puccini*, tuvo en el maestro *Santini* un animador comprensivo y preciso; y *Martha*, la agradable, pero bastante ñoña ópera de *von Flotow* que se exhumó para lucimiento de *Gigli*, quien obtuvo en la "Romanza del fior" verdaderas ovaciones.

Otra categoría está formada por cinco óperas de repertorio, pero poco frecuentes: *Parsifal* dirigido por *Serafin* germánicamente; *Marouf* que resultó mediocre; *Nazdah*, que no puede considerarse un acierto de *Athos Palma*; *Romeo et Juliette*, buena como conjunto; y *Andrea Chenier*, espectáculo deficiente.

Por último, se incluyeron seis obras de las habituales: *Loreley*, excelente realce de la velada en honor de don Eduardo Windsor; *Aida*, el grandioso espectáculo que siempre gusta; *La Bohème*, que entusiasmó también; *Thaïs*, que pasó sin pena ni gloria; *La Traviata* y *Tosca* para el público de "la galería" — que a veces suele vestir frac y sentarse en platea.

"El rey David" de Honnegger

Dos acontecimientos artísticos pueden subrayar la temporada musical que termina: el estreno de *Le coq d'or* y el de *Le roi David*. Debemos a *Ansermet* y a la *Orquestal* el segundo, del que nos ocuparemos ahora. Antes de iniciar un rápido análisis de la obra — análisis que no ha de ser una descripción técnica que cualquiera puede hacer con la partitura a la vista, y que sólo entiendan los músicos, quienes no la precisan por cierto, sino un examen anímico del poema — "digamos" que su ejecución honra a esta ciudad y a este país.

La *primera parte* ha parecido a muchos la más floja, y sin embargo no es así, puesto que si se pasa revista a sus números uno por uno, se encuentra que casi todos son bellísimos. El preludio que abre el poema resulta desde luego algo raro a nuestros poco acostumbrados oídos, pero le sigue el canto de "David, pastor" (contralto) y ya entramos en pleno dominio de una melodía cristiano-hebrea, de puro corte haendeliano, que se mantiene a través de toda la obra mezclado a las reminiscencias de las motetes de Bach, que nos trae el coro siguiente "Loué soit le Seigneur"; parecido, pero más característicamente judaico es el otro coro "Chant de victoire", sin acompañamiento de orquesta. Luego ejecuta ésta el "Cortège" y el tenor canta el salmo de David "Ne crains rien devant le Seigneur" (1), no muy original, pero que llena el alma del más torpe oyente, de esa emoción que constituye el fin de toda obra de arte. El otro salmo "Ah! Si j'avais des ailes de colombe!" es más simple aún y no menos bello. Entona el coro de hombres el "Cantique des Prophètes" y nos llega menos al corazón; parece más bien algo opaco y confuso, sin desconocer que su austero carácter es intencionado, pero quizás con una ejecución más perfecta, lograría su objeto. Después, el salmo de David para tenor vuelve a encantarnos y a sumergirnos en las puras ondas de la música elegíaco-religiosa: se compone de dos partes breves, un "adagio" (Pitié de moi, mon Dieu, pitié!) que se eleva como una plegaria triste y llena de esperanza a la vez, y un "allegro" ("Je veux chanter pour le Seigneur"), para nuestro gusto más hermosa todavía, pues traduce fielmente el goce del espíritu que ha recibido de lo alto el consuelo que esperaba. Un cortísimo "intermezzo" sinfónico nos presenta el campamento de Saúl durante la noche, y el coro entona el salmo "L'éternel est ma lumière infinie", en que el mismo sentimiento de confianza en Dios transmitido antes por David, es expresado ahora vigorosamente por el ejército, que es decir el pueblo, entero... El Recitante, que hasta ahora se ha limitado, como el prólogo en ciertas tragedias griegas a anunciar

(1) Es posible que algunas de estas citas no sean del todo exactas, pues son tomadas de oído.



ERNEST ANSERMET

por Centurión

y comentar la acción — la música, en este caso, que vale lo mismo — va a participar activamente en ella, y nos evocará “L’incantation”, tomando la figura de la pitonisa, en un terrible dúo, o duelo con la orquesta — pues ésta representa las fuerzas misteriosas con que aquélla lucha hasta arrancarles la sombra de Samuel, — y resulta magnífico e impresionante hasta el escalofrío, por la afortunada aleación de hondo realismo y verdadera belleza que Honnegger ha logrado, el “crescendo” cuyas frases nos llegan entrecortadas por la emoción del artista y por nuestra propia emoción: “Par le feu et par l’eau!... Par le parole et par les signes!... Rompt le lien de ta racine... brise le sceau qui ferme t’urne... Apparait! Apparait!... Je t’appelle et t’adjure!... Sors du gouffre noir du néant!... Apparait! Apparait!... Je t’arrache à la terre! Monte! Monte!” Le sigue la “Marche des Philistins”, pesada, extraña, humorística casi, pero que refleja muy bien el carácter de los ridículos guerreros enemigos de Israel. Por último, cierran esta parte las “Lamentations de Guilboa” por la muerte de Jonathan; el tema, de una cadencia infinitamente dolorosa y dulce, es cantado sobre una sola vocal por la soprano, tomado por la contralto y amplificado por el coro con su desgarradora queja: “Pourquoi notre splendeur a tellement succombé?” Todo este final toca las cimas de lo sublime.

Generalmente, se ha señalado la *segunda parte*, “La danse devant l’arche” como la mejor de las tres. ¿Será porque es la más breve y los impacientes oídos argentinos la resisten entonces más fácilmente? Tras pocos compases de introducción, la soprano inicia el cántico de alegría: “Chantez, mes sœurs, chantez!” y el coro de mujeres la sigue; la orquesta desarrolla una descripción en sordina que es una de las páginas más notables de la obra. La agitación y el entusiasmo crecen, la orquesta acelera su ritmo y refuerza sus voces para acompañar el jubiloso coro femenino “Chantons le nouveau chant” — magnífico tema de la Biblia que ya inspiró a Bach — después del cual el Angel (soprano) anuncia la venida del hijo de David que redimirá al mundo y un grandioso “Aleluia” brota de todos los pechos. Es en verdad definitivo este trozo.

Para nuestro gusto, la más completa es la *tercera parte*, que se abre con el salmo “De mon cœur jaillit un cantique”

para la contralto, quien vuelve a actuar en el "Chant de la servante"; ambos solos son de gran valor emotivo, bien escuchados. Los dos coros que siguen "Miséricorde! Pitié!" y "Je fus conçu dans le pèché" impresionan por su profundo acento dramático, sobre todo el primero, salmo de arrepentimiento y de llamado a la clemencia divina, de un dolor infinito, que llega al corazón y que define la personalidad de Honnegger. ¿Y qué decir del fresco y delicioso solo de tenor "Je lève mes regards vers la montagne" que les sigue? Aislado del resto de la obra sería un número que daría distinción y carácter a cualquier recital de canto. El canto de las mujeres de Mahanaim, para soprano y coro, es asimismo interesante, y la "Marche des Hébreus" que le sigue, interrumpida por el Recitante, es el trozo orquestal más destacado de la partitura, un verdadero acierto del autor. A continuación otros dos coros: "Je t'aimerai, Seigneur, d'un amour tendre", de una emotiva dulzura, y "Dans cet effroi" nos ponen de nuevo ante los sentimientos alternativamente victoriosos y abatidos del pueblo israelita, premiado unas veces, castigado otras, por las virtudes o los pecados de sus reyes. El "Couronnement de Salomon" es otro delicado fragmento orquestal, que descansa el ánimo, preparándolo para el arrebatador final del poema. En efecto, la soprano alza su mesiánico canto: "Un jour viendra!", el Recitante concluye su relato traduciendo las últimas palabras de Salomón al morir, cargado de años y de gloria y emocionándonos hasta las lágrimas con ese su postrer grito de gratitud, lleno de sensualismo y de fe al mismo tiempo: "O! Cette vie était si belle! ; Je te bénis, toi qui me l'as donnée!" Y el coro retoma el "Aleluia!", para cerrar en un formidable concertante contrapuntístico el "Roi David".

En resumen, en cuanto al aspecto técnico de la cuestión, creemos que Honnegger es, con Strauss, uno de los pocos que en la hora actual, saben lo que tienen entre manos cuando trabajan en poemas para gran orquesta. En cuanto a la inspiración, aunque acusa fuerte influencia de Haendel y de Bach — y quizás algunos modernos—, se insinúa ya potente y espontánea. Respetamos las opiniones en contrario pero, a lo menos para nosotros, Honnegger será uno de los grandes músicos de este siglo.

No está demás hacer constar, — lo que se ha olvidado — que el poema de *René Morax* es hermosísimo.

La interpretación dejó muy poco que desear, y, según informes autorizados que tenemos, fué aun superior a la que obtuvo cuando se estrenó en París, dirigida por el propio autor. Es que *Ansermet* que es un gran maestro para la música moderna, ha tenido la fortuna de comprender y sentir por entero al “Roi David”, y ha logrado, pues, infundir su entusiasmo a la orquesta y los solistas, entre los cuales sobresalió *Carlos Rodríguez Reinier*, cuya voz pura y homogénea dió especial relieve a su parte. La señora *Magdalena Bengolea de Sánchez Elia* cantó la suya con gusto exquisito y la señora *Antonieta Silva de Lenhardson* fué la autorizada intérprete de siempre. Los coros de la Sociedad Cultural de Conciertos, preparados por el maestro *Rodríguez* cumplieron muy bien su misión, destacándose algunas hermosas voces. En suma, “Le roi David” tuvo una ejecución bastante cercana a la perfección, que verdaderamente alcanzó por momentos en la mañana del domingo 6, en que el público quedó conmovido por esa hermosa y desinteresada demostración de arte.

Sinfónicos en el Colón

Dirigiendo una orquesta realmente notable por la justeza del ritmo y la fusión de timbres, y que por tanto facilitaba mucho la tarea, *Celestino Piaggio* dirigió dos conciertos sinfónicos en el Colón. Para nosotros, el talentoso compatriota fué una revelación. No es un gran director aún, pero es un excelente director. Conduce con gran suavidad y precisión. Destaca dentro de cada obra, cada movimiento, dentro de éste cada compás y dentro de éste cada contorno melódico o acorde. Su interpretación es así nítida, clara y serena. Pero por lo mismo parece que le faltara algo de “entrain” (no leer “entrainement”, por favor!) y que no señalara la entrada de los instrumentos. Esto unido al indudable valer de la orquesta, que ya hemos señalado, ha hecho creer y decir a algunos, que a esta última corresponde el ochenta por ciento, o más, del mérito. Para refutar ese error,

basta recordar que bajo manos inexpertas, esa misma orquesta cometi6 bastantes herejias durante la temporada de "ballet".

En una de las veladas oimos la Cuarta Sinfonía de Beethoven, de la cual exige la tradición periodística decir cada vez que se toca, que es la menos afortunada del genio, etcétera; la preciosa "Procesión nocturna" de Rabaud; la obertura de "Maestros Cantores" y la "Rapsodia Noruega" de Lalo, muy bien ejecutada; y como primicia, la suite "De mi tierra" de Floro M. Ugarte, cuya última parte, un "allegro vivace" es la mejor y más original, aunque ninguna de las tres lo es mucho.

En el segundo concierto, oimos la mejor versión aquí conocida, de las "Variaciones Sinfónicas" de Frank, gracias en buena parte a la señora *Alina van Barentzen*, que ejecutó notablemente los solos de piano, demostrando que a pesar de su silencio de cuatro años, es la misma exquisita artista que oimos en la Filarmónica Argentina en recitales y acompañando quintetos; este fué el gran número del concierto, y dentro de él, el "scherzo-allegro" que lo cierra. Además, la trilogía "Wallenstein" de D'Indy, de sabor netamente wagneriano, sobre todo el segundo tiempo, que recuerda el tema de "Lohengrin"; la "Nursery" de Inghelbrecht, suite de motivos infantiles semejante al "Childrens' Corner" de Debussy, pero a los cuales la orquesta les queda grande (el más interesante es "Bon voyage, monsieur Dumellet" y tiene un acompañamiento de circo); "Kamarinskaia" de Glinka, buena pero que resulta un poco vieja, pues sus temas han sido difundidos por todos los grandes compositores rusos, sus continuadores; "Escenas argentinas" de López Buchardo, llevadas a la orquesta con habilidad, es de lo más argentino, saliendo de la simple armonización de temas remanidos, y entrando en la música sinfónica de veras, que hemos oído este año, y su segundo tiempo es bueno; y "Catalonia" de Albeniz, que nos resultó algo barroca y formalista.

El público no respondió como debía a estos dos conciertos.

Brailowsky en el Odeón

Alejandro Brailowsky ha sido el acontecimiento artístico del año, en conciertos instrumentales. Con su venida la empresa Quesada-Grassi mantiene el prestigio que en buena ley ha conquistado. Su técnica, su interpretación personal y sin embargo quizás fidelísima —es de los que afirman que “la letra mata”? — ya las conocíamos. Ahora nos vino con más dominio de su arte y más aplomo personal. Ante el orden, la regularidad y el fatalismo — nunca una falla, una alteración, una variante— con que ejecuta, al parecer sin mayor esfuerzo, se piensa que esa es la cima de la realización pianística y que es él un mecanismo infalible y perfecto. Y lo creeríamos, si no fuera por esa alma fluida y vibrante que surge de sus interpretaciones. Es que en realidad, Brailowsky ha cumplido la paradoja. Es un mecanismo con alma.

Recordemos, de los tres últimos conciertos del Odeón, que corresponden a este resumen: la Rapsodia 12 de Liszt, que debieran haberle oído todas las alumnas de los conservatorios que la aporrean hasta hacérsela odiar; el recital Chopin, con las Escocesas que entusiasman siempre; y la fantasía 17 de Schumann, obra maestra del gran romántico, que a nadie oímos como a Brailowsky.

Crónica del mes

ASOCIACIÓN WAGNERIANA.

Eduardo Risler, el gran intérprete de Beethoven, dió un ciclo en cuatro conciertos. Ha demostrado con su ejemplo, sin discusión, que la mejor forma de interpretar a los genios creadores como el de Bonn, es no querer “interpretarlo” como pretenden algunos, sino ceñirse respetuosamente al texto, es decir, a lo que ellos quisieron y señalaron, ya que “interpretar” quiere decir precisamente “dar vida sensible ante el público, a una obra, tal como el artista la soñó y la quiso”. Risler merece, pues, toda nuestra admiración, y se la brindamos sin reticencias. Anotemos solo, que este año nos ha parecido algo fatigado, y ello se ratificó cuando en la sonata 110 tuvo que acudir a la partición.

Claudia Muzio se reveló como notable artista también, en el difícil estilo de la canción breve. Lástima que el programa fuese más bien mediocre. Se la aplaudió hasta el delirio, sobre todo en la última parte —



ALEJANDRO BRAILOWSKY

por Bilis

en la primera estuvo floja — compuesta por obras de más efectismo que belleza, a las que se añadieron, entre otras, un “Cu-cu” norteamericano y la “Ninna-nanna” de Turina.

Alejandro Brailowsky ha hecho otra magnífica demostración de la autenticidad y la seriedad de su talento y dado un valioso aporte a nuestra cultura musical, con su ciclo Chopin. Su arte, maravilloso y legítimo sin vuelta de hoja, nos ha reconciliado con su genial compatriota, de quien nos habían alejado un tanto los Rubinsteins y las chicas románticas que toman a Chopin como cómplice de sus melifluos arrastres a las tectas. Subrayemos, medio al acaso, cómo sedujo en: estudios 10 Núm. 3 y 25 Núm. 9, mazurcas 33 Núm. 2, 6 Núm. 2, 67 Núm. 3, 56 Núm. 1, 67 Núm. 1, 24 Núm. 2, 33 Núm. 4, 68 Núm. 1 y 50 Núm. 3; polonesas 27 y 71 Núm. 2, sonata 58, nocturno 37 Núm. 2 y 62 Núm. 2. Escocesas en sol mayor y re bemol, vals 18 y preludios en si menor, re bemol mayor, la mayor y re menor, y desde luego, en las archiconocidos estudios 10 Núm. 3, 10 Núm. 12, 25 Núm. 7 y 10 Núm. 10, nocturno 9 Núm. 1, preludios 53 y 40 Núm. 1, vals 70 Núm. 1 y 2, fantasía 49 y preludio en la bemol mayor. Y recordemos, lo que no es dato baladí, la resistencia y el mérito que significa tocar de memoria 150 obras del mismo autor en seis noches y menos de dos semanas.

ASOCIACIÓN FILARMÓNICA ARGENTINA.

Luciano Sgrizzi, precoz pianista italiano, con un programa de presentación formado por obras de las más conocidas de Beethoven, Chopin, Schumann, Brahms, Grieg, Debussy, Paganini-Liszt y Pizzetti. Asombró y convenció asimismo.

Eduardo Ríster, en Beethoven, Mendelssohn, etc. Admirable, pero lo preferimos en el primero sólo. De no ser así, a veces le ocurre lo que en una noche de la Wagneriana. En un bis, tocó “Iso'dens liebestod” tan nerviosa y velozmente, que nos produjo dolorosa impresión a los que le queremos bien.

Cuarteto Buenos Aires, formado por *León Fontova*, *Carlos P. Felica*, *Abel San Martín* y *Florencio Gianneo*, más *José Schiarretta* en contrabajo. El cuarteto 33 de Gaito, honra de la música de cámara argentina y que un mes antes habíamos oído en la Nacional por el “Diapasón”, fué vertido con gran pureza. También lo fueron el hermoso “Yaraví” de De Rogatis, los Dos Minutos de Gianneo y el cuarteto 29 de Schubert.

En audición gratuita se repitió luego este programa. La Filarmónica cumple así sus propósitos culturales. Cuando se piensa que los músicos que forman su cuarteto, deben tocar en teatros y cines para ganarse la vida, el espíritu de sacrificio y amor al arte que demuestran (robar horas al descanso para ensayar a fin de no cobrar... un centavo!) es más que simpático, reconfortante y conmovedor.

AMIGOS DEL ARTE.

La señora *Magdalena Bengolca de Sánchez Elía* cantó con exquisito gusto composiciones de Debussy y Fauré; anotemos, como pequeño lunar, que sus interpretaciones, así como las de su acompañante al piano, *Herberto Paz*, fueron un tanto monocordes y semejantes.

DIAPASÓN.

Un conjunto de cámara dirigido por el maestro *Luzzatti* ofreció: el suave octeto 166 de Schubert, la sonata 5 de Bach y la "Obertura sobre un tema judío" de Prokofieff, número principal de la audición. *Adamo Didur* cantó a la maravilla varias romanzas y melodías; señalemos: "Si tu le voulais" de Tosti y la "Canción de la pulga, de Mefistófe.es" de Moussorgsky.

Laura Pasini, voz fresca de timbre hermoso y homogéneo, pero de volumen y experiencia escasos. Encantó en las melodías de Alaleona, "L'echelle d'amour" de *Luzzatti* — quien la acompañó correctamente — y "O cessate di piagarmi" de Carissimi.

Herberto Paz tocó muy bien algunos de los "Cuadros de una exposición" de Moussorgsky y acompañó con Debussy, Fauré, etc., a la recitación de Mlle. Dermoz, muy musical por cierto.

ASOCIACIÓN CRISTIANA DE JÓVENES.

Carlos P. Félica, a pesar de su juventud, uno de los mejores violinistas argentinos, sobre todo por su hondo sentido musical, que es el "quid" del arte, como se comprende, y que sin embargo, muchos no alcanzan. Muy bien en todo, pero más en el notable Concierto de Max Bruch.

Herberto Paz continuó su interesante ciclo. Al principio, quizás a causa del instrumento y de tener que leer lo que ejecutaba, estuvo algo opaco, pero luego volvió a ser el entusiasta intérprete que conocemos. Le aplaudimos principalmente en el Preludio, Coral y Fuga de Franck, obra que por cierto se destacaba del programa.

CONRADO E. EGGERS LECOURE.

BIBLIOGRAFIA

LETRAS ARGENTINAS

El *Guacho*, novela de *Max Daireaux*. — Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones. 1925.

“**M**AGNÍFICA”, llaman esta novela en el prólogo los socorridos editores, naturalmente con el consentimiento del autor. La calificación es algo exagerada. Apenas si una mala novela.

El señor Max Daireaux, escritor francés nacido en la Argentina, ha pretendido con *El Guacho* escribir una novela de ambiente y tipos argentinos; pero convendría saber, para su justa apreciación, si la compuso para sus lectores de allá o para nosotros. Si para los primeros, lo que parecen demostrarlo las abundantes explicaciones con que subraya los nombres de nuestras cosas y costumbres camperas, nada tenemos que observar. Se trataría de una ficción más para el público de París, de países exóticos, ignorados por quien los describe con tanta seguridad como por quien los lee. Valdría tanto, hasta por la truculencia del argumento, como cualquier film yanqui a propósito de Méjico o del Brasil. O por estar más al día, como las crónicas informativas que la prensa inglesa ha prodigado a nuestro respecto con motivo de la visita del príncipe de Gales. Los gauchos del señor Daireaux son hermanos de los que acaban de inventar en Londres los periodistas británicos.

Pero el autor publicó antes su novela en *La Nación*, que parece capaz de tragar estas y aun peores cosas, vale decir que ha tenido la pretensión y afrontado la responsabilidad de escribir para nosotros, que no estamos tan en ayunas, una narración de ambiente campesino. Y en este caso el asunto cambia de aspecto y tenemos la obligación de decirle al señor Daireaux que se ha equivocado. Buenos sí, sobre todo con los compatriotas que nos honran con su talento en París, pero no zonzos.

El lector jamás alcanzará a sospechar el complicado asunto de esta novela, y ganas me darían de contárselo, para reirme un rato con él, si no me impusiera silencio el temor de lo que dirá cierta crítica de dómine que me ha salido al paso reprochándome que al hablar de las novelas me ocupara nada menos que de su asunto. Hay allí un padre cornelianiano, perdido en una vaga estancia argentina, que prueba el esfuerzo de su hijo adolescente, soplándole, sin más ni más, dos bofetadas. Hay un gauchito que tiene el alma enredada, fatigada y perversa de un héroe de Radiguet. Hay pulperos gallegos, que instituyen premios de quinientos pesos, de ahora al parecer, para el caballo que gana en la carrera dominical. Y gatos bailados al son del acordeón, en el mismo lugar y tiempo en que las chinas y los gauchos forman rueda, aquéllas mirando entre las varillas de su abanico, a los dos valientes que van a destriparse en medio de la compla-

cencia general, facón en mano. Hay... ¿cómo explicar de qué manera absurda se desmorona la acción en los últimos capítulos, con un incesto entre madre e hijo, románticamente enamorados, y el suicidio de ella y su agonía y muerte, precisamente en la estancia donde ni por casualidad podían volver los dos culpables? ¿Y qué decir del lenguaje, de los dichos, de las imágenes que emplean esos gauchos y esos pulperos napolitanos y gallegos? El señor Daireaux cree que con hablar la gente con aspereza, con salpicaduras de ternos y de expresiones pintorescas, ya lo hace en estilo gauchesco y además, a veces se le embute en su lenguaje alguna frase de arrabal, y otras, tiradas retóricas enteramente inusitadas en labios de rústicos.

Según los editores, "sus recuerdos de niño y de adolescencia, su vida juvenil de estancia, le han socorrido maravillosamente para sorprender, con el punto de vista de aquella cultura (la francesa), cosas que han escapado aún a los mejores cronistas de nuestro ambiente. Ha visto y sentido con su propia sensibilidad. De ahí la novedad y la verdad evocadora de sus descripciones de la pampa, de ahí también la profundidad psicológica que se advierte en los diálogos que sus paisanos sostienen". No, en eso, y en todos los disparates que le preceden y que no transcribo por amor de la brevedad, no hay nada de cierto, créanlo nuestros amigos de Francia. Eduardo Gutiérrez, el folletínista, y Hernández, y Javier de Viana, y Payró, y Sánchez, y Lynch, por no citar sino a unos pocos, han visto el gaucho algo mejor que el señor Daireaux, sin que a éste le valga haber sido antes premiado por la Academia Francesa, como lo pretenderían los complacientes editores. A esta empolladura de Academia, viene al caso decirle: otra cosa es con guitarra! "La cultura y las disciplinas de su vida europea", en la ocasión no sirven para nada. Consentimos, sí, en que 'ha visto la Pampa y el gaucho con visión propia y ha podido crear.' ¿Quién lo duda? Como obra de creación, *El Gaucho* es maravillosa. A nadie se le ocurre imaginar tantas inverosimilitudes juntas, ni siquiera, al más fresco director de empresa cinematográfica yanqui. — ROBERTO F. GIUSTI.

El Antojo de la Patrona y Palo Verde; dos novelas por *Benito Lynch*. Selección literaria. 1925. Editorial Latina. Buenos Aires.

DENITO Lynch, como Horacio Quiroga, tiene el don de hacerse leer siempre con interés y agrado, cualquiera que sea el valor intrínseco de sus narraciones. El medio y los personajes son fundamentalmente los mismos en todas las novelas de Lynch — la estancia, y el paisano, éste de alma primitiva, sencilla, bárbara — pero la acción es tan verdadera y son tan naturales y lógicas hasta parecer fatales, las reacciones de aquéllos ante los casos a que la vida los afronta, que el relato, aunque sea de circunstancias vulgares, cobra el interés sostenido de todo lo hondamente humano.

De las dos novelas reunidas en este volumen, ciertamente *Palo Verde* es más dramática y conmovedora, aunque no más verdadera que *El Antojo de la Patrona*. En ambas Lynch despliega ese arte de graduar el interés, de suspender la curiosidad y de apuntar el detalle característico, en el cual ningún novelista americano le supera, y que llevó, diríamos a la perfección, en *El Inglés de los Güesos*. En cambio, no se podría elogiar tan sin reservas, su prosa a veces algo desmañada y floja, salvo cuando hablan los personajes su propia lengua campesina, elemental y ruda.

Integra este volumen un breve cuento, *El Nene*, en el cual no nos convence ni la verdad de los sentimientos, ni la del lenguaje, cuando el autor

pretende remedar la jerga de los isleños italianos. En verdad el escenario de Lynch es la Pampa, y su personaje, el gaucho. — R. G.

Después del estreno. Comentarios teatrales de *Octavio Palazzolo*. Buenos Aires. Juan Perrotti, editor. Reconquista 283. 1925.

“**C**ON pasión si se quiere, pero sin llegar al encegucimiento, traté de puntualizar méritos, defectos, errores, prácticas, viciosas”. Palazzolo nos dice en el prólogo que este fué su propósito primordial, el que después de una lectura detenida de su libro, comprobamos que ha realizado con real éxito. Efectivamente, estas crónicas teatrales de *La Vanguardia*, escritas, como toda producción periodística, apuradamente después de cada estreno, adquieren ahora, reunidas en volumen, un valor que separadamente quizás no se advertía tanto. Críticas honestas y sinceras todas ellas, imparciales, valientes, no dogmáticas aunque sea un afiliado al socialismo quien las escribe, ponen de manifiesto un espíritu culto y sagaz, necesario y utilísimo en un ambiente teatral como el nuestro.

Desgraciadamente, tanto él como dos o tres más — Juan Pablo Echagüe, Nicolás Barros, Arturo Cancela, — no ejercen más la crítica profesional, que ha quedado desde entonces abandonada en manos más complacientes o entre los garfios despiadados de la crítica negativa de *El Hogar*, contraproducente por su burla, demasiado pertinaz.

Treinta y tres autores dramáticos son tratados por Palazzolo en sus cuarenta y siete breves capítulos. De acuerdo en general con sus juicios — en muchos de los cuales hemos coincidido —, vemos que sus preferencias artísticas le inclinan hacia aquellos autores en cuyas obras se debaten no sólo sentimientos sino ideas: González Castillo, Martínez Cuitiño, Emilio Berisso, Folco Testena, Samuel Eichelbaum, Alejandro Berruti, Edmundo Guibourg, Pedro E. Pico, dejando su carcaj repleto de saetas para los que él conceptúa autores cursis o mediocres: Belisario Roldán, Federico Mertens, Josué Quesada, Enrique Loncán, José Antonio Saldías, Luis Rodríguez Acasuso.

Al margen de estos autores admirados o reprobados, se iergue la figura de “nuestro viejo poeta Martín Coronado, bahuarte del verbo romántico, cuya obra gustaron y aplaudieron dos generaciones”. Al estreno de su última obra, *La Chacra de Don Lorenzo*, dedica tres cariñosas páginas, en las que nos complace encontrar repetido, casi hasta con las mismas palabras, el juicio que nos mereció dicha obra al estrenarse. Felizmente esto comprueba que éramos varios los espíritus asqueados por la producción teatral de ese momento.

Aun cuando no lo trata, por ser toda su producción crítica posterior a su muerte, una cita al pasar nos hace ver que también Palazzolo opina que Florencio Sánchez — “ese formidable innovador” — vale más que todos sus sucesores. Evidentemente, el vacío que dejó Florencio Sánchez en nuestra escena, hace ya quince años, aun no ha sido ni será llenado quien sabe hasta cuando. — A. A. B.

Paisajes y meditaciones, por *Pablo Rojas Paz*. — Imprenta de la Universidad, Viamonte 351. Buenos Aires, 1924.

AÚN contrariando una convicción enunciada por el autor, vémonos precisados a desglosar de su libro las frases y pensamientos que mejor contribuyan a sustentar esa imagen ideal que borrosa o neta cada lector se forma del contenido presente de la obra y de la personalidad del autor

leído. Y apresurémonos a decir que la tarea es grata porque la belleza de la forma y la gravedad del pensar nada escasean del libro de Rojas Paz.

"Es un silencioso; he ahí el mayor elogio que deseo para mí" dice en uno de los capítulos más hondamente *maeterlinckianos* de su obra. El silencio, es decir, la serenidad, la contemplación exenta del tumulto erudito, guía sus pasos por las florestas del espíritu y de la naturaleza. No le inquieta clasificar, ni señalar rutas, ni menos ceñirse la espada de los generosos ilusos del verbo nuevo que llaman nuevas a las inquietudes de su hora como si todo no hubiera sido dicho y repetido según el testimonio no de uno sino de cien La Bruyère o De Musset. Frente a un árbol, o un río, a un poema o un cuadro no agudiza razones para inquirir el espectáculo de su belleza. Quiere penetrar el sentido oculto pero va por otro camino. Presiente en el espíritu una latente armonía con los panoramas del mundo y entonces se acerca a las cosas movido por un sólo afán: comprenderlas. Y para alcanzar esta meta moviliza los nervios, aguza los sentidos hasta dotar a su espíritu de esta cualidad que es su más precioso don: una sutil y profunda sensibilidad. Sentir para comprender, podría ser su lema.

Si se persistiera en hacer del razonar y de la contemplación dos actitudes mentales distantes, casi antinómicas, Rojas Paz sería un contemplativo, místico y panteísta a la vez. "Al meditar el espíritu se transforma en paisaje", y como los paisajes no deben razonarse es que "nos atraen cuando se entregan al espíritu con esa íntima vibración de calma tan parecida a la meditación".

Paisajes y meditaciones resulta, al terminar su placentero recorrido, consagrando cualidades muy plausibles: selección espiritual, buen gusto, ponderación ideológica. La labor de ensayista que ha realizado su autor tiende a la inquisición de serias cuestiones de estética, de moral y de filosofía, las cuales no por desprovistas de novedad — a que no pueden aspirar por ser temas de ayer como de hoy — solicitan menos el interés del lector. Y como siempre la forma es transparente y tersa, vinculada en perfecta adecuación a la índole de los asuntos, la armonía del periodo es la expresión casi rítmica de un delicado y ágil pensamiento. Consigue así expresarse con gracia, sin esfuerzo visible ("gracia es la economía del esfuerzo").

En el capítulo *Del estilo y el paisaje*, afirma: "La claridad es la perspectiva del estilo", e insistiendo añade en otro lugar: (*El aprendizaje de la sabiduría*) "La condición indispensable de la belleza es la claridad; es decir, que la forma sea como un vaso transparente que no modifica el sabor de lo que contiene". Ampliando el alcance de este concepto arriba a la identificación siguiente: "Estilo es el grado de claridad con que expresamos nuestras ideas".

Restaríanos añadir a lo transcrito que el autor de *Paisajes y meditaciones* no se limita a teorizar esas virtudes de la elocución. Al contrario, el esfuerzo por hacerlas prácticas en su prosa es cierto y resulta logrado casi siempre. Tampoco la técnica muestra en él las asperezas del que no alcanzó a domeñarla, siendo la de su libro la que corresponde aplicar a quien proclama: "La técnica es tanto más simple cuanto más potente es la personalidad". Y que quiere, además, sea ésta "un elemento de vida y no de erudición".

Otra cualidad digna de señalarse en Rojas Paz es el sentido poético, la unción conmovida con que a la manera de Guyau vitaliza el pensamiento. Un rumor, acompasado, de contemporaneidad espiritual y de lejanas voces resonantes en el tiempo acaba de definir su temperamento y su acervo de escritor. Erudito sin jactancia, con un vigor de asimilación que

da a sus escasas citas y alusiones el calor de lo vivido y pensado; empapado el pensamiento en generosas y serias ideologías pero sin trasuntar nada de advenedizo en su cultura, sólo una propensión extremada a las explicaciones y causalidad místicas y un prurito nada recomendable a la dispersión, al dejarse ir un poco a la deriva, así sea en brillante mariposco, darían, al juzgar su libro, margen a la censura. — JUAN B. GONZÁLEZ.

Cuentos de la oficina, por *Roberto Mariani*. — Editorial "Claridad". Los Nuevos. — Buenos Aires, 1925.

Los "empleados" de esta "oficina" están mirados con ojos piadosamente irónicos y encariñados. Son en general pobres gentes encorvadas sobre libretos terribles que hay que llenar de números con un trabajo mecánico hoy, mañana y siempre; tienen la humildad de los incapaces o de los perezosos y soportan la tragedia — tragedia es para Mariani — del presente sombrío y del futuro probablemente más sombrío todavía con la resignación del asno atado al palo de la noria.

Buenos o malos o ambas cosas a la vez, son siempre pequeños. Si por las páginas de este libro no pasa la imagen de un carácter sólido y vigorosamente tallado, la culpa no es del autor sino de los personajes que han dado materia a sus cuentos. Esta "oficina" no es el tipo genérico de todas sino simplemente una: 'su oficina'. Por lo menos en este sentido Mariani es sincero.

Es innecesario ser oficinista y hasta serlo un poco espiritualmente para sentir la poesía que podremos llamar de lo diario oficinesco que corre por todas las páginas del libro. Es una cosa fatal: nuestro trabajo, como obligación, podrá ser todo lo más desagradable u oprobioso que se quiera, pero al correr del tiempo gana nuestro cariño, quizá por lo que en él ha ido quedando de nosotros mismos más que por las pobres satisfacciones o disgustos que nos ha proporcionado.

No ha olvidado Mariani que era poeta aunque quiso ser un narrador indiferente, o no logró, contra su gusto, dejar de serlo. Nos place ésto, que agrega a lo escueto de la exposición el calor afectivo que el autor experimenta hacia sus personajes, imposible de hacer sentir cuando no se ha sentido antes. En eso estriba el más noble de sus valores. Pequeños, insignificantes en sí, sus sujetos van envueltos en una atmósfera de cariñosa simpatía que se posesiona pronto del lector y que le predispone en su favor. Estos trabajan y salen de la oficina seguidos de cerca por una penetrante mirada observadora que se ceba en su andar, en su gesto, en los más nimios detalles de su indumentaria: "ni lustraba sus botines, ni siquiera — que no costaba dinero — ni siquiera se los limpiaba nunca, de modo que siempre estaban sucios de barro seco y de polvo claro acumulado en los pliegues del cuero".

Mariani, que conoce el ritmo del período, lo sacrifica a veces por la exactitud del detalle. El detalle es en realidad lo más fuerte de su procedimiento. Mariani está en cuanto a escuela estética, por el arte de observación minuciosa en que los ingleses son maestros y que es la principal característica de la novela contemporánea. Triunfa en él, porque además de esto cree y practica el criterio de que no hay detalle sin valor y sabe seleccionarlos.

Por fuerza de este culto del detalle nace el realismo de la pintura. No hay situación en el libro que no sea perfectamente verosímil y, aun cuando llevado por su socialismo sentimental exagera en ocasiones la nota dramática, siempre queda dentro del marco de la realidad y en todo caso

será el conjunto lo que pierda, no la vida. El cuento sinóptico *Uno* adolece a nuestro juicio de este defecto.

Mariani conoce los recursos técnicos del cuento, pero no se sostiene mucho. En *Santana*, lo mejor sin duda del libro, existe un largo paréntesis — págs 32 y 33 — que si bien cumple con el requisito de variar necesariamente el tono en que el relato iba desarrollándose, resta al conjunto orden y hasta fuerza.

La prosa de *Cuentos de la oficina* tiene su ritmo, pero en muchas ocasiones no es perfectamente gramatical. (¡Ésos tiempos de verbo!). Su autor, que podría llegar a estilista si quisiera, se siente "porteño" con exceso y los giros adverbiales en nuestra conversación diaria no son muy gramaticales que digamos. Fuera de esto hay momentos en que se recuerda a Azorín. ¿Coincidencia tal vez? — M. LÓPEZ PALMERO.

Los pobres, por *Leonidas Barletta*. — Editorial "Claridad". Los Nuevos. — Buenos Aires, 1925.

PODRÍA perdonarse a Barletta la presuntuosa cita de Isaías si su libro, que no es lo primero que escribe, nos diese la "visión" de una genialidad literaria; pero lejos de eso, nos hallamos en él ante la obra de un joven que no ha dado en la medida y en el valor de las propias fuerzas. Su inmodestia resulta, pues, imperdonable. Ver y "esculpir en libro la visión" es todo; pero, "para que la visión quede hasta el postrero día, para siempre, por todos los siglos", ver sin saber esculpir no es nada.

En efecto. Estos pobres de Barletta lo son en grado tan superlativo que hasta carecen de personalidad.

Ya sigan una trayectoria psicológica determinada, ya marchen por la línea sinuosa de las contradicciones — lo más humano de la vida, — en ningún momento logran salir de la sombra densa que parece envolverles y en la cual hasta las más salientes líneas de su relieve se desvanecen: falta el soplo vital de la fuerza creadora, lo único que para un artista de verdad es imprescindible.

Esto y decir que falta talento es la misma cosa. Y faltando talento, falta todo: originalidad, lógica, disciplina, conocimiento de los recursos de la composición literaria. El cuento no es una novela que se abrevia por la exposición sinóptica de los hechos, pues se cae de este modo en la simple enumeración, y la docena de cuentos que integran *Los pobres* no llegan a ser otra cosa.

No habiendo caracteres tampoco hay ideas. Las del autor, metidas en el cerebro de estos entes sin relieve y sin movilidad, pierden su propia razón de ser, se desnaturalizan y empuqueñecen hasta el ridículo. Eso pasa con esta muerte de Barletta. Pierde su valor en sí para convertirse en recurso estético y aun como recurso es pobre: como que la mayoría de las veces está desempeñando el papel de final obligado, del *Deus ex máchina* de los antiguos. Si esto no es revelación de incapacidad, que Aristarco venga y lo diga.

No habiendo originalidad salta a cada momento la influencia del último libro leído, tan mal disimulada que podría hacerse la historia de los cuentos por los recuerdos que traen de cada maestro del autor. En esto tampoco hay de sobra: los trágicos rusos, un poco de France y bastante más de lo cotidiano revisteril.

¿La prosa? Cuando Barletta se libre de la anarquía de los tiempos de verbo y de la construcción tan antigramatical del habla porteña podrá tener una prosa robusta y hasta con cierto ritmo personal. Acaso llegará al

estilo. Podrá adquirirlo estudiando y trabajando mucho, pero que no sueñe con que el versículo de Isaías se convierta nunca en realidad para él.

De los grabados de Arato es mejor no hablar. — M. LÓPEZ PALMERO.

LETRAS ESPAÑOLAS

Literaturas Europeas de Vanguardia, por *Guillermo de Torre*. Madrid, 1925.

I. Guillermo de Torre publicó hace un par de años un volumen bautizado *Hélices*, que contenía el muestrario, para uso español, de las fórmulas poéticas de vanguardia, realizado con más destreza que originalidad. El autor de *Hélices* revelaba extrema dilección por los menús cosmopolitas de los *Palace* de la literatura finisecular. Apollinaire, Marinetti, Tzara, Reverdy, todos estaban representados. Queremos hacer constar, sin embargo, que, en cuanto al primero, se trataba del Apollinaire de *Calligrammes*, no del que escribió versos admirables de pureza clásica.

Hélices, fuera de situar a su autor en la farándula literaria internacionalista no tuvo mayor trascendencia ni importancia.

Hoy utilizando las lecturas a que le llevó aque la dilección, con fines más prácticos, aunque igualmente proselitistas, Guillermo de Torre ha compuesto un grueso volumen de 400 páginas: *Literaturas europeas de vanguardia*, destinado a vulgarizar el conocimiento de las tendencias agitadoras de los nuevos y al mismo tiempo a fijar su opinión sobre problemas estéticos acerca de los cuales desde Aristóteles hasta la fecha, cada generación, o digamos, mejor, cada sensibilidad ha dicho su palabra.

Guillermo de Torre ha cumplido su empeño con éxito. Al afirmarlo debemos, no obstante, reprocharle el abuso desatinado con que deforma unas palabras, crea otras y ciudadaniza vocablos extranjeros sin acordarse del equivalente castellano. Tal prurito oscurece su dialéctica, quita transparencia al estilo y, en general, torna trabajosa la lectura.

Estilo defectuoso puede, en muchas ocasiones significar confusión de pensamiento. En otras, *pose*, manera, añagaza, del escritor.

Guillermo de Torre está capacitado, si quiere, — y a tiempo se halla sobradamente, — para corregir el desaliño de su pluma. Entendemos es más consciente que intuitivo. En poesía — hagamos otra concesión más: hasta en la novela, — el desaliño puede considerarse como una libertad de la creación; en una obra de la índole de *Literaturas europeas de vanguardia* tales libertades son nocivas.

La elegancia del traje realza el cuerpo, sobre todo cuando sus líneas encierran armonía de conjunto.

Un traje más *smart* hubiera sentado mejor a *Literaturas europeas de vanguardia*.

II. Hay una frondosa selva de divisiones y subdivisiones en *Literaturas europeas de vanguardia*. Pudiera revelar exceso de método y demuestra precisamente todo lo contrario. La metodología de Guillermo de Torre, peca tanto de desorden como de enrevesamiento su sintaxis.

Las cuatrocientas páginas del volumen contienen capítulos de índole teórica, polémica e histórica, sin que las divisiones y subdivisiones alcancen a ordenarlos por grupos d'índoles unidad y con ella fuerza. Andan desperdigados, los unos acá, los otros allá. Un *puzzle* que es necesario resolver. Y resuelto, se descubre el positivo mérito de *Literaturas europeas de vanguardia*, que repetimos existe aun cuando, por señalar primero los

defectos, en el orden con que se nos presentan, alguien pudiera pensar le negamos.

El mérito se halla donde es más necesario que esté: en el contenido. Puede excusarse, entonces, el lenguaje y la exposición, sin desconocer que la claridad en ambos hubiera realizado ventajosamente aquél.

Y en orden de méritos, comencemos señalando los que con más fuerza se destacan y llegan primero a nosotros.

Un libro como el de Guillermo de Torre, que se abre declarando ser *una profesión de fe, un acto de entusiasmo...* tiene casi todo ganado para contar con nuestra simpatía, porque siempre nos ha seducido, y más aun en estos tiempos de escepticismo y desorientación, la fe y el entusiasmo. No hemos abierto *Literaturas Europeas de Vanguardia* como corifeos ni como rétores: pura y simplemente con la despierta curiosidad del lector cuyo espíritu inquieto busca los libros por el amor a ellos, no por el amor a éste o a aquél.

Nuestra inquisitiva curiosidad donde primero se ha visto satisfecha es ante la parte histórica, por la visión panorámica que presenta, con singular objetivación, abundancia de referencias y pureza de fuentes.

Todo el ciclo de las tendencias avanzadas, en sus cinco principales bifurcaciones, futurismo, creacionismo, cubismo, dadaísmo y ultraísmo, ha sido historiado desde sus orígenes hasta el momento actual, con el amor que Guillermo de Torre preconiza debe sentir el crítico por el objeto de la crítica, y que él siente fervoroso por los nuevos *ismos*.

Al tratar de escuelas literarias surge siempre el ¿fué primero el huevo o la gallina? ¿Son hijas del ambiente o el ambiente hijo de ellas? Dejemos la solución de la disputa a los zoólogos de las letras y afirmemos sentir con Guillermo de Torre que cada generación tiene *el deber de fidelidad* a su época. El cumplimiento de ese deber la caracterizará lo bastante para darle fisonomía. El incumplimiento... Nosotros creemos que el incumplimiento no significa deserción y si estar fuera de tono con su época, es decir, que falte a la generación el sentido comprensivo necesario, la sensibilidad que la capacite para amar a su tiempo. Sólo amando se puede ser fiel. En momentos de saltos bruscos, de desequilibrios pronunciados, no es de extrañar esa desarmonía. Y después... siempre habrá quienes se adelanten a su tiempo y quienes se queden atrás.

No hay que ser furiosamente exclusivistas; el "quien no está conmigo está contra mí" no cuadra a mentalidades capaces. La tarea de éstas es analizar las razones tenidas por quienes están contra ellas: pueden descubrirse así panoramas impensados.

Para nosotros, los *ismos* son pura y simplemente una cuestión biológica. Esa certidumbre nos permite, por ejemplo, valorizar,—comprender—ahora, el esfuerzo de Guillermo de Torre al exaltar su credo estético—que él cree el de su época—y dentro de algunos años, no muchos tal vez, aplaudir el libro con que el autor de *Hélices* afirme la madurez de su conciencia artística, y que probablemente estará lejos del de Torre de ahora, para su mayor bien.

En *Literaturas europeas de vanguardia* comienza a delinearse vigorosamente la personalidad de un hombre de letras que sabe investigar, sentir y razonar. Siguiendo la tendencia subjetiva que hoy domina la literatura en general de todos los países, nos ha dado la historia de aquellos movimientos que más directamente han herido su sensibilidad. A medida que sus horizontes se amplíen, las categóricas afirmaciones de hoy irán ductilizándose poco a poco. Cómo en la parte histórica de *Literaturas europeas de vanguardia* es donde menos ha podido ejercerse la unilateralidad de Gui-

llermo de Torre, es ella la que más tiempo le sobrevivirá y de la que menos tendrá que arrepentirse. En cuanto a los aspectos teóricos de su obra, a sus afirmaciones estéticas, no siempre lógicas, no siendo aquí el sitio para polemizar sólo debemos sentar nuestra disidencia con ciertos principios de ellas y callar hasta mejor ocasión.

Y en último plano se presentan como valores los capítulos polémicos de *Literaturas europeas de vanguardia*. Son ellos, desde el momento que tratan de fijar orígenes, un complemento de la parte histórica, que ha tomado aquel sesgo dado el carácter de autor y actor que reviste de Torre. Cuádranos sólo la posición de espectadores.

III. Un libro de proporciones que salen fuera de lo corriente, donde se agitan tanto las ideas, sugiere no pocas, a su vez, que si fuéramos a fijar excederían los límites de una nota hecha al correr de la lectura.

Espectadores cercanos querríamos confrontar nuestro punto de vista con el del autor.

Un libro de crítica siempre dará mayores motivos que un libro de pura creación, porque en todo libro de crítica hay dos, que van paralelamente, ofreciendo sus páginas: el formado propiamente con los libros que se juzgan y el que con éstos crea el juez.

Literaturas europeas de vanguardia, libro de fe y de entusiasmo es, por ello, rotundo, categórico. No se rozan los problemas estéticos, sino es para solucionarlos. Pero siendo esas soluciones, recetas de escuela nunca términos lógicos, ofrecen a cuantos lean el libro sin comulgar incondicionalmente en la misma fe y entusiasmo, una serie inacabable de objeciones, que se doblan por tratarse de un libro de crítica que lo es a la vez de escuela.

Preferimos, entonces, terminar aquí. — E. S. C.

Sátiras y diatribas (Al margen de los contemporáneos), por *Mariano Benlliure y Tucro*. — Editorial "Atlántida".—Mendizábal, 42, Madrid.

Es este, a nuestro entender, un libro de gran trascendencia para el inmediato porvenir de la cultura hispánica, y fuertemente propulsor, a pesar de su aspecto negativo, del progreso de las ideas consistentes y los hombres capaces de la península, mediante un eficaz despejo de su camino.

El libro del Sr. Benlliure, crítico de libros en *El Liberal*, es una implaceable escoba para buena parte de las reputaciones indignas que, a favor de ciertas facultades intelectuales innegables, — aunque mediocres — y ciertas erudiciones en gran parte ociosas pero, sobre todo, con muchas habilidades para la propia *réclame*, insinceridad intelectual y excesivo servilismo para con los amos de los grandes rotativos, han ido formando lo que se llamó "la generación del 98", la cual, tomada en conjunto, ha sido una lamentable decepción, pues sólo en Ganivet halló un representante realmente superior, aunque malogrado.

Esta generación de escritores apareció con grandes pujos de crítica para los males españoles, pero no ha sido capaz de proponer ningún remedio concreto para ellos. Contribuyeron a desprestigiar la política y los políticos españoles (para lo cual se bastaban y sobaban éstos solos) y nada prepararon para sustituirlos. Ni siquiera acertaron a comprender y enseñar al pueblo los profundos alcances del sufragio auténtico, cuando libremente pudieron hacerlo. De aquellas ineptitudes salieron estos Primos de Rivera; y cuando apareció éste en la escena, algunos de los más nombrados intelectuales se apresuraron a acogerlo alborozados; otros quedaron en ambigua reserva; otros, como Unamuno, tras una actitud de rebeldía sin

altura, que más huele a rencores personales, ocupa las horas del destierro en redactar sonetos mezquina y burdamente satíricos.

En el libro del Sr. Benlliure y Tuero, con gran independencia de juicio y frecuente acierto, se pone en severo justiprecio el valor ideológico y la conducta pública de los escritores *Azorín*, Ramiro de Maeztu, Gómez de la Serna, José Ortega y Gasset, José María Salaverría, Eugenio D'Ors y otros menos afamados escritores españoles, haciendo cuenta también por motivos algo distintos, de los americanos Roberto Levillier y Carlos Reyles.

La sagacidad de Benlliure para poner en evidencia los "trucos" literarios de "Azorín", por ejemplo, es admirable; pero lo es más el análisis de las posturas políticas del antiguo apologeta de La Cierva en contraste con sus actuales repudios al "viejo régimen".

"El "pequeño filósofo" — dice — después de haber escrito el libro apologetico que acabamos de hojear y de haberse pasado la vida cogido a los faldones de La Cierva, acaba de decir en *La Prensa*, de Buenos Aires, que cualquier cosa es preferible a volver al pasado, al "viejo régimen".

"Nos place declarar que por esta vez estamos de acuerdo, completamente de acuerdo con el iustre académico ciervista; todo, antes de que vuelva a ser ministro La Cierva, y su subsecretario, su devoto servidor el señor "Azorín". No; antes de presenciar de nuevo tan triste y grotesco espectáculo, preferible es la dictadura, la anarquía, el caos..."

"No; no es posible que vuelva ese vergonzoso pasado — pasado que es muy superior al presente —; que ocupen otra vez el poder personajes de la indigencia mental de La Cierva, y que haya escritores tan desaprensivos —no encuentro calificativo más benévolo— que se dediquen impudicamente a cantar sus glorias. No; no puede volver ese pasado de cuquería. Basta ya de esos genios que con un gesto muy grave y altivo están dispuestos a todas las adulaciones y claudicaciones con tal de ocupar un escaño en el Congreso, una subsecretaría o un sillón de la Academia; basta ya de esos señores que comienzan en terribles revolucionarios y concluyen escribiendo en *A B C* bajo la censura eclesiástica."

"Es verdaderamente gracioso, señor *Azorín*, que después de haberse atracado de "viejo régimen", de haber rebañado el plato, se ponga usted ahora a hacerle ascos. ¡No, ilustre y magnífico cantor de La Cierva; no se puede soportar ya con paciencia esta nueva burla!"

Por esta muestra de las irrefutables despachaderas del Sr. Beulliure y Tuero se puede dar cuenta el lector del tono del libro y de su importancia profiláctica.

Con gran denuedo y agudo espíritu de síntesis llama a cuentas el valor ideológico de sus examinados:

"Dice Gómez de Baquero que *Azorín* aparece en España y América como uno de los principales directores y guías del pensamiento español. ¿*Azorín* como director del pensamiento español?... Para esto necesitaríamos antes saber qué es lo que piensa *Azorín*, cosa que hasta ahora nadie ha podido averiguar".

Del libro *Disciplinas de amor*, de Aquiles Catena, dice con graciosas comparaciones:

"Se trata de un volumen de 360 páginas de letra menuda y apretada, escrito en un estilo difuso, exageradamente digresivo, que salta de una cosa a otra sin orden, sin concierto, que tan pronto va hacia adelante como hacia atrás, que se detiene páginas y páginas en los detalles más insignificantes; es un estilo de tren mixto, con larguísimas paradas en las más pequeñas estaciones, la marcha lenta y monótona, con retrocesos, sacudi-

das y falsas arrancadas. Ya se yo que esto constituye ahora un estilo literario que está muy en boga y del cual dicen sus adeptos que da la reverberación del natural, la descomposición de la luz, el desdoblamiento de las cosas, etc., etc., etc. En algo de esto creo que consiste el proustianismo. He de confesar que tampoco ha podido pasar de las primeras páginas de un volumen de Proust, a pesar de que me puse a leerlo con el firme propósito de tragármelo entero, aunque no me gustase, como si se tratase de una medicina."

De Ramiro de Maeztu nos cuenta que "forma en el Estado Mayor de esa "minoría selecta" de intelectuales que se han consagrado a sí mismos como la cumbre del pensamiento español y que se pasa la vida "bombeándose" mutuamente.

"La tal "minoría selecta" —selecta en cuquería— ha acampado en *A B C* y en la Papelera —entiéndase por Papelera *El Sol* y *La Voz*—, y desde esas columnas se incienso y piropea sin cesar. Hasta ella no llegan las divergencias políticas y de intereses que puedan existir entre *A B C* y *El Sol*; por encima de todo eso está la Sociedad de "bombos mutuos"; y han sido tan cucos y taimados, que han escogido como campo de acción de su Sociedad esas dos grandes empresas periodísticas rivales, pensando, sin duda, que así lo abarcaban todo, que tenían toda la opinión en su mano...

"Cuáles son las ideas filosóficas, religiosas y políticas del señor Maeztu? Ha sido anarquista, conservador, liberal, ateo, católico, socialista, pacifista, militarista, etc., etc., del mismo modo que un mundano, puede vestirse el frac, la americana, el esmoquin, el chaqué"...

De las "greguerías" de Gómez de la Serna, opina en este sentido:

"No puede negarse que Gómez de la Serna es un escritor fácil. Pero en esto de la facilidad hay que distinguir: no es lo mismo tener facilidad para pensar bien y expresarse bella y claramente que tener facilidad para decir toda suerte de estupideces"

A José Ortega y Gasset le dedica un ingeniosísimo artículo, englobándolo con varios cronistas "sociales" madrileños.

"Sería un olvido imperdonable el no incluir en el presente capítulo a don José Ortega y Gasset, ya que su reciente y famoso folletón *Conversación en el "golf" o la idea del "dharma"* le coloca de golpe y de un modo indiscutible a la cabeza de nuestros cronistas del "gran mundo". Y también sería imperdonable no destacarlo del grupo y dedicarle párrafo aparte.

"No osaría yo jamás comentar a don José Ortega y Gasset como filósofo; entre otras razones, porque para ello necesitaría ante todo definir y explicar de algún modo, por sucinta y superficialmente que fuera, su pensamiento filosófico, y esto es punto menos que imposible. Si yo tuviera que hablaros aquí ahora de Platón, de Descartes, de Kant... creo que acertaría, más o menos torpemente, a bosquejaros su filosofía, pues, en último término, siempre podría echar mano de sus comentaristas, glosadores y exégetas; pero ¿ha habido alguien capaz de desentrañar el "profundísimo" pensamiento filosófico de don José Ortega y Gasset y de acertar a explicarlo?..."

"Dejemos, pues, al filósofo, y vamos con el flamante cronista de salones. Yo creo que en ese magnífico folletón mundano que se titula *Conversación en el "golf" o la idea del "dharma"* está toda la psicología, todo el ideario, todos los gustos y aficiones de don José Ortega y Gasset; el que lo lea conocerá a nuestro elegante filósofo mucho mejor que si leyera todo el resto de su obra".

Sobre su actitud elusiva frente a los actuales trágicos momentos, dice: "Bien está remontarse sobre los hechos para así obtener una más amplia perspectiva; pero remontarse mucho en el momento del combate puede parecer una huida, un ardid, para ponerse fuera del peligro. Sería muy cómodo eso de remontarse en cuanto suenan los primeros disparos, contemplar la lucha desde las alturas y luego descender tranquilamente a felicitar al vencedor y a instalarse en su campamento. Buenas son las alturas para los tiempos de paz; pero en los momentos de grave peligro, en que el patrimonio común está amenazado, hasta los sabios y los filósofos están en el deber de poner la planta en tierra y empuñar las armas.

"¿Cómo se va a pedir al pueblo que se interese por la cosa pública, si los intelectuales, los más obligados, son los primeros en desentenderse?"

"Lo más lamentable de este figurín anti liberal, antidemocrático e inhibicionista lanzado por nuestro elegante filósofo es la influencia que pueda ejercer sobre nuestra juventud. Pues menester tener en cuenta que la juventud, por ley natural, está siempre propicia a dejarse seducir por todo lo que se le presente con el señuelo de la novedad y de la originalidad, de la última moda.

"Ahora que está necesitando España, más que nunca, de un vigoroso impulso liberal; ahora que se han desatado todas las fuerzas ultraderechistas amenazando asfixiarnos, es verdaderamente imperdonable la labor de estos 'selectos' y elegantes intelectuales, de esos pontifices de la moda, que se dedican por "snobismo" —claro es que también hay una gran parte de cuquería— a lucir figurines antiliberales, coadyuvando así a la obra de los reaccionarios.

"Por fortuna, nuestra juventud escolar — que tan en peligro estaba de dejarse seducir por al necia pedantería de esos "gomosos" — acaba de sorprendernos gratamente con un vigoroso despertar liberal. Esos estudiantes, haciendo caso omiso de "minorías selectas", modas, "dandyismos" y demás necedades, han proclamado con entusiasmo su fe liberal, y se disponen a intervenir activamente en las funciones políticas."

Las tribulaciones del Sr. José M.^a Salaverría, con el mismo motivo, son de lo más divertido que el libro contiene. El Sr. Salaverría ha querido también zafarse de la comprometida situación que la dictadura plantea a todos los publicistas españoles, absteniéndose de definirse en pro o en contra de ella.

"Los principales salones que frecuenta el Sr. Salaverría son los de *A B C*, donde rige la estrecha censura eclesiástica de los reverendos padres agustinos, propietarios del periódico, y tiene que ajustar a ella todos los nuevos modelos, limpiándolos de heterodoxias, lo cual les presta en la mayoría de los casos una doble comicidad. Uno de los modelos que ha lucido el señor Salaverría ha sido el modelo Spengler.....

"Aparte de todo esto, existe hoy, en las actuales circunstancias, una razón poderosísima, ineludible, para que todos los escritores estén en el deber de bajar a la palestra: se trata de la libertad; ¿y quiénes sino los escritores que tienen por oficio — repito — pensar en alta voz, van a ser los más indicados para salir en defensa de la libre emisión del pensamiento? Dejando a un lado todo otro orden de razones, es menester tener en cuenta que el escritor, al defender la libertad, defiende una condición precisa e indispensable para ejercer su profesión.

"Claro es que el señor Salaverría antes de que se estableciera la censura militar llevaba ya largo tiempo escribiendo bajo la censura mucho más estrecha de don Torcuato Luca de Tena, y por eso para él

no hay problema; pero considere que no todos nos hallamos en el mismo caso."

Para concluir con estas citas, que hacemos largas por la trascendencia que les atribuimos, señalamos aún este párrafo sobre las artimañas de Eugenio D'Ors, que quiso hacerse perdonar sus claudicaciones ante la "censura agustina" mediante una frase oratoria en las exequias a Ganivet, sin perjuicio de recoger velas al día siguiente:

"¿Para qué insistir tanto en el asunto? Por más vueltas que le dé usted, señor Ors, y por más combinaciones y malabarismos que haga hablándonos de la no conformidad de la conformidad y del doble sentido subversivo del disconformismo de lo conforme y del conformismo de lo disconforme, etc., etc., siempre quedará una cosa perfectamente clara y definida: que usted nos ha hablado de la procesión de la conformidad y de la procesión de la no conformidad, y que por más que se esfuerce no conseguirá aparecer a un propio tiempo en las filas de ambas procesiones.

"Bien está, señor Ors, que salte usted del sindicalismo al ciervismo y de la Prensa liberal a la de los reverendos padres agustinos con la misma facilidad y despreocupación con que el divino Ortega y Gasset salta y trisca, en compañía de la duquesa Alicia, por el campo de "golf"; pero lo que es inadmisibile es que quiera usted estar en ambos bandos a la vez".

En el fondo de todas estas justísimas censuras hay, sin embargo, un residuo de injusticia, al no dar cierta atención al atenuante de la necesidad de vivir de la pluma, cuando se es escritor de oficio. El público español e hispanoamericano es todavía demasiado ignorante para saber que le conviene costear la vida de escritores independientes. Sólo grandes rotativos, más o menos "agustinos" y plutocráticos pueden hoy pasar pasablemente las colaboraciones, y debemos tener presente, como intencionadamente dijo Henry George, que "la mayor parte de las bellequerías que cometen los hombres es por pobreza o *por miedo a la pobreza*", sin olvidar tampoco que en este caso juega además la vanidad de los sujetos por obtener fácil notoriedad.

Esto hace muy lenta la marcha de las ideas redentoras, porque los más difundidos órganos de opinión suelen estar en manos de quienes más interés tienen en que ellas no se propaguen. Y siendo los únicos que pueden estipendiarse regularmente a los publicistas y dar amplia circulación popular a sus ideas...

No es imposible; pero es difícil romper el círculo vicioso. — C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

LETRAS FRANCESAS

Marcel Proust. Sa vie, son œuvre, par LEÓN PIERRE QUINT. — Cinquième édition. Aux éditions du Sagittaire. — Simón Kra, 6, Rue Blanche, Paris, 1925.

CON lo que se ha escrito sobre Proust en el mundo en estos últimos diez años, se podría ya formar una biblioteca bastante nutrida. Pero, indudablemente, entre todo lo escrito hasta la fecha, ningún estudio tiene la importancia de este que acaba de publicar el joven escritor francés León Pierre Quint.

El autor ha dividido el libro en tres partes: la vida, la obra y el universo de Marcel Proust. Comienza su estudio por el bosquejo de una biografía. De ella se desprende la misma significación que de su obra. Por

una parte—nos dice él mismo en el prólogo—, hace resaltar el sentido “de esa vida magnífica”. Por otra, traza, siguiendo sus libros, su *universo*. Aquí, vemos sucesivamente a Marcel Proust en “le temps perdu” y en “le temps retrouvé”, en su vida mundana, después en su retiro, en el arte y en la gloria. Allí, aprendemos a conocer sus ideas sobre “le temps perdu” y sobre “le temps retrouvé”, sobre los salones, el amor y la estética. Entre estas dos partes, que se equilibran y se completan, ha colocado el estudio técnico de la *obra*, que explica el aporte nuevo del escritor, la originalidad esencial de su método. Habla de la composición alternada de Proust, del ritmo de sus temas, de los temas de la evolución y de lo inconsciente, de lo que Proust nos dice del sueño, de los ensueños, de los recuerdos, de su método de exploración en profundidad, de su estilo apropiado a este método, del envejecimiento de sus personajes y de la manera como estos encaran el problema de la personalidad. En el apéndice trae algunos documentos, fragmentos de la correspondencia todavía inédita de Marcel Proust y una bibliografía sumaria.

Como se ve, es el estudio de León Pierre Quint un trabajo *completo*. Aquellos que arrastrados a la lectura de Proust por el entusiasmo irrefrenable de sus admiradores, hemos retrocedido acobardados, sin valor para seguir más allá de la tercera página, le tenemos que quedar agradecidos, pues con su libro nos enseña a amar la personalidad de Proust, lo que más adelante nos facultará para comprenderle. Todo aquel que quiera apechugar con la lectura de Proust, debe francamente leer este magnífico estudio de León Pierre Quint. — Nos.

HISTORIA

Esquema de la Historia por *H. G. Wells*. Historia sencilla de la vida y de la humanidad. Tomo I. Atenea. Madrid.

WELLS no es un artista puro. Cada día se ha ido mostrando más en él el reformador al lado del novelista. Su punto de partida parece ser la comprensión aguda de la realidad social como un desorden y la creencia en que puede ponerse remedio a este mal. A otros les choca ante todo el espectáculo del dolor humano, la miseria a que condena a los más un orden social inadecuado, las angustias de la guerra. El advierte ante todo el *desorden*. Creo que no se ha reparado suficientemente en esta manera peculiar suya, aristocrática, intelectual, un poco fría, de ponerse ante la vida contemporánea y señalar en ella la inútil contradicción de las fuerzas humanas, el derroche de fuerzas en una maquinaria mal montada donde casi todo el trabajo lo absorben las resistencias pasivas.

A muchos ha parecido antipático el orden preconizado por Wells como un alto ideal por alcanzar: Un mundo, dicen, aséptico, recortado como un jardín inglés, con tigres inofensivos como los tigres de trapo de las jugueterías, con una humanidad rala y servida por muchedumbre de complicadísimas maquinarias. Su confianza desmedida en los recursos de las técnicas, que lo convierten en el heredero más significado de otro gran utópico, Bacon; su proyección al infinito de nuestro mundo industrializado, han ocultado para algunos otro momento capital de su pensamiento, tratado de paso en varios de sus libros, desarrollado en forma insuperable en uno de los más bellos que haya escrito: este momento esencial de la reforma que nos propone es la conversión de las voluntades a fines sociales concordantes, la sustitución del individualismo anárquico en que nos debatimos por una coordinación de todos los esfuerzos.

Entre los medios para lograr tal cambio de régimen social, uno de los más eficaces es, en opinión de Wells, la educación. Hay, pues, que comenzar por reformarla. En el problema insoluble de qué es primero, la gallina o el huevo, se ha decidido por el huevo. Estos problemas insolubles para la razón se resuelven con la voluntad. La reforma de la educación supone que quienes la emprendan y realicen ya están reformados; la sociedad, para permitir la transformación de institución de tanta trascendencia como la enseñanza pública, debe ya estar ella misma convertida a las nuevas ideas. Wells no se detiene ante este reparo y ha puesto por su parte manos a la obra para demostrar el movimiento andando.

La vocación pedagógica es uno de los rasgos distintivos del autor de *La Guerra de los Mundos*. "Yo soy — dice — un antiguo y maduro pedagogo. La mayor parte de mis primeros escritos, ocultos andan en el anonimato de los periódicos pedagógicos londinenses de hace un cuarto de siglo, y mi conocimiento de la literatura pedagógica es bastante extenso" (*Salvamento de la Civilización*, pág. 185). Sólo una biografía ha escrito, y el único hombre, entre tantos y tan diversos como ha conocido, cuya vida le interesó hasta el punto de ponerle entre los dedos la pluma del biógrafo, era un maestro. F. W. Sanderson (*The Story of a great Schoolmaster*). *El Amor y el Sr. Lewisham* es una novela de ambiente escolar, es la novela de un maestro. En *Juana y Pedro* abundan las descripciones de colegios y escuelas, las discusiones sobre métodos y procedimientos de enseñanza, y el interés capital se concentra en torno a la formación de los dos muchachos protagonistas. Y hasta donde menos podría esperarse, surge, sólo visible para el avisado, una especie de pedagogía o autopedagogía, no tanto escolástica como vital, difusa en la narración, que en las ciudades y a lo largo de los caminos, al través de experiencias complicadas, como en *El Moderno Maquiavelo*, o de aventuras sencillas y encantadoras, alecciona a Rémington, a Bealby, a Polly, a Hoopdriver...

Pero la pedagogía de Wells merece un estudio detenido, que aquí no puede dedicársele, y que si nadie lo ha intentado debe hacerse. Basta a nuestro propósito puntualizar algunos particulares.

Ante todo, Wells afronta el problema de la educación en toda su enorme magnitud. Y ahora hemos de hablar de un libro que da una luz nueva sobre varios de sus puntos de vista, corrige más de una de sus opiniones anteriores y, desde luego, invalida algunas de las más graves objeciones que se han formulado a su respecto. Este libro es *La Llama inmortal*. No hay alegato reciente más formidable en favor de la filosofía, de la necesidad de una concepción total y unitaria del mundo y de la vida, como presupuesto para cualquier manera de acción que no se contente con ser un vano gesto al azar — y más particularmente para la educación. En él, el gran escritor, que adquiere cada día más valor universal, establece primero la imposibilidad de considerar el problema sin una filosofía implícita o explícita, hace chocar dramáticamente después tres concepciones del conjunto, tres *Weltanschauungen* que resumen, nos atreveríamos a decir, a grandes rasgos y a su modo, las actitudes posibles ante las realidades cósmica y social, y saca en triunfo al fin la más comprensiva y humana, la más filosófica, la que tiene en cuenta, además de la realidad externa, la suprema realidad del espíritu. Las ideas sustentadas en este libro constituyen, sin duda, el vértice del pensamiento del autor. Una intuición genial le conduce a columbrar grandes hitos del trabajo filosófico contemporáneo, por el camino de una maduración personal, autónoma. Coincidencia no extraña ni milagrosa, porque la reflexión

filosófica no vive en el aire, como supone cierta estirpe del filisteísmo de todas las épocas (1), sino que procura la aclaración y el troquelamiento conceptual de las tendencias profundas y vitales del pensamiento.

Toda comprensión del mundo utópico de Wells como un *mundo aséptico*, enorme usina limpia y bien ventilada con máquinas perfectas y silenciosas para todo uso, pasa a segundo término después de este libro, se borra ante la solemne afirmación de plena humanidad que es su tema dominante. La multiplicidad de bienes ciertos o dudosos se reduce al núcleo y al origen de todo bien, a la "única cosa necesaria" que oponía Jesús a los afanes caseros de la atareada Marta.

Purgatorio y Paraíso de la *Commedia*. Y, como una leve sombra sobrenatural planea sobre la acción humana — templada por su misma vaguedad y por el humorismo, y como la misma acción novelesca, marco apenas del verdadero asunto — puede decirse de él, como de la *Commedia*, que en este drama ideológico han puesto manos cielo y tierra.

El supuesto fanático de la ciencia aplicada se nos manifiesta aquí bajo un aspecto diferente. Lo esencial en la educación no es la ciencia exclusivamente, ni la enseñanza profesional, sino la historia ante todo, la biología, la filosofía, los conocimientos que proporcionan el sentido de la aventura humana, que nos hacen hombres, conscientes de nuestro pasado y capaces en lo posible de elegir un rumbo hacia el porvenir. Hombre nutrido de Biblia como buen inglés, han de interpretarse sus palabras cuando nos dice que "el fin y la materia de toda verdadera instrucción es enseñar a los hombres y a las mujeres a conducir la batalla de Dios". La condición para que la *llama divina* arda en todos los espíritus es que todos estén *instruidos*, y aclara: "precisemos; por instruido entiendo que se posea una comprensión, y un conocimiento reales de la historia". La historia bien sabida, en su opinión, traera la unión de todas las energías humanas, la solución de los conflictos políticos y sociales. Sólo después de estos resultados serán capaces las técnicas de producir grandes beneficios; y sus dificultades han de vencerse entonces en una especie de juego de criaturas.

Partiendo de una vieja iniciativa de Comenio, Wells ha desarrollado en otra parte (*Salvamento de la Civilización*) el plan de un libro que fuera a nuestra época lo que la Biblia a las edades de fe, y en esta Biblia moderna también la historia constituye la sección más importante. El *Esquema* es una — no la única — realización del punto inicial de su programa reformista. Con motivo de su aparición en edición española nos ha parecido oportuno referirnos a las reflexiones a que responde. El lector del *Esquema* hará bien en familiarizarse directamente con estas ideas de Wells, expuestas aquí en forma muy imperfecta, que podrán ser discutibles, pero son interesantes y tónicas, por el generoso entusiasmo puesto en ellas y las hondas intuiciones agrupadas a su alrededor.—F. R.

LITERATURA

Fernán Pérez de Guzmán: Generaciones y semblanzas. Clásicos Castellanos. 61. Ediciones de "La Lectura". Madrid, 1924.

J. Domínguez Bordona, que ya tenía anotados y editados, en la Colección de los Clásicos Castellanos, los *Claros Varones de Castilla*, de Hernado del Pulgar, acaba de ofrecernos en el tomo 61, la edición de

(1) Filisteísmo que, por lo demás, vive de la filosofía de una época superada. Monsieur Homais hombre del siglo XIX (y del siglo XX), vivía en pleno iluminismo siglo XVIII.

Generaciones y Semblanzas, de Fernán Pérez de Guzmán. Estas buriladas siluetas, por las cuales sobrevive en la historia de la literatura castellana, el severo y desdeñoso señor de Batres, especie de Saint-Simon de la corte de Juan II, se releen siempre con interés, y ciertamente "La Lectura" ha prestado un servicio a los estudiosos, reeditándolas en una edición manuable, ya que después de la pesada de Rivadeneyra, de 1877, no teníamos ninguna otra. Para una edición de esta naturaleza que no es docta sino de vulgarización, hubiésemos sí preferido que las notas tuviesen un carácter distinto de las que le ha puesto Domínguez Bordona. Algunos anotadores de los Clásicos Castellanos, conviene decir que o no han estado a la altura de su tarea, como por ejemplo Moreno Villa en su edición de Espronceda, o Salaverría en la de las obras satíricas y festivas de Quevedo, o no han entendido cumplidamente su función. Entre estos últimos incluimos a Domínguez Bordona. Más que las variantes de los códices y las pocas informaciones complementarias del texto, que él apunta, interesan al lector las notas lexicográficas y gramaticales, y las que le informan sobre los usos, costumbres, trajes, armas, sentimientos e ideas del tiempo. Sólo así, explicado y puesto en su ambiente histórico, cobra valor para el lector curioso del siglo XX, o el estudiante de historia literaria, un seco cronista del siglo XV. No le faltaban al anotador, sin salirse de la colección, modelos diversos a quienes seguir, por ejemplo Menéndez Pidal, en su edición popular del *Mío Cid*, o Américo Castro, en el *Teatro* de Tirso, o Rodríguez Marín en sus comentarios a Cervantes. — R. F. G.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Compilada por *Ramón Menéndez Pidal*. **Rodrigo, el último godo.** Tomo I. La Edad Media. Clásicos Castellanos. 62. Ediciones de "La Lectura". Madrid 1925.

LA colección literaria de "La Lectura", que en España constituye una honrosísima excepción en lo que toca a ediciones no eruditas pero sí serias de los clásicos, nos da en su tomo 62, el último publicado, no ya la obra de un solo autor, como ha solido hacer hasta ahora, sino una especie de antología acerca de un asunto particular. Este es la leyenda de D. Rodrigo, el último rey visigodo, y con esta compilación promete Menéndez Pidal, su autor, iniciar, al lado de la colección de los clásicos, propiamente dicha, una floresta de leyendas heroicas españolas.

En este tomo se estudian los elementos y reúnen los principales materiales de la leyenda del rey Rodrigo en la Edad Media. El extenso prólogo del sabio compilador, examina el desarrollo de la leyenda, desde su origen entre los mozárabes rodriguistas, y su progresiva complicación y diversificación con otros aportes árabes y cristianos, hasta llegar a su florecimiento historiográfico y novelesco, el cual culmina en la *Crónica Sarracina*, la popular novela histórica de Pedro del Corral, fuente de todo el romancero del rey Rodrigo y de todos los poetas españoles y extranjeros que desde el siglo XV se han inspirado en su leyenda. Con él renueva, puntualiza y completa el ilustre maestro, la materia ya ampliamente tratada entre otros por Milá y Fontana's, Juan Menéndez Pidal y Menéndez Pelayo. El tomo o los tomos siguientes, abarcarán el desarrollo tradicional y poético de la leyenda a partir del siglo XV, en el cual tanta parte tuvo en el siglo siguiente, la *Historia verdadera*, aunque falsa, del morisco Miguel de Luna.

Esta riquísima materia ya ha sido expuesta por Menéndez Pidal en el *Boletín de la Academia Española*.

La parte antológica de este volumen, comprende los capítulos pertinentes de la Primera Crónica General, de la de 1344 y de su refundición del siglo XV, y junto con algún otro documento importante, amplios extractos de la *Crónica Sarracina*. — R. F. G.

Virgile. BUCOLIHUES. Collection des Universités de France publiée sous le patronage de l'Association Guillaume Budé. Texte établi et traduit par *Henri Goelzer*. Société d'édition "Les Belles Lettres". 95 Boulevard Raspail, 95.

LA asociación Guillaume Budé, en su preciosa colección de los clásicos griegos y latinos, ha iniciado la publicación de Virgilio, cuyo primer tomo, las *Bucólicas*, acabamos de recibir. Ha establecido el texto y dirigido la traducción, literal, aunque no yuxtalineal, el profesor de la Facultad de París, Henri Goelzer. La edición completa y excelente, aprobada por lo demás, conforme a los estatutos de la asociación, por una comisión técnica *ad hoc*, comprende una introducción en que se estudia la vida de Virgilio, los manuscritos antiguos, carolingios y posteriores al siglo noveno, que nos han trasmitido el texto de sus obras, sus escoliastas y comentaristas y las principales ediciones; a continuación, otro estudio especial sobre las *Bucólicas*, cuya cronología y originalidad se determina; y por fin, el texto de las mismas en latín y en francés.

Cada una de las comúnmente llamadas *églogas*, aunque falsamente, va precedida de precisos comentarios sobre la composición y argumento de la misma. Aunque publicado el texto con gran rigor filológico, de acuerdo con los manuscritos y versiones más autorizados, y con advertencia de las más importantes variantes, nos advierte el profesor Goelzer no haber casi propuesto ninguna nueva conjetura. "Felizmente ha pasado el tiempo, escribe, en que no se juzgaba el mérito de una edición sino por el número de las correcciones propuestas, y aunque ese prejuicio reinase todavía, nos guardaríamos de participar de él. Generalmente no se procura corregir un texto sino cuando no nos hemos dado el trabajo de comprenderlo". En definitiva, el carácter de esta edición aunque docta, la recomienda a un público más extendido que el de los puros especialistas. — Nos.

VARIOS

El Problema Religioso en la Cultura Latincamericana, por *Julio Navarro Monzó*. Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. Montevideo, 1925.

EL autor de este librito ha dedicado su tiempo a la propaganda religiosa, por lo menos durante los últimos años. En los llamados pueblos latinos, las personas que viven intensamente su creencia son pocas; las que asuman la actitud del propagandista entusiasta, escasísimas, hasta el punto de que el caso del señor Navarro Monzó sea excepcional y se nos aparezca como ejemplo extraño de vigor espiritual, de feliz originalidad, en época, y tierras donde la planta humana, como los árboles de las estaciones, sólo se muestra recortada y ajustada al rigor de un patrón uniforme. Otra cosa sucede en los pueblos de habla inglesa, especialmente en lo relativo a la religión, como el mismo Sr. Navarro Monzó nos lo recuerda. Allí florece el espíritu de empresa y, en los Estados Unidos en particular, reviste formas extremas en el dominio religioso. Muchos buenos observadores han sido sorprendidos por la decidida propen-

sión religiosa del norteamericano. La frase de Schlieff: "Los americanos son la gente más religiosa que pueda imaginarse", parece exacta. Esta religiosidad unida a la capacidad de innovación e iniciativa ha producido movimientos importantes, algunos tan poco simpáticos como el mormonismo.

En sus viajes por la América Latina, nos dice el autor, ha hallado en todas partes el mismo espectáculo: las muchedumbres rurales hundidas en la miseria, en la suciedad, en la enfermedad, en el abandono. No contraponen a este cuadro desconsolador el de Estados Unidos e Inglaterra como un paraíso. Allí ha comprobado formas de la abyección colectiva que nada tienen que envidiar a las de nuestra América y aun en ciertos respectos las superan. Pero, dice, "la comparación de la situación de las poblaciones rurales anglosajonas con las latinoamericanas es francamente desfavorable a éstas. Hay un insondable abismo moral, un abismo de cultura entre el hogar del campesino británico o norteamericano, y el rancho del indio o del mestizo, que, andrajosos, pueblan las sierras, los valles y las pampas de la América latina".

Al mismo tiempo que esta diferencia consigna otras. En Estados Unidos, como en Inglaterra si bien existen las mismas fuerzas del mal que en nuestros países, las fuerzas del bien no se dan por vencidas, no abandonan el campo como en la América latina, sino que combaten incansables y no desesperan de la victoria final. Reina allí, según él, un verdadero espíritu democrático que por aquí nos falta. El anglosajón, cuando se aleja de la fe tradicional, es para buscar algo más puro y más de acuerdo con las nuevas exigencias de su espíritu, mientras el latino se contenta con dejar un agujero negro en el sitio de donde arrancó la fe.

Las observaciones del autor, sus explicaciones de las causas de estos contrastes, son generalmente atinadas y profundas. Sin embargo, se le puede hacer notar que nuestros países han incorporado a la vida civilizada una masa considerable de población indígena. En las opuestas maneras de proceder respecto al indio de la América anglosajona y la latina, algo hay en favor nuestro. Nuestra barca avanza difícilmente con el agua hasta la borda porque no hemos rechazado a golpes de remo a los pobres naufragos que pretendían salvarse con nosotros... La absorción del indio en el estado desde México hasta la punta austral del Continente, como indicio de democracia y cristianismo práctico, quizá compense lo que en democracia y cristianismo nos falte desde otro punto de vista, en comparación con los puérperos vecinos del norte.

Como remedio de nuestros males, desgraciadamente demasiado efectivos, propone el Sr. Navarro Monzó la vuelta al Cristianismo. No al Catolicismo, ni tampoco al Protestantismo, porque el hombre en nuestro tiempo "se niega a acatar cualquier autoridad religiosa que se dice infalible, sea la de una Iglesia, sea la de un Libro". Hay que volver a la fuente original, al Cristo mismo, saltando por encima de todas las vegetaciones y avatares históricos de la religión fundada sobre su enseñanza. El Cristianismo está destinado a subsistir, pero las Iglesias no; hay hombres agnósticos, pero la humanidad es religiosa. "Por eso creo y afirmo — agrega — que el Cristianismo, vale decir, los principios religiosos, éticos y sociales de Jesús, están llamados a subsistir. Creo que el futuro les pertenece. Creo que son el factor más fuerte de progreso con el cual ha contado y cuenta la civilización".

Sobre lo que sea este Cristianismo que ha de instaurarse o restaurarse no se explica el Sr. Navarro Monzó en manera satisfactoria — para nosotros, naturalmente. En cuanto se intenta distinguir entre Cristia-

nismo y Cristianismo, entre el Cristianismo de los Evangelios, de Pablo, de Nicea, de la Reforma, de Trento, del Concilio Vaticano, y otro Cristianismo representado exclusivamente por determinados documentos o tendencias, que sería el Cristianismo verdadero, la religión arquetipo, aparecen las dificultades. No basta decir que el Cristianismo "no es una filosofía, sino un mensaje de ética individual y social, una regla de vida". Si esta norma se nos impone como algo divino, como el mensaje del Hijo de Dios, al punto nace toda una dogmática, una teología que procura explicar, justificar la divinidad de Jesús y de su enseñanza. Si no es divina la norma, no se puede hablar de religión ni apelar al sentimiento religioso de los hombres. Norma deducida de la experiencia secular o descubierta en el fondo de la conciencia, será siempre cosa humana, sujeta a la discusión, a la contradicción, al análisis crítico — no asunto de fe. En realidad, la paz en la creencia sólo es posible en comunidades que admiten las imposiciones del principio de autoridad. Y el problema de la "esencia del Cristianismo" se ha agitado más de una vez sin que se llegara a un acuerdo. Conocida es la radical divergencia de Hornack y Loisy, ambos espíritus seriamente religiosos y versados como pocos en el conocimiento de las fuentes cristianas. Colocados en el terreno un poco ambiguo del Sr. Navarro Monzó, es decir, no aceptando plenamente la divinidad de Jesús en el sentido que la aceptan las Iglesias, tenemos derecho a preguntar a la historia y la historia apenas puede decirnos, sobre los orígenes cristianos, cómo fueron elegidos los cuatro evangelios entre el número considerable de documentos de este género, y vagas conjeturas sobre sus autores.

Como para todo espíritu cultivado, muchos de los elementos que constituyen el fenómeno religioso en su complejidad, son letra muerta para el autor, y los suprime sin más ni más de su concepto de la religión. Después del animismo y del totemismo primitivos, las religiones suponen una teoría de Dios y del mundo, métodos para relacionarse con la divinidad y atraerse sus favores, en muchos casos la creencia en una vida de ultratumba; al mismo tiempo los imperativos de la conciencia moral se formulan como mandamientos divinos. El Sr. Navarro Monzó reduce o poco menos lo religioso a lo ético. Pero la ferviente aspiración ética es cosa demasiado íntima y profunda, demasiado connatural con el hombre, para ser una lección aprendida. Jesús, dice Sabatier, "no conduce a la verdad sino a aquellos que la buscan". Y Pascal le hace decir, dirigiéndose al pecador, aquellas palabras inolvidables: "No me buscarías si no me hubieras encontrado ya". Los dos pasajes tienen un solo sentido, descubren la interioridad del principio ético, que objetivamos en una personalidad histórica, como objetiva el creyente en un ser supremo su anhelo de que exista un poder infinito que lo mire y vele por su desvalida insignificancia, como objetiva en una realidad ultraterrena su afán de justicia y de perduración. Precisamente, uno de los peligros al tratar religiosamente cosa tan hondamente humana como lo ético, es que pasen a su amparo y como de contrabando tantas aspiraciones convertidas en fantásticas realidades, muchas de ellas ya dejadas atrás por el hombre medio de nuestros días. — F. R.

Ética. Origen y evolución de la moral, por *Pedro Kropotkin*.—Traducción directa del ruso, por Nicolás Tasin. — Editorial Argonauta. Buenos Aires, 1925.

ESTA obra póstuma del famoso escritor anarquista es, según el prólogo de N. Lebedeff, fechado en Moscú el 1.º de mayo de 1922, "el canto del cisne del gran sabio-humanista y revolucionario-anarquista, y viene a constituir como el coronamiento y la conclusión de todas las concepciones científicas, filosóficas y sociales de P. A. Kropotkin, elaboradas en el curso de su larga y extraordinaria vida."

Será una decepción para los lectores que, guiados por su título crean hallar en este libro un tratado, doctrina, análisis o sistema de la Ética, pues, en realidad, no es más que una historia de las ideas éticas, como tantas otras que circulan; y mayor será su desencanto si esperan que ese "coronamiento" de la vida mental de un revolucionario contenga una concepción especialmente avanzada, original, sobre el magno problema científico, siempre pendiente, de las leyes que han regido, rigen o han de regir la conducta humana.

Lejos de ser un libro revolucionario, es un libro enteramente académico, equivalente a cualquiera de los manuales de cursos universitarios, en los que, por cierto, tampoco se enseña Ética, sino simplemente la historia de las ideas, opiniones y suposiciones que sobre la moral se han ido formando los filósofos más nombrados de los tiempos antiguos y modernos.

Se nos dice que el autor dejó redactados varios capítulos y notas de carácter doctrinario; pero, de todos modos, no se comprende para qué invirtió tanto trabajo y tiempo en escribir esta primera, con la penuria y dificultades propias de la residencia en una aldea durante la época bolchevique, ya que es una obra completamente superficial. Cualquier mediano profesor de liceo provincial, con biblioteca y fichas a mano, en Europa o en América, le habría suplido más cómodamente... cada caso que la obra fuera necesaria, que no lo es, por haberlas análogas en abundancia.

En rigor, no está totalmente ayuno de materia personal el libro, como es inevitable que la contenga cualquier obra descriptiva, pues nunca deja de aparecer por algunos resquicios el criterio y preferencias del autor. Las de Kropotkine asoman a veces en apreciaciones críticas cuya fuerza lógica es bastante débil, y reveladora de su turbiedad de conceptos sobre puntos de los más fundamentales. Así, por ejemplo, en páginas muy próximas, asienta estos juicios incongruentes, que nosotros subrayamos:

"Puede decirse sin exageración que Kant ha abierto el camino para la Ética evolucionista contemporánea. Tampoco hay que olvidar su idea *justísima* de que la moral *no puede basarse* en consideraciones de utilidad ni en la idea de felicidad, como habían tratado de hacerlo los utilitaristas y eudemonistas"... "Kant ha excluido, *y con mucha razón*, del problema moral las consideraciones de utilidad" (p. 242).

"En efecto, no cabe negar que la aspiración principal del hombre es llegar a la felicidad personal en el más amplio sentido de la palabra. En eso *tienen razón* los eudemonistas. Pero tampoco cabe dudar de que el principio moral regulador se manifiesta, *al mismo tiempo* que en la aspiración a la felicidad, en los sentimientos de sociabilidad, de simpatía y de ayuda mutua que se observan no sólo entre los animales sino en el hombre, y que se desarrollan continuamente con él" (p. 245).

¿Tenía razón Kant al excluir de los fundamentos de la moral las consideraciones utilitarias o tienen razón los utilitarios al incluirlas?

Gravísima también es la debilidad de juicio y de información que acusa este pasaje, donde dice que los movimientos del socialismo o comunismo autoritario y del comunismo anárquico, surgidos en el siglo XIX, establecieron tres tesis fundamentales:

"1.º Abolición del salario que paga el capitalista al obrero, puesto que este salario no es otra cosa que la forma contemporánea de la esclavitud;

"2.º Abolición de la propiedad privada; organización social de la producción y del cambio de los productos;

"3.º Emancipación del individuo y de la sociedad de la esclavitud política, es decir, del Estado, que sirve para el mantenimiento y la conservación de la esclavitud económica.

"La realización de estos tres principios — añade — es necesaria (1) para inaugurar en la sociedad la justicia social que corresponde a las exigencias morales de la época. Estas ideas han penetrado profundamente no sólo en el espíritu de los obreros sino en el de *todos los elementos progresivos*" (p. 290).

Kropotkin ha ignorado o no ha sabido distinguir que desde 1880 se ha ido formando una escuela de elementos *muy progresivos* que niegan por completo validez a esas tres viejas tesis, cuya inconsistencia está demostrada desde aquella fecha en los libros de Henry George y de su continuador Max Hirsch, (aun cuando es cierto que llegaron a ser lugares comunes); que esa escuela se extiende cada vez más por muchos países; que se manifestó por publicaciones impresas en el mismo Moscú mientras Kropotkin escribía su libro, y que, en fin, influyeron dicha escuela y publicaciones acentuadamente en el cambio de Lenin hacia lo que denominó "Nueva política económica". — C. V. D.

Las razas y la Historia. por *Eugenio Pittard*, profesor de Antropología de la Universidad de Ginebra. Introducción etnográfica a la Historia con 3 mapas y 6 figuras en el texto. Traducción del Dr. Telesforo de Aranzadi y del Dr. Alberto del Castillo. Biblioteca de Síntesis Histórica "La Evolución de la Humanidad", dirigida por *Henri Berr*. Editorial Cervantes, calle de Muntaner, núm. 65. Barcelona. Año MCMXXV.

EL tomo V, cuya edición castellana acabamos de recibir, de la notable Biblioteca de Síntesis Histórica, que dirige Henri Berr y se publica en francés, es una introducción etnográfica a la historia. Con los volúmenes que le preceden sobre los orígenes del hombre y de la vida, por Edmundo Perrier, la prehistoria general por Jaime de Morgan, la introducción lingüística a la Historia, por F. Vendryes y la introducción geográfica, por Luciano Febvre, forma el pórtico de la primera sección cuyos 26 volúmenes estarán dedicados a la prehistoria, protohistoria y antigüedad. Si todos excelentes por deberse a autorizados especialistas, particularmente digno de mención es entre los anteriores, el de Vendryes sobre *El Lenguaje*. El que comentamos no lo es menos. Debí escribirlo el sabio antropólogo Deniker, pero habiendo fallecido en 1918, le reemplazó el profesor de Ginebra, Pittard, cuya autoridad en la materia es indiscutible.

Pittard ha escrito un libro que es más que una obra de ciencia, pues sus conclusiones, tienen trascendencia moral y social. De él dice Henri Berr: "no es sólo una obra sabia; es un libro bello y bueno". Antropólogo prudente, no afirma más de lo que se sabe, moviéndose desembara-

zadamente entre el riquísimo caudal de hechos que expone y las hipótesis que pretenden explicarlos, y distinguiendo siempre con precisión lo sólidamente establecido de lo puramente conjetural.

La consoladora conclusión que se desprende de este libro, y mejor aún, de toda esta empresa de información histórica que dirige Henri Berr, es la siguiente, formulada con las mismas palabras de este último: "Al combatirse las naciones, se compenetran; forman la obra común de la civilización; tienden a unirse en Sociedad. La Humanidad se hace o se rehace: la unidad física, caso de que exista, queda reemplazada poco a poco por la unidad psíquica, y la unidad de parecido por la unidad de conciencia. Esto sería, en lo que se refiere a la raza, el sentido de la evolución humana; esta es la hipótesis que debe comprobar nuestra obra." — Nos.

Los Poseídos, de *Fiodor Dostoievski*, suivis de la *CONFESION DE STARVROGUINE*. Seule traduction intégrale et conforme au texte russe par *Jean Chuzeville* (3 volúmenes). Collection des textes integraux de la littérature russe. Editions Bossard. 43, rue Madame. Paris, 1925.

Les *Possédés* — en castellano *Los Poscidos*, o *Endemoniados*, si se quiere — es una de las más originales y vigorosas novelas de Dostoievski. En ella el genial novelista, eslavófilo y cristiano, ataca con violencia el nihilismo representándonoslo, antes que un generoso movimiento de liberación, a pesar de sus crímenes y errores, como una tenebrosa asociación criminal.

No es simpática esta novela, en que se falsa y desnaturaliza la revolución rusa y sus héroes, pero sí profundamente dramática, y aun profética. El editor Bossard acaba de publicarla en su colección de textos de la literatura rusa, donde ya han aparecido de Dostoievski *Los Hermanos Karamázov*, y aparecerán en breve *El Idiota* y *Diario de un Escritor*. Ha traducido la novela, la sola versión íntegra y conforme al texto ruso, según advierte la carátula, el conocido escritor Jean Chuzeville. — Nos.

La Guerra de los Mundos, por *H. G. Wells*. Versión de Edmundo Guibourg. Edición de *Crítica*. Buenos Aires, 1925.

VOLUMEN octavo de la serie que edita con tanto éxito el popular diario. Es una de las novelas puramente imaginativas del autor, donde, sin segunda intención, se deja llevar por una fascinadora fantasía que parte, como de sus datos, de los recursos mecánicos actuales, y los proyecta a lo lejos agrandados en las mayores proporciones concebibles. Alguien ha caracterizado con justeza el procedimiento de Wells en estos libros, diciendo que obra como quien se propone a sí mismo una cuestión, "¿Qué sucedería si...?" y deduciendo todas las consecuencias.

La arquitectura del libro sería otra de haberse escrito después que Mr. Britling "comenzó a ver claro". Ahora Wells ha dejado atrás la objetividad fría, desconsoladora de esta novela y de *Una Historia de los Tiempos Inicuos*, y se pone otros problemas muy diferentes. Ahora se pregunta (así en *Hombres como Dioses*): "¿Qué ocurriría si la humanidad tuviera sentido común?" Antes no quería ir más allá de distraer unas horas al lector; ahora intenta mostrar, a su modo, el camino hacia una realidad social superior a la que nos rodea.

La traducción y la presentación del volumen, excelentes. Todo lo contrario de lo que ha ocurrido en la misma serie con *El Negro del Narciso*, la obra maestra de Conrad, donde abundan las incorrecciones de traducción y las erratas de imprenta. — Nos.

Archivos del Folklore cubano. Publicados por la "Sociedad del Folklore Cubano". Director: Fernando Ortiz. Dirección y Administración: San Ignacio 40. — Habana (Cuba), 1925.

QUEREMOS señalar a la atención de nuestros lectores esta publicación cuyo N.º 4, del mes de junio, acabamos de recibir. Como su título lo dice, su propósito es el de difundir el resultado de las investigaciones en el campo del folklore cubano, acopiando toda clase de datos y observaciones. Admite y desea la colaboración de nacionales y extranjeros. La revista es periódica pero sin fecha fija. El presente número trae interesantes y curiosas informaciones sobre romances, adivinanzas, fiestas y costumbres, juegos infantiles, etc.

Ya que entre nosotros tanto interés muestran algunos por la tradición y el folklore nacionales, convendría que se asociaran para una empresa semejante. Por nuestra parte, ofrecemos una vez más nuestra revista como medio de divulgación para todos los coleccionistas de curiosidades en este campo. Para las breves noticias hemos creado la sección *Miscelánea*, a la cual no parece que los interesados presten todavía la atención que merece.

Ya en prensa esta nota, hemos recibido las dos publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de que informa el catálogo de libros que va al pie de esta sección. Esperamos que esta clasificación del material folklórico que ha donado el Consejo Nacional de Educación a la Facultad, sea pronto seguida de publicaciones efectivas del mismo. — Nos.

La Planta-Hombre. (Sociología Argentina), por JUAN CARLOS RÉBORA.

El autor del presente folleto no es un desconocido. Al lado de su bien ganada fama de profesional y de talentoso profesor universitario, Juan Carlos Rébora es respetado en el mundo de las ciencias jurídicas como autor de sólidas obras de investigación y comentario. Además de estos títulos, que por sí bastan para consagrar su autoridad intelectual, Rébora tiene como ciudadano algunas condiciones y méritos que lo ligan con indiscutible afecto a los jóvenes de la Nueva Generación. Es un secreto a voces en el mundo universitario que el día que un severo examen de la época titulada Reforma Universitaria consagre los seis u ocho nombres de profesores que han sostenido en el país las ideas reformistas sin mancharlas con las contradicciones de intereses impuros o ajenos a la enseñanza, el nombre de Juan Carlos Rébora tendrá que ser incluido en esa lista de elegidos. Además Rébora ha sido y es de los primeros que han comprendido la necesidad de una renovación universal de los valores argentinos, y ha tenido la valentía de proclamarlo (véase *Hacia la Revolución*). Sin pertenecer cronológicamente a lo que se llama la Nueva Generación, Rébora pertenece a ella por su posición mental: idealismo renovador, nacionalismo humano, austeridad moral y material.

A pesar de estas grandes condiciones personales no ha llegado aun para Rébora la hora del "triumfo colectivo". He dicho ya que la serie de sus "triumfos individuales" es larga y abarca múltiples actividades. ¿Por qué razón, a este espíritu superior, dotado de todas las armas que la lucha

reclama, revestido de indiscutible autoridad, no le ha llegado aun su hora de consagración nacional? En parte, porque perteneciendo Rébora espiritualmente a una Generación que se halla en la imposibilidad cronológica de triunfar antes de algunos años, no ha tenido el ambiente propicio, que sin ser forzado, lo lleve a un alto triunfo. En parte, porque Juan Carlos Rébora no ha querido — estando ampliamente autorizado por su posición mental revolucionaria para hacerlo — adoptar la actitud violenta de un precursor.

Con todo su día llegará. Y la Nueva Generación tiene en Juan Carlos Rébora un verdadero Maestro; un jefe, tal vez.

En el presente folleto, nuestro amigo sistematiza la doctrina del nacionalismo humano para encarar el problema de la inmigración, frente a las tentativas de imperialismo emigratorio de algunas naciones extranjeras. Sobre la severa base de las indicaciones estadísticas, con un profundo conocimiento de los antecedentes históricos y jurídicos, Rébora aboga por la única solución sensata del problema, comprometido por dos tendencias extremistas, una reaccionaria y la otra anarquizante. Ni reacción, ni anarquía, es en síntesis la orientación que propicia este estudio de sociología argentina. Este lema es aplicable aun en esfera más vasta como solución de todo el complejo problema social argentino. — ADOLFO KORN VILLAFANE, del *Atenco*.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN EL MES DE SETIEMBRE

Novelas, cuentos, etc.

- JEAN GALTIER-BOISSIÈRE: *La Bonne Vie*. Roman. Paris, Bernard Grasset, éditeur, 61, rue des Saints-Pères. MCMXXV. 1 vol. de 280 pgs.
- MAX DAIREAUX: *El Guacho*. Novela. Buenos Aires. Agencia General de Librería y Publicaciones. Rivadavia 1573. 1 vol. de 156 pgs.
- LUIS ENRIQUE SANTISTEBAN: *La que no quería amar*. Novela. Imprenta y Casa editorial "El Arte". Manzanillo, Cuba. 1925. 1 vol. de 236 pgs.
- ENRIQUE PÉREZ COLMAN: *El tinglado de la farsa*. Novelas. Prólogo de Juan José de Soiza Reilly. Editorial Tor. Río de Janeiro 760. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 192 pgs.
- VIZCONDE DE LAZCANO TEGUI: *De la elegancia mientras se duerme*. Grabados en madera de Raúl Monsegur. Editorial Excelsior. 42, Boulevard Raspail, Paris, 1925. 1 vol. de 160 págs.
- FÉLIX URABAYEN: *El barrio maldito*. Novela. Colección Contemporánea. Calpe. Madrid, 1925. 1 vol. de 256 págs. Precio: 4.50 pesetas.
- BENITO LYNCH: *El Antojo de la patrona y Palo Verde*. Dos novelas. Selección Literaria MCMXXV. Editorial Latina. Buenos Aires. 1 vol. de 168 pgs. Precio: \$ 1.
- Récits de la Vie Américaine*, par Fray Mocho, Horacio Quiroga, Alcides Maya, Javier de Viana, Roberto J. Payró, Affonso Arinos, Martiniano Leguizamón, Domingo Faustino Sarmiento, Cornelio Hispano, Alberto Rangel, Leopoldo Lugones, Alfonso Hernández Catá, Ricardo Palma, R. Fernández Guardia, Manuel Bernárdez, Carlos Reyles, Magón, Coelho Netto, Alejandro Sux, Juan Carlos Dávalos. Traduits par Max Daireaux, Francis de Miomandre, Philias Lebesgue, Manuel Gahisto, Jean Cassou, Georges Pillement, H. de Bengoechea, Marcel Vuilermoz et publiés par VENTURA GARCIA CALDERON. Payot, Paris, 106, Boulevard St.-Germain, 1925. 1 vol. de 300 págs. Prix: 10 fr.

Poesía

- NEMESIO ALZUETA: *En la edad del amor*. Poesías. Prólogo de E. Suárez Calimano. Buenos Aires. Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía. 1925. 1 vol. de 160 págs.
- ARTURO TRONCOSO SAGREDO: *Solveig*. Editorial Dionysos. Av. Collao 901. Concepción de Chile. 1925. 1 vol. sin foliar. Precio 3 pesos chilenos.
- MIGUEL RASCH ISLA: *La Visión*. Poema en dos cantos. Tipografía Ariel. Bogotá, 1925. 1 vol. de 36 págs.
- WENCESLAO GÁLVEZ Y DEL MONTE: *De lo más hondo*. Prefacio de Rafael Montoro. Habana, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía. Pi y Margall, núms. 33 y 35. 1925. 1 vol. de 154 págs.
- JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN: *Inquietudes*. Prólogo de Eduardo Marquina. Imprenta Hispánica, Cardenal Cisneros, 47. Madrid.
- NYDIA LAMARQUE: *Telarañas*. Sonetos. Librería "La Facultad". Juan Roldán y Cía. Florida 359. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 210 págs.
- EMILIO FRUGONI: *Bichitos de luz*. Editorial "Apolo". Montevideo, 1925. 1 vol. de 136 págs.
- FERNÁN SILVA VALDES: *Poemas Nativos*. Río de la Plata. Agencia General de Librería y Publicaciones. 1925. 1 vol. de 136 págs.

Crítica, Literatura

- ANGEL LICITRA: *Safo*. (La Patria, la Gloria, el Genio). De "Humanidades". Tomo X, págs. 409 a 437. Casa editora Coni, Perú 684. Buenos Aires, 1925.
- JORGE MAX ROHDE: *Lord Byron*. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1925.
- AUGUSTO CORTINA ARAVENA: *José Asunción Silva* (Tres aspectos de su obra). De "Humanidades", tomo X. páginas 439 a 451. Buenos Aires. Imprenta y casa editora "Coni". Calle Perú 684. 1925.
- LUISA LUISI: *A través de libros y de autores*. Ediciones de "Nuestra América". Buenos Aires. 1925.
- Floresta de leyendas heroicas españolas*. Compilada por RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL. *Rodrigo, el último godo*. Tomo I. La Edad Media. *Clásicos Castellanos*. Madrid. Ediciones de "La Lectura". 1925. 1 vol. de 304 páginas. Precio: 5 pesetas.
- GERVASIO Y ALVARO GUILLÓT MUÑOZ: *Lautréamont y Laforgue*. Montevideo, 1925. 1 vol. de 96 págs.

Historia. Crónica. Memorias, etc.

- CARLOS PEREYRA: *La conquête des routes océaniques*. D'Henri le Navigateur à Magellan. Traduit de l'espagnol par Robert Ricard. Paris. Société d'édition "Les Belles Lettres". 95, Boulevard Raspail. 1925. 1 vol. de 214 págs. Prix: 10 fr.
- GEORG. POPOFF: *La Inquisición Roja* (La Cheka). El Estado dentro del Estado. Hechos vividos y experiencias adquiridas en la Comisión Extraordinaria Rusa. Traducción de Luis Roig Lluís. M. Aguilar, editor. Marqués de Urquijo, 39. Madrid. 1 vol. de 272 págs. Precio: \$ 2.50

FERNANDO OSSENDOWSKI: *De Presidente a la Cárcel*. Traducción del inglés de J. Dubon. M. Aguilar, editor. Marqués de Urquijo, 39-Madrid. 1 vol. de 352 págs. Precio: \$ 2.50 ^m/_n.

Filosofía

PABLO NATORP Y FRANCISCO BRENTANO: *Platón-Aristóteles*. Los grandes pensadores. II. "Revista de Occidente". Madrid, 1925. 1 vol. de 140 páginas. Precio: \$ 2.50 ^m/_n.

ERMILO ABREU GÓMEZ: *La Vida Milagrosa del Venerable Siervo de Dios Gregorio López*. Prólogo del Señor Licenciado Don Artemio de Valle-Arizpe. En México, en el año del Señor MCMXXV. 1 vol. de 102 páginas.

Filología, Gramática

VIRGILE: *Bucoliques*. Texte établi et traduit par *Henri Goelzer*, membre de l'Institut, professeur à la Faculté des Lettres de Paris. Collection des Universités de France, publié sous le patronage de l'"Association Guillaume Budé". Paris. Société d'édition "Les Belles Lettres". 95, Boulevard Raspail. 1 vol. de XLII-82 págs. Prix: 9 fr.

EUGÈNE FREY: *Quelques remarques sur l'enseignement de la grammaire française dans les classes*. 1.º Avril 1925 Troisième cahier. Etudes françaises fondées sur l'initiative de la Société des professeurs français en Amérique. Société d'éditions "Les Belles Lettres". 95, Boulevard Raspail. 1 folleto de 36 págs.

RICARDO MONNER SANS: *Uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla*. Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1925. Folleto.

Política, Sociología, Economía, etc.

MANUEL UGARTE: *La patria grande*. Editora Internacional. Madrid-Berlin-Buenos Aires. 1 vol. de 286 págs.

CARLOS PEREYRA: *L'œuvre de l'Espagne en Amérique*. Ouvrage traduit de l'espagnol par *Jean Baelen* et *Robert Ricard*, membres de l'École des Hautes Etudes Hispaniques. Paris. Société d'édition "Les Belles Lettres". 95, Boulevard Raspail 1925. 1 vol. de 268 págs. Prix: 10 fr.

PABLO M. YNSFRAM: *Sobre Latinismo*. Observaciones a una proclama dirigida por el Ldo. Sr. José Vasconcelos. De México, a la América Española. Asunción. Imprenta y Librería "La Mundial". 1925. 1 folleto de 48 págs.

FED. HENRIQUEZ Y CARVAJAL: *Nacionalismo*. Santo Domingo, R. D. Imprenta de J. R. Vda. García. 1925. 1 vol. de 252 págs.

LUIGI CARNOVALE: *Cómo puede América pronto y fácilmente impedir para siempre las guerras*. Un plan pro-paz original e independiente, el más sensillo y práctico. Chicago, E. U. de A. Traducción española y prólogo de Rodolfo D. Ruiz. 1925. 1 folleto de 42 págs.

Arqueología

PIERRE ROUSSEL: (professeur à l'Université de Strasbourg): *Délos*. Illustration de *Fréd. Boissonnas*. "Le Monde Hellénique". Directeur: Her-

bert Pernot. Paris. Société d'édition "Les Belles Lettres". 95, Boulevard Raspail. 1925. 1 vol. de 44 págs. Prix: 5 fr.

Folklore

Catálogo de la Colección de Folklore, donada por el Consejo Nacional de Educación. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Literatura Argentina. Director: Ricardo Rojas. Sección de folklore. Tercera serie. *Tomo I, N.º 1 Introducción.* Buenos Aires. Imprenta de la Universidad, 1925. 1 folleto de XIX + 1 págs. Precio: \$ 0.50.

Catálogo de la Colección de Folklore, donada por el Consejo Nacional de Educación. Fac. de F. y L. de la U. de Bs. As. Instituto de Literatura Argentina. Director: Ricardo Rojas. Sección de folklore. Tercera serie. *Tomo I, N.º 2. Salta* Buenos Aires. Imprenta de la Universidad, 1925. 1 folleto de 102 págs. Precio: \$ 1.00.

Varios

MARINO JALIKIS: *Historia de los medios de transporte y de su influencia en el desarrollo urbano de la ciudad de Buenos Aires.* Prólogo del Ingeniero Marcelo Rongé. Compañía de Tranvías Anglo Argentina Ltda. Buenos Aires, 1925, 1 vol. de 60 págs. con estadísticas y cuadros gráficos.

E. SÁNCHEZ RUBIO: *La parábola de la envidia, Un alarido en la noche, Bajo el crepúsculo, El Bongo.* Tipografía "América". Maracaibo, 1925. (Selección N.º 1).

SISOES MOLERO ROMERO: *Vida nueva, Cuento ingenuo, El ritmo mágico.* Tipografía "América". Maracaibo, 1925. (Selección N.º 2).

GUILLERMO VALENCIA: *Ritos, Anarkos (Poema), Cigüeñas blancas (Poema).* Tipografía "América". Maracaibo, 1925. (Selección N.º 3).

Poesías, de Udón Pérez, Rafael Yepes Trujillo, E. Sánchez Rubio, Jesús Enrique Losada, Héctor Cuenca, Francisco de Rosson, Valmore Rodríguez, Gustavo Fuenmayor. — Tipografía "América". Maracaibo, 1925. (Selección N.º 4).

Prosa y verso, de R. A. López Troconis, Mattyas Losada, R. Díaz Sánchez, A. Mestre Fuenmayor, Temistocles Melean (hijo), Marcial Hernández, J. A. Butrón Olivares. Tipografía "América". — Maracaibo, 1925. (Selección N.º 5).

ALFREDO C. FRANCHI: *Verjeles líricos.* Biblioteca Popular, N.º 1. Montevideo, 1925.

JORGE MAÑACH: *La crisis de la alta cultura en Cuba.* (Conferencia leída en la Sociedad Económica de Amigos del País y publicada por acuerdo especial de dicha Corporación). Habana, 1925. Imprenta y Papelería "La Universal". Pi y Margall, N.º 34. 1 folleto de 44 págs.

JULIO ARAMBURU: *Evocaciones del solar jujeño.* Conferencia pronunciada en la Biblioteca del Jockey Club, el 27 de agosto de 1924. Librería "La Facultad", de Juan Roldán y Cía. Florida 359. Buenos Aires, 1925. 1 folleto de 52 págs.

ALBERTO GURIDI BAZERQUE (Cónsul Argentino en Trieste): *Alberto M. Candiotti.* Su actuación como Cónsul Argentino en Berlín. 1 folleto de 44 págs.

EDUARDO ACEVEDO: *Memoria de Instrucción Primaria,* correspondiente al año de 1924, presentada al Consejo Nacional de Enseñanza. Montevideo. Imprenta Nacional. 1925.

LAS LETRAS ARGENTINAS JUZGADAS EN EL EXTRANJERO

Sobre "Manuelita Rosas", de Carlos Ibaguren

EL crítico literario de El Día, de Montevideo, ALBERTO ZUM FELDE, ha escrito en los siguientes términos sobre el último libro del doctor Carlos Ibaguren:

En estos últimos tiempos, la figura de doña Manuelita Rosas, la bella hija del tirano, viene interesando especialmente a la literatura argentina. Escritores de lo más conspicuo, como Paul Groussac, la han presentado como protagonista de sus ensayos dramáticos; novelistas e historiadores rivalizan en narrar episodios de la vida de esa mujer graciosa y tierna, a quien el destino singular colocó como una dulce paloma, en medio a los horrores de una borrasca sangrienta.

Y se explica ese interés despertado por la figura de Manuelita. Junto a la figura siniestra y bárbara del tirano, ella aparece como una delicada y pia criatura sufriendo todas las furias que la barbarie desataba en torno suyo, y cruzando sin mancharse, por esa charca de sangre que fué la tiranía de su padre, a quien siempre guardó, en la intimidad del hogar, un respetuoso culto.

No obstante reconocer los meritorios esfuerzos de los escritores argentinos que la han llevado a la novela y al teatro, preciso es confesar que ella no ha encontrado aún al artista capaz de desentrañar todo el valor estético de esa figura femenina, cuyo dulce perfil, recortándose sobre el fondo sombrío y brutal de la barbarie guerrera y política de su época, recuerda en cierto modo, a aquellas princesas del Medio Evo, que perfumaban como finas ánforas de alabastro llenas de piadoso unguento, en medio a la sombría rudeza guerrera, cuyas manos alzaban, temblorosas como palomas azoradas, por el combate de los hombres codiciosos y crueles.

Creemos que estos primeros medianos esfuerzos de la literatura argentina para acuñar en el oro definitivo del arte la figura de Manuelita Rosas, sirven para preparar el terreno al artista feliz, que ha de lograr la realización estética perdurable. Ese día, las letras americanas estarán de fiesta, porque se habrá reanimado en el barro inmortal una de las más sugestivas imágenes que pasaron por la realidad perecedera de la historia.

Carlos Ibaguren, distinguido historiador argentino, acaba de contribuir a esa labor preparatoria de la gran obra de arte con un libro biográfico, que es un estudio completísimo de la vida de Manuelita. Así el ambiente social y político en que ésta se movía, como su carácter psicológico están concretamente documentados.

Aparece "la niña" en su hogar, junto a su madre la terrible Doña

Encarnación Ezcurra, mujer de carácter varonil y de viva inteligencia, que es el agente político más eficaz del encubramiento de su marido, preparando desde su casa los sucesos violentos que produjeron la dictadura rosista. Vemos a Manue.ita, casi adolescente aun, y asistida de su noble candor, moviéndose entre la concurrencia espesa y guaranga que a diario se congregaba en su casa: caudillejos de arrabal, militarotes brutales, mujeres de pelo en pecho, negros y mulatos, sicarios y adulones, toda la hez de la barbarie a la que su madre agasajaba y empleaba como instrumento de sus intrigas ambiciosas.

Tanto era el hedor brutal que se respiraba en aquel ambiente, que la misma señora escribe a Rosas rogándole que le permita apartar de allí a su hija.

Vemos luego a Manuelita convertida, después de la muerte de Doña Encarnación, en el centro de toda aquella barbarie social, teniendo que desempeñar, a su pesar, y por obediencia al padre, el papel político que antes desempeñara la matrona. Vémosla concurrir a los comités políticos, a agradecer a la chusma federal, en nombre de su padre, la adhesión popular al duelo por la muerte de Doña Encarnación. Vémosla presidir, sentada en sitio de honor, los ruidosos candombes de la negrada del suburbio; firmar cartas políticas, que redactaba Rosas, dirigidas a personajes provincianos de horca y cuchillo, aliados del tirano; agasajar en sus tertulias de Palermo, a los enviados diplomáticos, uno de los cuales Lord Howdown, barón de Irlanda y par de Inglaterra, se enamora de sus gracias, y quiere casarse con ella.

Vémosla, en fin, en la desgracia, después de la caída del tirano, acompañando al padre en el destierro, sobrellevando con admirable entereza de ánimo las condenaciones de su patria, y las angustias de la pobreza, hasta que, ya en la madurez de sus treinta y cinco años, se casa con su antiguo novio Máximo Terrero hallando esa dicha serena que tanto anhelara su corazón durante la trágica carnestolenda de la tiranía.

Extraño contraste, en verdad, la de esta figura de mujer, tan noble y tan tierna, al lado de la figura siniestra del tirano, su padre, como el de una dulce paloma junto a un sombrío gavilán, de garras sangrientas.

Enriquecen el volumen, como documentación preciosa numerosas cartas íntimas, que la biografiada enviara desde su retiro de Inglaterra a sus amigos y parientes de la Argentina. En ellas aparece, de cuerpo entero, toda la graciosa nobleza de esta mujer, para la cual, los más grandes enemigos de Rosas, los que escribieron contra él las páginas más fulminadoras, no tuvieron nunca un reproche; respetando el culto del deber filial a que consagrara su juventud.

Meritoria y útil por muchos conceptos es pues la labor que, en este volumen, escrito con severa elegancia, ha editado el distinguido historiador argentino.

A. ZUM FELDE.

Memento

E. B. (Eduardo Barrios): *Calcomanías*, poemas de Oliverio Girondo. (nota bibliográfica, en *Atenca*, Universidad de Concepción, Chile, julio 31). —En el mismo número, *Atenca* inaugura la sección *Vistos desde afuera*, en que reproducirá, a semejanza de lo que hacemos en NOSOTROS con los escritores argentinos, lo que de los escritores chilenos se diga en el extranjero. Reproduce de NOSOTROS, el juicio de E. Suárez Calimano sobre

los libros de versos, *Samaritana*, de María Rosa González, y *Alma Viril*, de Alice Lardé de Venturino. — *Antorcha*, revista mexicana de cultura moderna, fundada por José Vasconcelos, y que nace por segunda vez, bajo la dirección de Samuel Ramos, en su núm. I, de Agosto, reproduce del núm. 193 de NOSOTROS, el artículo de Pedro Henriquez Ureña: *Dos Escritores de América: Icaza-García Godoy*. — El mismo artículo sobre Icaza lo reproduce *El Figaro* de La Habana, del 2 de Agosto. — ALFREDO CLULOW: *La Venus Calchaquí* de B. González Arrili (*Imparcial*, Montevideo, Agosto 29). — R. CANSINOS ASSENS: *Inquisiciones*, por Jorge Luis Borges (*La Libertad*, Madrid, 3 de julio). — ORTO, de Manzanillo (Cuba), reproduce en su número de julio 30 la traducción de la "Ba'ada de la Cárcel de Reading" de Oscar Wilde, que publicó Jacinto Cárdenas en el número 192 de NOSOTROS. Pero tenemos que reprocharles el haberse olvidado de explicar la procedencia.

ECOS Y NOTICIAS

- VÍCTOR Snell nos habla en uno de los últimos números de *Le Journal Littéraire* (N.º 70) de *Les Jours en feu*, título del libro póstumo de poesías de Raymond Radiguet. Nos confiesa que si había leído con cierto agrado *Le Diable au corps* — de una perversidad y un cinismo que han sido negados pero que son evidentes aunque quizás inconscientes — la frialdad artística del *Bal du Comte d'Orgel* lo había desagradado, pues no gusta de que los jóvenes escriban como los viejos. La madurez precoz es un contrasentido. En cambio este libro de versos, *Les Jours en feu*, es claro y fresco. Se asegura que el autor no tenía más de 15 años cuando compuso algunas de estas poesías. Lo que es cierto es que es allí donde Radiguet es esencialmente joven y encantador. Y esto es tan raro hoy en día, tan raro... Y termina diciéndonos que no se resiste al placer de transcribir estas tres estrofas extraídas de una *Suite sur un alphabet*:

FILET A PAPILLONS

“Papillon, tu es inhumain,
Je te poursuis depuis hier”.
Ainsi parlait une écolière
Que j'ai rencontrée en chemin.

HIRONDELLE

Comme chacun sait, l'hirondelle
Annonce la belle saison.
Elle n'a pas toujours raison,
Cependant nous croyons en elle.

INITIALES

Initiales enlacées
Sur le sable comme nous-mêmes:
Nos amours seront effacées
Avant ce fugitif emblème.

- EN el mismo número de *Le Journal Littéraire*, Edmond Sée nos descubre un nuevo crítico literario: Jean Michel Renaitour, autor de un pequeño volumen titulado, *Mes coups des griffes*. Es, nos dice, una deslumbrante revelación y una bien sabrosa sorpresa. Ciertamente, que los escritores que reciben “les coups de griffes” de Renaitour no aceptarán, sin protestar un poco, los juicios desprovistos de indulgencia que el crítico neófito les dedica; pero estos son bien espirituales y el autor los justi-

fica con análisis de una rara penetración, de una deliciosa ironía, ligera, alada, picaresca.

- **H**A aparecido un nuevo ejemplar de la primera edición, segunda impresión, del *Quijote* (Madrid, 1605, Juan de la Cuesta, con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal), otro de la edición príncipe de la segunda parte (Madrid, 1615, Cuesta) y uno del *Persiles y Segismunda* de la edición llamada del canastillo (Madrid, 1617). Los ha adquirido la Librería de los Bibliófilos Españoles, Madrid.

- **L**A Facultad de Letras de la Universidad de Coimbra ha fundado, como boletín de su Biblioteca, una revista mensual titulada *Biblios*, cuyo programa suscribe el antiguo rector Mendes dos Remédios.

- **H**A aparecido el primer número de la revista *Archivo Español de Arte y Arqueología*, dirigida por los señores Manuel Gómez Moreno y Elías Tormo, y publicada por el Centro de Estudios Históricos.

- **L**os Cursos de otoño para extranjeros en Madrid, organizados por el Centro de Estudios Históricos, bajo la dirección de D. Ramón Menéndez Pidal, durarán del 5 de octubre al 16 de diciembre de 1925, y los de invierno, del 1.º de enero al 27 de marzo de 1926. Materias: Fonética, Lengua, Literatura, Historia, Arte, Entonación y Versificación, Español comercial y Clases prácticas. Pídanse programas al Secretario de los Cursos para Extranjeros, Almagro 26, Madrid. Se ha encomendado este verano a Américo Castro la dirección inmediata de estos cursos.

- **E**L 28 de agosto falleció el conocido crítico teatral parisien Adolfo Brisson. Nació en París el 17 de abril de 1860. Hijo de Julio Brisson, un periodista de gran talento, fundador de *Los Annales Politiques et Littéraires*, se hizo cargo en 1895 de la dirección de la *Revue des Cousins et Cousines*, hasta entonces dirigida por su padre. Con la colaboración de su mujer, Mme. Ivonne Brisson, hija del célebre crítico de *Le Temps*, Francisco Sarcey, hizo de su revista la más leída de las revistas de familia — al menos hasta la guerra —; con ella fundó también la Universidad de los Anales, donde cada año dan conferencias tantas celebridades políticas y literarias. En 1903, habiendo muerto Gustavo Larroumet, tomó el folletín de crítica dramática de *Le Temps* que había hecho ilustre su suegro. Brisson escribió una novela, *Florise Bonheur*, recopilaciones de crónicas, *Les Prophètes*, *L'Envers de la Gloire*, *Portraits Intimes*, *Nos Humoristes*, *Pointes Sèches*, *Scènes et Types de l'Exposition*, nueve volúmenes de críticas dramáticas, *Le Théâtre* y dos libretos de ópera, escritos en colaboración con Charles Foley, *Caprice de Reine y Vendée*. (LEÓN TREICH).

- **L**A ciudad natal de Samain, Lille, se prepara para celebrar el 25 aniversario del famoso autor de *Au Jardin de l'Infante*. El *Mercure de Flandre*, importante revista que aparece en dicha ciudad, editará un número especial dedicado a conmemorar la personalidad y la obra de Samain.

- **E**N 1023 fué vendido un ejemplar de la edición Mazarina de la Biblia en 731.000 francos. Es el más alto precio que ha sido pagado por un libro.

NOTAS Y COMENTARIOS

Eduardo Talero

SE cumplen en este mes cinco años desde la muerte de Eduardo Talero, ocurrida el 22 de Setiembre de 1920. La generación que rodeó a NOSOTROS en los días de su fundación, conserva, sin duda, el inolvidable recuerdo de aquel talentoso escritor colombiano que, emigrado de su tierra por razones políticas, aquí vivió largos años, aquí produjo sus mejores obras y aquí descansa en el cementerio de Disidentes. Fué poeta y cuentista vigoroso y oroginal hasta parecer extraño y torturado en la expresión, y muchas de sus páginas quedan estrechamente vinculadas a la Argentina, porque en ellas recogió sus impresiones de nuestra tierra, así en su libro *Voz del desierto*, lírica, efusiva, pintoresca descripción de los paisajes y la vida neuquenianos.

En ocasión de este aniversario publicamos una poesía inédita de nuestro viejo amigo, que se contó entre los primeros colaboradores de NOSOTROS. En ella muéstrase su espíritu serenado y henchido de piedad humana, como presintiendo ya el próximo fin:

PERDÓN

*Tras semanas de drogas y pesadilla
En que diz que lucharon fiebres y ciencia,
Hoy ante el Sol expuse sobre una silla
Mi corazón, mis huesos y mi conciencia.*

*Quise que en ese instante fuese yo centro
Del luminoso mundo que susurraba,
Y cerrados los ojos, ví que allá dentro
El Sol sobre mi sangre reverberaba.*

*Bajo esa luz interna ví que las densas
Brumas de viejos odios ya no existían
Y que en las cicatrices de las ofensas
Perdones como lirios resplandecían.*

*¿Es que el insulto bajo, la inmerecida
Injuria y tanta envidia con su veneno
No son sino las pruebas a que la vida
Somete la dulzura del hombre bueno?*

*¿Será que es signo grave de abatimiento
Viril y de flaqueza de corazones
Eso de que dejemos que al sentimiento
Llegue la dulce esponja de los perdones?*

*Yo no sé. Pero afirmo lleno de orgullo
No tener foco alguno que iras irradie.
No buscar los rugidos sino el arrullo,
No conservar agravios, no odiar a nadie.*

*¿Qué ha pasado por dentro? ¿Será que Cristo
Vino en mis inconsciencias a visitarme?
¿Será que estoy muy débil? ¿Será que asisto
A un triunfo que mis penas quisieron darme?*

*Alzo por sobre todos de olivo el ramo,
Mas mi amor a los necios no magnifico,
Y a los que mal me hicieron, si no los amo
Mí desdén bondadoso les adjudico.*

*El amor por mandato yo no lo sigo,
Pues si a virtud y a crimen se prodigara
Sin distinción de amigo ni de enemigo,
Perdiera su decoro de perla rara.*

*Sáciense los violentos y los sanguíneos
En los sótanos negros de su venganza,
En tanto que nosotros los apolíneos
Nos bebemos las brisas de la esperanza.*

*Si castigar agravios y ser temido
 Fueran timbres gloriosos de varón fuerte,
 Yo prefiero ser débil, y que el olvido
 Y el silencio me escolten hacia la muerte.*

EDUARDO TALERO.

Una carta de Vasconcelos

ALFREDO Palacios nos remite copia de una carta que acaba de recibir de José Vasconcelos, cuyos términos interesarán sin duda a nuestros lectores:

Mi querido amigo: Llevo tres meses de constante variar de sitio por lo que me ha llegado con retraso su carta a Gabriela, a propósito de una declaración suya en que se decía católica... Tengo la fortuna de conocer bien a la gran poetisa y a usted, el generoso maestro de las juventudes, y esto me da ocasión de terciar con ventaja en el debate; aunque más bien no hay asunto en debate porque veo en Gabriela y en usted dos grandes cristianos prácticos, cristianos de verdad que por lo mismo no pueden ser católicos. Usted procedió como verdadero cristiano cuando obtuvo del Congreso argentino, una ley protectora de los trabajadores explotados por terratenientes, que por lo general son excelentes, irreprochables católicos, pero viven de violar a diario la ley de Cristo. Así que yo vea, ya no digo la Iglesia, siquiera algún sacerdote que se pone enfrente del explotador para defender a los débiles, creeré que ese hombre, aún siendo católico, está animado por el espíritu de Cristo. Los que absuelven a los terratenientes a la hora de la muerte a cambio de una dotación para el culto, son católicos, pero no cristianos. Más cristiano fué usted en el momento que ya digo, que cualquier católico de la época. La esencia del cristianismo es la ternura para nuestros semejantes. Esa ternura apareció en San Francisco y por poco lo excomulgan. Eso mismo sentían los católicos, respecto de Gabriela, cuando Gabriela comenzó a escribir; era entonces, una literata peligrosa, pero como ahora se ha conquistado una merecida fama, la cercan y se le presentan como ovejas. Andan ahora haciendo el papel de perseguidos en Chile; después de que alentaron y aplaudieron el golpe de los militares chilenos. Aquí, en cambio, andan dichosos, insolentes. Al grado de que si no hay quien les pegue un golpe, volverán a establecer la Inquisición, para los asuntos religiosos, tal y como ya hay censura en asuntos civiles. Creo poder aventurar que a Gabriela le pasa algo semejante a lo que a mí mismo me ocurre: la preocupación por el problema religioso, el interés por el dogma, nos llevan a coincidir con la doctrina católica en muchas cuestiones metafísicas; frecuentemente me he declarado yo católico en el sentido de que creo que la doctrina de la Iglesia, tal como se definió, por ejemplo, en Nicea, representa la mayor suma de verdad religiosa que han alcanzado los hombres. Pero me he convencido de que esa convicción, aún siendo en mí, firme, más bien me aparta que acercarme a la Iglesia. La Iglesia católica contemporánea, es una obra bien organizada por el demonio para enfriar la piedad de las gentes. Cuando desembarqué en España, hace unos dos o tres

meses, me sentía casi completamente católico; deseaba rezar en el retiro de alguna vieja catedral; pero casi todos los templos españoles están profanados por la costumbre de poner en el sitio mismo del altar, los restos podridos de cada picaro que algo ha sido dentro de la dinastía. La Iglesia española, tradicionalmente, es la sierva de los reyes. En realidad lo mismo hace en todas partes: traciona al humilde para congraciarse con el poderoso. No representa la religión sino la liturgia, no posee sacerdocio sino una burocracia cobarde y glotona. La iglesia católica está en estos instantes detrás de cada intento de reacción. El negro poder jesuita crece. La Iglesia ya no es católica, no es romana; ha llegado a ser jesuita. ¿Cómo no hemos de sentirnos emocionados cuando un hombre como usted levanta la voz contra el peligro formidable? Adelante, mi querido amigo, soy uno de los que le seguirán en nombre de Cristo, que no es monopolio de frailes. Nunca podrán entender los católicos que Cristo está más cerca del atormentado Carlos Marx, mucho más cerca que del iluminado Tomás de Aquino. Creo que el socialismo moderno es un intento de aplicar la ley de Cristo; pero si así no fuese, si por no querer y no poder ser católicos nos niegan el derecho de creer en Cristo, nada importa, que nos llamen anticristianos. Cuando yo sepa que la Iglesia ha librado una sola batalla en favor de los desheredados, pensaré que acaso Cristo vuelve a su seno. Pero, entretanto, me voy con los ateos si los ateos imponen la justicia.

Suyo afectuosamente

JOSÉ VASCONCELOS.

Palma de Mallorca, agosto 9 de 1925.

Nuestra demostración a José Ingenieros

CON motivo del regreso de José Ingenieros de su viaje a Francia y a Méjico, el 26 del corriente se celebró en el restaurant "Martín" una comida en su honor, organizada por NOSOTROS, *Sagitario y Renovación*.

Mesa de amigos tendida para agasajar al hombre menos solemne y protocolar del mundo, hubo en ella la llaneza y cordialidad más simpáticas. Los comensales fueron más de ochenta, y representativos de los más diversos sectores de la opinión.

Ofreció la demostración en nombre de NOSOTROS, nuestro director Roberto F. Giusti, con las siguientes sencillas palabras:

Los amigos de NOSOTROS me han recordado mi deber de hablar en esta comida, y lo cumplo con verdadero placer, sintiéndome honrado con la designación. Sobre todo que voy a pura ganancia: como amigo de José Ingenieros me doy la satisfacción de poderle decir, con esa franqueza que permite la cordialidad de estas horas, las muchas cosas buenas que de él pienso y que en la intimidad, por discreción o timidez, callo; y como orador, no estoy obligado a intentar exceder mis débiles fuerzas, al contrario, si pretendiera hacerlo, Ingenieros no me lo agradecería, pues siem-

pre ha desdeñado, teóricamente y en la práctica, que se convirtiese la mesa del banquete en tribuna, y el brindis en panegirico.

De no ser así, no hubiera aceptado tanta responsabilidad, porque confieso que no me sería fácil decir ni en pocas ni en muchas palabras, cuanto debe decirse de nuestro amigo: qué es, cual es su obra, qué le debemos. Otros, en su caso, — ¡oh, sin duda con menos merecimientos! — no excusarian en mis labios el vocablo *ilustre*; él, modesto y escéptico, ciertamente prefiere que a ellos no asome el alto calificativo que un entero continente une a su nombre.

Si hablara del hombre de ciencia y del pensador, estaría obligado a hacerlo detenidamente de numerosas obras, no pocas medulares, que han dado autoridad a la Argentina, en Europa y en América, en el campo de la psicología normal y patológica, de la criminología, de la sociología y de la historia. Si hablara del espíritu generoso a quien nunca dejaron indiferente los anhelos de liberación de la humanidad de todo prejuicio y toda servidumbre moral y material, estaría obligado a hacerlos la historia del progreso de las ideas en la Argentina y en el mundo en este cuarto de siglo, debería examinar nuestro movimiento socialista, las vastas acciones de emancipación humana de que hemos sido y somos testigos, los ideales democráticos americanos que van definiéndose en el seno de la vieja civilización latina, aunque contraponiéndose a sus formas caducas, pues de todos ellos ha sido Ingeniero obrero y vocero prestigioso y coherente por encima de las que pudieran parecer contradicciones.

No; yo sólo he de hablar del hombre y del amigo. Del hombre, uno de esos escépticos y burlescos que suelen darse en nuestros tiempos fluctuantes y contradictorios, capaces sin embargo de someterse desinteresadamente a cualquier prueba, de jugarse enteros por un ideal; si ambiciosos, no de otra cosa sino de que el mundo, por su esfuerzo esclarezca sus ideas y se eleve moralmente. Del amigo, uno de los mejores, de los poquísimos que he conocido, siempre pronto y dispuesto a aconsejar, a estimular, a ayudar. Quienes lo tratan y lo quieren, saben que podrán chocar con él una y mil veces, pero que nunca se le encontrarán enfrente (ni nadie, ni aun sus enemigos), rencoroso, envidioso, amargado. Su casa, su mano, su corazón, están abiertos a cuantos a él se acercan sin injustificados recelos.

Por todo ello, NOSOTROS se ha asociado cordialmente a esta demostración, cuya razón y significado los declaran la magnitud de la misma y la calidad de los asistentes. A sus directores nos regocija agasajar al amigo que vuelve de Méjico, donde se le ha hecho justicia acaso con más plenitud que en su patria; y como representantes de una revista de cultura nos es grato honrar al claro talento, al prosista medido y elegante, al hombre de ciencia, al historiador de las ideas argentinas, al infatigable editor, para el pueblo, de nuestros pensadores y escritores, y al animoso defensor de todo noble ideal en días en que a la caza del peso, del poder, del prestigio y de la efímera reputación se pospone cualquier otro sentimiento y propósito.

Improvisaron también brillantes alocuciones, el ministro de Méjico, Carlos Trejo Lerdo de Tejada, el publicista brasileño Pedro de Alcántara Tocci, el presidente de la Asociación Cultural de Montevideo, J. Oscar Cosco Montaldo, Carlos Sánchez Viámonte en nombre de *Sagitario* y *Renovación*, y el viejo amigo

y conocido escritor italiano Folco Testena. Ingenieros agradeció la comida con breves palabras joviales y afectuosas.

Transcribimos a continuación, en el idioma en que fueron pronunciadas, las palabras de Testena:

Non saprei vedere altro titolo, fuor della vostra benevolenza, che possa autorizzarmi a unire la mia voce a quella degli egregi oratori che han salutato in nome nostro José Ingenieros; a meno che non mi sia titolo addegnato essere stato amico anche del padre di José Ingenieros, che fu a sua volta amico di mio padre e tutti insieme appartenemmo all'Internazionale socialista di Bakunin.

Ma forse é un'altra la ragione che vi induce a chiedere ch'io parli; é il ricordo delle belle battaglie letterarie e ribelli che abbiamo combattuto insieme, voi con la baldanza dei neofiti, io con la tenacia dei militi induriti. Oltre le differenze di scuola e le divisioni di partito, noi siamo stati sempre all'avanguardia nella battaglia per il rinnovamento di questa civiltá che nasconde sotto l'orpello delle parole e sotto l'ipocrisia dei gesti, la sua anima trogloditica. José Ingenieros fu ed é ancora tra i nostri duci e rappresenta bellamente l'anima piena di fremiti della gioventú latino-americana, che si é acciuta il compito grave ma superbo di rinverdire lo spirito umano, opponendosi a tutte le menzogne convenzionali della Europa arrugginita, cupida, feroce; combattendo tutte le imposture: le religioni senza Dio, i partiti senza programmi, i beghini senza tede, i maestri senza morale.

Il vostro fratello maggiore di anni e minore di ingegno, superbamente italiano, cordialmente argentino, unisce il suo al vostro evviva, in quest'ora di fraternitá spirituale che ci ha uniti intorno a José Ingenieros. E impegna questi a seguir lottando, egli che lo puó per la potenza dell'ingegno e la tempra del carattere. A rinnovare, o poeti; a demolire tutte le bruttezze e le meschinitá di questa turbida societá in decomposizione: a rinverdire la gloria latina, ripudiando la violenza e la doppiezza della Roma dei Cesari e dei Papi.

A lavorare per la bellezza e per la libertá.

No siéndonos posible reconstruir la lista completa de los asistentes, por no haber quedado constancia de sus nombres, nos limitamos a citar los que recordamos:

Ministro de Méjico, Carlos Trejo Lerdo de Tejada; Alejandro Korn, Augusto Bunge, Alfonsina Storni, Gloria Bayardo, Raquel Adler, Fernández Moreno, Arturo Capdevila, Folco Testena, *Agregado obrero a la legación de Méjico*, Carlos L. Gracidas, *secretario de la legación de Méjico*, M. Gabucio, *cónsul general de Méjico*, Enrique Meza, Vicente Martínez Cuitiño, Alejandro Castiñeiras, Cesáreo Bernaldo de Quirós, J. Torrendell, Aníbal Ponce, Enrique Méndez Calzada, Francisco de Veyga, Eduardo F. Maglione, Florentino V. Sanguinetti, J. Oscar Cosco Montaldo, Alejandro Lastra, Luis Pascarella, Francisco Ló-

pez Merino, Alberto Palcos, Miguel A. Camino, Pedro Zavalla (Pelele), Enrique M. Amorim, Armando Chimenti, Conrado E. Eggers Lécour, Pedro A. Verde Tello, Francisco Isernia, M. López Palmero, Luis de Francesco, Emilio Pettoruti, Antonio Herrero, Diego Ortiz Grognet, Alemany Villa, Pedro de Alcántara Tocci, José L. Alberti, Carlos Salinas, Domingo Gugliamelli, Carlos F. Benítez, José Di Bona, Nicolás A. Ramallo, Juan C. Avila, J. Villanueva, Angel E. Sforza, P. P. Méndez, Arturo González Arce, Cándido M. Elías, M. Bordato, Adolfo Tacus, Ulises Carozzo Rolleri, F. Pezzi, E. S. Lonardi, Pedro J. Martínez, Emilio Mezquita, Andrés D'Onofrio, Roberto Hinojosa, N. Rizzo Barrata, Pablo B. Ocamou, P. Paolini, S. Rodríguez, Luis Faigt, E. S. Hovard y los directores de las revistas que organizaron el banquete, Carlos Sánchez Viamonte, Carlos Américo Amaya, Gabriel S. Moreau, Alfredo A. Bianchi, Roberto F. Giusti y Emilio Suárez Calimano.

Nuestro aniversario y la prensa

NUESTRA revista ha podido desarrollar durante diez y ocho años su desinteresada obra de cultura, porque junto con el favor del público escogido que la lee y sostiene, ha contado siempre con el favor de la prensa nacional y extranjera. A este respecto seríamos injustos, si hablásemos del consabido ambiente cartaginés y de la clásica conspiración del silencio. Y tanto más es de destacar este estímulo con que nos ha honrado y ayudado nuestro periodismo, cuanto que NosotROS ha conservado en toda ocasión su independencia de criterio, sin temer chocar las opiniones corrientes, aunque las sustentasen los más autorizados órganos de publicidad.

Con motivo de nuestro décimo octavo aniversario, una vez más hemos recibido el testimonio de tan generoso compañerismo. Todos los diarios de la capital, *La Prensa*, *La Nación*, *La Vanguardia*, *La Razón*, *Crítica*, *La Época*, *El Diario*, *La Patria degli Italiani*, *L'Italia del Popolo*, *La Argentina*, *Ultima Hora*, *El Telégrafo*, la revista *Caras y Caretas*, *El Día*, de Montevideo, *Re-*

novación de Bernal, etc., nos han dedicado largos y cariñosos sueltos que agradecemos de todo corazón.

En la imposibilidad, por falta de espacio, de transcribirlos todos, nos limitamos a extractar algunos de los conceptos publicados en esta circunstancia a propósito de nuestra revista, expresión del sentimiento general.

Bajo el título "*Nosotros*" cumplió diez y ocho años, ha dicho nuestro gran diario *La Prensa*:

La revista mensual de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales *Nosotros*, ha cumplido, con el número 195, correspondiente a agosto, 18 años de vida. En ese espacio de tiempo, ciertamente considerable en cualquier empresa, y sobre todo en una de índole puramente intelectual, ha realizado el propósito básico de ser órgano de cultura. Sus páginas han estado, como bien dice la dirección, fraternalmente abiertas a todos aquellos que, teniendo algo que decir, lo han dicho con talento, con gracia, con buen gusto, con decoro. Su inquietud por las ideas y por el arte, jamás ha roto los moldes de la pulcritud espiritual. La revista *Nosotros*, que ha recogido excelentes frutos, es hoy uno de los órganos representativos de la intelectualidad de América, y de las letras castellanas.

Son directores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, que lo son desde su fundación, han recibido en estos días expresivas manifestaciones de aplauso y camaradería por su desinteresada y perseverante labor, (*Sigue el sumario del número 195*).

Y *La Vanguardia*:

Ha cumplido dieciocho años de vida esta interesante publicación. Fundada en agosto de 1907 y dirigida por Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, *Nosotros* ha desarrollado ampliamente su programa y ha constituido siempre un precioso elemento de divulgación y sana crítica.

Dieciocho años. Una vieja revista, se dirá, y un caso raro, podría agregarse, en la historia de publicaciones de esta índole, entre nosotros. Caso raro, sí, ya que las revistas literarias nacen por lo general con los días contados; mueren por asfixia, por indiferencia, o porque la etiqueta de círculo de bandería las condena de antemano.

Los directores de *Nosotros* supieron apartarse de esas influencias, y si las páginas de esa revista acogieron todas aquellas manifestaciones intelectuales que reflejaban y trataban de recoger las inquietudes de las nuevas corrientes, no por eso se aminoró el espíritu crítico y combativo orientado siempre hacia un punto de vista amplio, pero inflexible ante lo superficial y mediocre. El teatro criollo tuvo con Bianchi, en *Nosotros*, un censor severo, sagaz, constructivo; los escritores argentinos hallaron en Giusti el mejor comentarista, que si fué estímulo y acicate para unos, fué también escalpelo para los simuladores de todos los matices.

Explicase así la vida continuada y próspera de *Nosotros*. (*Sigue el sumario*).

El Diario:

Ha cumplido dieciocho años la revista "*Nosotros*". — *Nosotros*, revista literaria dirigida por sus fundadores Alfredo A. Bianchi y Roberto F.

Giusti, acaba de cumplir diez y ocho años de vida. De vida intensa, de acción fecunda, agreguemos.

Desde 1907 a la fecha, ha desarrollado una acción amplísima. Todos, puede decirse, todos los escritores que han surgido en nuestro país desde aquellos tiempos, se han dado a conocer, en las páginas de *Nosotros*.

Esta publicación ha difundido en América los nombres argentinos justamente difundibles. Y en nuestro país ha hecho igual cosa con los de artistas americanos de positivo mérito.

Nosotros realiza desde su fundación una obra de acercamiento intelectual americano, merecedora de los más calurosos aplausos. De *Nosotros* puede decirse: nosotros, los americanos. Su nombre, quizás alusión a un pequeño grupo en los pasos iniciales, es hoy, y lo es desde hace mucho tiempo, un verdadero símbolo continental. Escritores de Costa Rica, pongamos por ejemplo, conocen a los de Nicaragua por medio de *Nosotros*. Y así viceversa. Y los chilenos a los peruanos, y los peruanos a los chilenos... Y luego, unidos todos, formando una fuerza potente y común, afrontan en Europa el juicio de públicos selectos y exigentes. Y en este sentido, también la obra de *Nosotros* ha dado resultados positivos.

Fundada por componentes de una misma generación, esta revista no ha cerrado sus páginas a las generaciones que se han ido sucediendo desde 1907. En este sentido dejemos que hablen sus directores: (*Sigue nuestro suelto sobre el 18.º aniversario de la revista*).

Crítica publicó los retratos de los directores, y bajo la rúbrica, en grandes titulares, "*Nosotros*" ha cumplido diez y ocho años de existencia, dijo:

Con gran satisfacción hemos puesto este título. Los que sabemos cómo nacen y cómo mueren las revistas literarias entre nosotros, no podemos consignar el hecho sin sentir admiración por la labor heroica y tesonera que han tenido que sostener sus fundadores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, para sostenerla, para no dejarla morir. Porque las revistas literarias, en nuestro país, están condenadas a morir indefectiblemente en el último número que aparece: de forma que la aparición de cada número tiene todos los caracteres de una nueva resurrección.

Rara es la revista literaria que pasa del número 6 o del 8; por eso el triunfo de *Nosotros* es confortador, porque demuestra que, con voluntad y con miras elevadas, se triunfa donde fracasan, fatalmente, los que fundan revistas con miras personales o de autobombo.

Las páginas de *Nosotros* han estado siempre abiertas a todas las tendencias literarias. Únicamente se ha exigido para la publicación de trabajos, la bondad de los mismos. Con ese criterio ecléctico, observado por sus fundadores, ha podido desfilar por la vieja y valerosa revista lo más significativo de nuestras letras.

La Época:

Ha cumplido diez y ocho años la publicación mensual de este título, que dirigen los señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

Nosotros sigue en manos de sus fundadores, y la pericia y consagración de que han dado pruebas en el largo decurso constituyen el más preciado de los blasones de su extirpe intelectual.

Tribuna abierta a todas las expresiones del pensamiento, es paladín

de la belleza y cátedra de ideas, sin más límite que la dignidad de su expresión.

A su sombra se han iniciado y han crecido dos generaciones que supieron marcar nuevos rumbos al arte y a la vida, asistiendo a su progresiva realización, infundiendo y recibiendo estímulos del propio ambiente, cada vez más nutrido y depurado.

Nosotros, institución de la cultura argentina en plena prosperidad, es un orgullo de América.

Que la acompañen hoy nuestro saludo y nuestros votos, en su constante aspiración al ideal.

Caras y Caretas publicó los retratos de Alfredo A. Bianchi, Roberto F. Giusti y Emilio Suárez Calimano, reprodujo la carátula del último número, y dijo en un suelto que *El Día* de Montevideo, ha reproducido:

No todas las revistas literarias, ni en nuestro país ni en ningún otro, tienen la fortuna de alcanzar la larga vida de *Nosotros*, que ha cumplido diez y ocho años. La existencia de esas revistas es de ordinario corta, porque sus fundadores se fatigan y, sobre todo, se desalientan ante la indiferencia del público, no siempre absolutamente desprovista de fundamento. Es posible que los señores Giusti y Bianchi, fundadores de *Nosotros*, se hayan sentido más de una vez fatigados y desalentados; mas, de haber sido así, esa circunstancia no haría sino aumentar sus merecimientos, pues no se rindieron ni a la fatiga ni al desaliento. Revista de jóvenes, *Nosotros* no consideró indispensable enterrar antes de tiempo a los viejos; por lo contrario, intentó acercarlos, poniendo en los unos benevolencia y en los otros respeto, y el resultado ha sido que en sus ya bastante numerosos volúmenes alternan firmas de jóvenes y viejos, del mismo modo que alternan las de nacionales y extranjeros. Se sirven bien, pues, los intereses de la literatura, formulando votos porque *Nosotros* pueda contar muchos otros aniversarios felices.

Remy de Gourmont

EL 27 del actual setiembre cumpliéndose el primer decenio de su muerte acaecida en 1915, en París. El nombre de Gourmont debe ser particularmente grato y digno de rememorar a los hispano-americanos por tratarse de uno de los escasos autores franceses que conocieron directamente y admiraron a nuestros escritores y pensadores y que tuvo la videncia o la audacia de calificar de "neo-español" a la lengua de los americanos del sur. Dícese que años atrás su nombre era más popular — dentro del círculo de los leyentes — en el Río de la Plata que en la misma Francia, circunstancia que, de ser verdadera, abogaría en pro de nuestra cultura, dado el significado superior y universal de las

ideas que Gourmont remueve en sus libros. Tampoco le han faltado acá los comentadores entusiastas, de lo que es buena prueba el erudito y concienzudo ensayo de Barrenechea y las páginas de Sáenz-Hayes en su libro *De Stendhal a Gourmont*.

Remy de Gourmont, cuya vastísima obra no es posible bosquejar en esta nota, ha sido quizá el más dinámico agitador de ideas después de Nietzsche. Fué un ideólogo, un pensador profundo que se revela tal tanto en la superficie como en el fondo de sus obras. Si se contradijo — como se le ha enrostrado — puede afirmarse que sus contradicciones nacieron de la sinceridad, y si privaron a su obra de los rígidos contornos de una filosofía le dieron, en cambio, más hondura y más calor humano.

El autor de *Física del amor*, de *Estética de la lengua francesa*, de *Epílogos*, de *Una noche en el Luxemburgo*, es de los muy pocos que, excediendo los esoterismos de cofradía — el simbolismo, en este caso — y aun las fronteras originarias se universalizan y adquieren valor permanente por haber logrado aprehender y fijar, en sus disecciones del espíritu y del corazón más de un definitivo matiz de la proteiforme e inasequible verdad. No en vano practicó su fecundo y difícil arte de la disociación de ideas, suerte de anatomía de la vida intelectual y del sentimiento, consiguiendo con eficiencia una real revisión de valores. La índole pagana de su espíritu, admirador de las puras formas de la belleza eterna, su sed renacentista por la ciencia y la vida a la vez, le convierten en símbolo de luminoso equilibrio por su doble pasión de las bellas formas vivientes y de las otras formas también reales y vivientes: las imágenes que pueblan el mundo mental. — J. B. G.

Centurión y Bilis

EN este número de **Nosotros** se publican dos dibujos originales de estos distinguidos artistas. Las personalidades de Centurión y Bilis son bien conocidas en nuestro mundo artístico para intentar aquí, que no es el lugar oportuno, un estudio de su labor.

Centurión, el sutil colorista de *Doña Mariquita*, y el ad-

mirable retratista de *Horacio Quiroga*, esa obra maestra de sencillez y de vigorosa expresión, ha trazado con algunas líneas breves y esquemáticas una armoniosa cabeza del maestro Ansermet, que se publica en otro lugar de este número.

Bilis, fino y agudo espíritu, ha hecho con la cabeza del pianista Brailowsky una obra rica de fuerza anímica, construída con líneas amplias y con esa poderosa sugestión artística que produce siempre la contemplación de la obra de este gran miniaturista y hábil dibujante.

Nosotros, al incorporar tan valiosas colaboraciones a su labor artística, significa su agradecimiento a estos dos puros artistas, por su espontáneo y desinteresado concurso, que honra a ellos y a NOSOTROS.

Alvaro Melián Lafinur.

DURANTE muchos años ha sido activo redactor de NOSOTROS. Su pluma elegante y su fino espíritu crítico se fueron dando en nuestras páginas con prodigalidad y entusiasmo juveniles. Y en la casa, con los amigos, Alvaro fué igualmente sembrando afectos, con esa simpática caballerosidad que siempre fué su guía.

Hoy nos deja para el viaje soñado. Europa no tendrá ningún secreto para él que desde aquí estaba al día en hombres, hechos, ideas. El ansia de ver, la sed de viejas rutas y paisajes lo lleva.

Así como aquí los Dioses lares le han sido propicios, deseamos que las sirenas del camino no logren su encantamiento, lo que privaría a NOSOTROS de su redactor y a nosotros del amigo querido.

El aniversario de "Crítica"

No somos partidarios de conmemorar fechas si no tienen una significación, un contenido espiritual que las haya marcado. No se hace la historia con lo cotidiano: ni la de los hombres ni la de los pueblos. Queda solamente la suma de perfec-

ciones, de inquietudes, de dolor, concretada en un momento cualquiera. Sin las cumbres no se vería el llano...

Crítica cumple doce años de fundada. Esto, en sí, no significaría nada y la banalidad del suceso es tanta que sólo la sentimos digna de los cronistas sociales. Pero al abrir *Crítica*, noche a noche, sentimos como se acrecienta su perfección, como se define su personalidad, como se manifiesta su inquietud, su modernidad, su *estilo*. Y comprendemos que se *ha creado* una forma periodística nueva en este país donde la imitación es la virtud cardinal de sus hombres. Entonces se nos alcanza la necesidad de señalar el aniversario, por hallarse caracterizado suficientemente.

Crítica es *Crítica*. No tiene abuelos. Ha nacido por generación espontánea en este momento del siglo en que las conmociones han derribado tantas viejas paredes y han descubierto tan frescas fuentes.

Y es digna hija del siglo.

“Valoraciones” y “Sagitario”

LA Plata, por la inquietud espiritual que anima a su juventud, está haciendo honor en estos momentos a su condición de ciudad universitaria. Signo inequívoco de esa inquietud son los periódicos y revistas que allí se editan por fervorosos grupos de estudiantes, profesores y escritores. Hojas sueltas, a veces, que viven fugazmente, pero en las que se muestra el afán renovador de sus editores, o revistas de neófitos, como *Estudiantina*, noblemente inspiradas; o ya revistas dirigidas con tanta seriedad de intención y severidad de gusto, que pueden contarse entre las mejores publicaciones literarias de América. Nos referimos a *Valoraciones* y *Sagitario*. Publica la primera, “revista bimestral de humanidades, crítica y polémica”, el grupo de estudiantes “Renovación”, de La Plata, y la dirige actualmente un hombre que, aunque anciano y sabio, es una antorcha de juvenil entusiasmo, el doctor Alejandro Korn, prestigioso profesor de filosofía en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, más que profesor, maestro de la juventud, desde que, en 1906, llevó a la cátedra de

Ética y Metafísica de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, aquella inquietud filosófica que tan poco se advertía en sus rutinarios cursos. Y alrededor de Korn, escéptico optimista y activo, acicate de muchas energías provechosas, se ha agrupado, podemos decir que sin distinción de ideas, tendencias y círculos, todo cuanto hay de representativo entre los hombres que piensan y estudian en La Plata, y no pocos de Buenos Aires. El número 7 de *Valoraciones*, que acaba de aparecer y se abre precisamente con un interesante manifiesto ideológico del propio director, titulado *Nuevas Bases*, es una bella expresión de esa comunión de hombres inteligentes. En él escriben Arturo Costa Alvarez, Pedro Henríquez Ureña, Carlos María Onetti, Ricardo Güiraldes, Alfredo Franceschi, Pedro Figari, Guillermo Korn, y se publican varios excelentes artículos bibliográficos, entre los cuales destacamos el de Luis Aznar sobre Oliverio Girondo, y el de Alejandro Korn sobre el último libro de Rómulo D. Cárbia, intencionada crítica de la "nueva escuela histórica argentina".

Dirigen *Sagitario*, también excelente "revista bimestral de humanidades", Carlos Américo Amaya, que antes dirigió *Valoraciones*, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte. Sería prematuro establecer diferencias entre una y otra revista, pues son por ahora de tipo semejante, queremos decir revistas generales de cultura, como *Nosotros*, amplias y acogedoras, tanto más cuanto que tienen muchos colaboradores comunes. No creemos equivocarnos, sin embargo, previendo que acaso *Valoraciones* vaya orientándose en el sentido de la contemporánea inquietud en el terreno estético, y *Sagitario*, más bien en el terreno político y social. En ambos casos cumplirán una utilísima función.

NOSOTROS.